

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI: REENCUENTRO Y DEBATE

PRÓLOGO A 7 ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN DE LA REALIDAD PERUANA*

En poco más de diez años, más de una veintena de trabajos, cuya gran mayoría corresponde a la última década, han sido publicados sobre el pensamiento y la acción de José Carlos Mariátegui. A pocos años del cincuentenario de su muerte y a pocos meses del de la primera edición de sus *7 ensayos*, se renueva y se amplía, nacional e internacionalmente, el interés por estudiarlo, por encontrar su lugar y su significado en el desarrollo del pensamiento revolucionario contemporáneo,

al cual, como todos reconocen, hizo originales y perdurables contribuciones.

¿Qué significa eso? ¿Qué significa hoy reflexionar sobre Mariátegui? En el ámbito peruano es, ante todo, el testimonio irrecusable del reencuentro, cada día más profundo, después de varias décadas, entre el movimiento revolucionario de un proletariado que avanza a la conquista de su madurez política y de la dirección de las luchas de los demás explotados peruanos, y la memoria del hombre a quien debe la contribución central al nacimiento de sus primeras organizaciones sindicales y políticas nacionales, y la aún fecunda matriz de una teoría y de una orientación estratégica revolucionarias en la sociedad peruana.

En el plano internacional, europeo en particular, el interés actual por Mariátegui, de algún modo forma parte del activo proceso de revitalización de la investigación y la reflexión marxista, en la brega por cancelar plenamente

* El texto “José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate” fue escrito en 1978, a instancias de Ángel Rama, y se publicó en 1979 como “Prólogo” a la primera edición de los *7 ensayos...* publicado por la Biblioteca Ayacucho. La presente versión proviene de la tercera edición del mismo libro: Mariátegui, José Carlos 2007 *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho) Colección Clásica, N° 69. En <www.bibliotecayacucho.gob.ve/fba/index.php?id=97&backPID=96&swords=mariategui&tt_products=69>.

te el largo período de su aherrojamiento y anquilosamiento burocrático. Por reencontrar, también en este plano, las bases genuinas de la vitalidad revolucionaria del marxismo en la propia obra de sus creadores y en el rescate de las aportaciones hechas por quienes, como Rosa Luxemburgo o Gramsci, fueron relegados, durante ese período, a una discreta penumbra mistificatoria de su herencia teórica. En ese proceso es inevitable reconocer ahora, por encima de las fronteras eurocentristas que han constreñido el pensamiento marxista occidental, la contribución creadora y vivificante de los revolucionarios no-europeos al desarrollo del pensamiento marxista, y en especial de los que provienen de lo que la ideología al uso ha bautizado como Tercer Mundo. En América Latina, Mariátegui ocupa un sitio cimero.

Desde la Segunda Guerra Mundial, las más intensas y decisivas luchas revolucionarias han tenido escenarios distantes de Europa. Triunfantes o derrotadas, aquellas han revelado en Asia, África y América Latina, un nuevo territorio del pensamiento revolucionario, y han colocado, junto a la lista de los “clásicos” europeos del marxismo, los nuevos nombres cuyo pensamiento y acción ocupan hoy gran parte del debate internacional: Mao, Ho Chi Minh, Castro, Guevara, Amílcar Cabral, para

citar sólo a los más ilustres. Hoy el pensamiento marxista no podría ser concebido solamente a través de la retina occidental. Y ahora, cuando las luchas de clases vuelven a desarrollarse también en los propios centros del mundo capitalista, el debate marxista actual en Europa o en Estados Unidos, no podría prescindir de ese nuevo marco. De otro lado, en la crisis actual, no son solamente las ilusiones burguesas, alimentadas por un largo período de esplendor capitalista, las que están declinando y perdiendo su influencia en el seno de la clase obrera. Son también las infecciones ideológicas de raíz burocrática, que pierden terreno en el marxismo, como consecuencia de la revitalización de las luchas de clases, no solamente en el orden capitalista, sino también en Europa del Este, de modo cada vez más visible.

Y en América Latina, la historia trágica de las derrotas de los movimientos revolucionarios después de Cuba, así como el reciente desarrollo de las luchas de clases en algunos países como Perú, Ecuador, Colombia, principalmente, explica la paralela intensidad de la búsqueda de nuevas bases para la teoría y la práctica revolucionarias, distintas de las que fueron resultado del dominio de direcciones burocrático-reformis-

tas sobre las luchas de los explotados de este continente.

En este camino, el reencuentro de los trabajadores peruanos con el pensamiento de Mariátegui constituye todo un signo: el ingreso de las luchas de clases en el Perú, en un período histórico nuevo, caracterizado, fundamentalmente, por la depuración y la profundización, en la misma medida, del carácter histórico de la sociedad peruana, y de la madurez de clase de su proletariado. Y como todo reencuentro, en plena lucha, es un debate, no una canonización.

EL PERÚ DE MARIÁTEGUI: 1894-1930

José Carlos Mariátegui nació en Moquegua el 14 de junio de 1894¹, y murió en Lima el

16 de abril de 1930. Su biografía forma parte, así, de un período excepcionalmente significativo en la historia peruana, y que puede ser considerado como un auténtico puente histórico entre la sociedad colonial y la actual, porque durante él tiene lugar una compleja combinación entre los principales elementos de la herencia colonial, apenas modificados superficialmente desde mediados del siglo XIX, y los nuevos elementos que con la implantación dominante del capital monopolista, de control imperialista, van produciendo una reconfiguración de las bases económicas, sociales y políticas, de la estructura de la sociedad peruana. La accidentada y compleja dialéctica del desarrollo y la depuración de esa estructura, ha dominado desde entonces la historia peruana, ha enmarcado y condicionado sus luchas sociales y políticas y definido los temas centrales de su debate. Y aunque desde la crisis de 1930 hasta la actual, ese proceso de depuración está en lo fundamental, realizado, el peso objetivo y subjetivo de lo ocurrido durante ese período está aún, en muchos sentidos, presente. No es, por eso, un azar, que algunos de los temas centrales del debate ideológico de ese momento, sean todavía vigentes en el actual, y por lo cual el estudio de la obra de Mariá-

1 Mariátegui creía haber nacido en Lima y en 1895. Actualmente, sin embargo, está plenamente probado que nació en Moquegua, el 14 de junio de 1894. Véase de Guillermo Rouillon: *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963); y *La creación heroica de José Carlos Mariátegui. La edad de piedra* (Lima: Arica, 1975). Esta última obra contiene una abundante información sobre los antecedentes familiares de Mariátegui y sobre su vida hasta 1919.

tegui no tenga, en modo alguno, un interés solamente histórico.

Cuando Mariátegui nace, transcurrida una década desde la derrota frente a Chile, el Perú está saliendo de los desastrosos efectos de esa guerra, y en la víspera de un cambio político que marca, en la práctica, el comienzo del nuevo período.

En efecto, desarticulada la economía durante el conflicto, debilitado consiguientemente el poder económico y político de los núcleos de burguesía comercial y terrateniente de la costa, en plena constitución antes de la guerra, y casi desmantelado el aparato estatal y el orden político que, bajo la creciente dirección de esos núcleos burgueses, estaba en desarrollo, tras la derrota el país había recaído bajo un nuevo caudillaje militar, que era ante todo la representación política de la inconexa clase terrateniente señorial del interior, dirigido por el general Andrés A. Cáceres, el prestigioso jefe de la resistencia contra el invasor chileno.

En tales condiciones, los debilitados núcleos burgueses y las capas medias urbanas, organizados desde antes de la guerra en el Partido Civil, principalmente, se encontraron obligados no solamente a transar con el régimen militarista-señorial, sino en cierto modo a sostenerlo. Asesinado su principal dirigente, Ma-

nuel Pardo, en 1878, no disponían en ese momento de un jefe del prestigio necesario para encabezar la oposición. Debido a ello, al final de esa década era Nicolás de Piérola, jefe del Partido Demócrata, y antes representante de las capas de comerciantes y terratenientes menores provincianos y de orientación señorialista, quien surgía como vocero de la oposición, consiguiendo al final, el tácito apoyo del Partido Civil, del cual había sido opositor político antes de la guerra.

La relativa reactivación de la economía, permitía a los núcleos de burguesía comercial y terrateniente de la costa volver a fortalecer su poder económico y forzar su regreso a la dirección del Estado, apoyándose en el inmenso descontento popular, que la rigidez autoritaria y la arbitrariedad y corrupción de los regímenes militares venía acumulando, y que se alimentaba además de un generalizado sentimiento de frustración nacional por la derrota.

Eso permitió a Piérola canalizar ese descontento con una prédica populista y encabezar la sublevación triunfante de 1895, que desalojó al poder al caudillaje militar y lo que éste representaba, inauguró la precaria estructura política que duró hasta 1919, pero, sobre todo, señaló el paso a un período de reconfiguración de la estructura de la sociedad peruana.

HISTORIA LOCAL Y COYUNTURA MUNDIAL

Al estudiar el proceso de expansión de la gran propiedad agraria en la Sierra del Sur peruano, a fines del siglo XIX y comienzos del XX, François Chevalier señaló que ello fue el resultado del encuentro entre la “historia local y la coyuntura mundial”². Tal conclusión es válida no solamente para ese problema específico, sino también para el conjunto de la problemática peruana de ese período.

En el tránsito del siglo XIX, la “coyuntura mundial” estaba presidida por dos fenómenos básicos: la expansión imperialista del capital monopólico y la disputa entre las burguesías de Inglaterra y de Estados Unidos por la hegemonía en el control de ese proceso, especialmente en lo que respecta a la América Latina.

La “historia local” estaba marcada, ante todo, por la incipiente del capitalismo, en el seno de una formación social cuya base abrumadoramente predominante eran las relaciones precapitalistas de producción, aunque ya ampliamente condicionadas por la expansión

del capital comercial. De ahí la consiguiente debilidad de los núcleos de burguesía, básicamente mercantil y terrateniente, su aún precaria diferenciación como clase social respecto de la clase terrateniente señorial, dominadora de campesinos enfeudados y también, en gran parte, de campesinos independientes o agrupados en comunidades. Y debido a lo cual, esos núcleos burgueses no habían logrado aún adueñarse enteramente del poder político y llevar a cabo su propia revolución democrática en la economía y en el Estado. La precariedad institucional del Estado, no solamente por los efectos de la reciente guerra, sino también como expresión de la debilidad burguesa y de la dispersión política de la clase terrateniente señorial. Y en ese marco, finalmente, por un debate ideológico signado por un sentimiento de “urgencia nacional”, unánimemente compartido, pero parejamente cabal demostración de la perplejidad y el desconcierto ideológico y de la incongruencia de los proyectos políticos de las principales fracciones burguesas y señoriales dominantes.

La inserción de esa historia local en la coyuntura mundial, no podía dejar de implicar un dominio decisivo de la última en la determinación de las características del nuevo período.

2 Chevalier, François 1966 “L’expansion de la grande propriété dans le Haut-Perou au XXème Siècle” en *Annales*, Vol. 4: 821-825, jul.-ago.

Tres procesos centrales conducen, desde entonces hasta 1930, la historia peruana: la implantación y consolidación del capital monopolista, bajo control imperialista, como dominante de una compleja combinación con las relaciones precapitalistas de producción, hasta entonces dominantes; la reconstitución, sobre esa base, de los intereses y de los movimientos de clases, y de sus modos de relación en el Estado; y el desarrollo y renovación del debate ideológico-político, en una primera etapa sólo dentro de las clases dominantes, y después de 1919, entre ellas y las clases explotadas y medias.

LA IMPLANTACIÓN Y DOMINIO DEL CAPITAL MONOPÓLICO IMPERIALISTA

Antes de fines del siglo XIX, en el Perú se había iniciado la formación de incipientes núcleos de relaciones capitalistas de producción, bajo modalidades primitivas de acumulación, como consecuencia, principalmente, de la reactivación del comercio internacional sobre la base del guano y del salitre, primero, y del algodón posteriormente. Ese proceso tuvo lugar casi exclusivamente en la costa. Pero permitió, también, la relativa dinamización del comercio

interno y la ampliación del capital comercial en las zonas más inmediatamente vinculadas a la costa.

Como resultado, fueron constituyéndose los primeros núcleos importantes de burguesía comercial y terrateniente, desde luego principalmente en la costa. Sin embargo, esos núcleos burgueses no surgían en condiciones de desarrollar una “revolución industrial” interna y autónoma, porque se constituían ya como burguesía “compradora”, dependientes de la burguesía industrial europea. Solamente algunos reducidos núcleos burgueses se orientaban a la capitalización del beneficio comercial, acumulado en precarios establecimientos manufactureros, en su mayoría semifabriles.

Esa dependencia congénita de la emergente burguesía peruana, no solamente limitó su capacidad de acumulación interna, sino también contribuyó a desarrollar su orientación consumista y su propensión a parasitar los ingresos fiscales, procedentes de la renta guanera y salitrera y de los cuantiosos préstamos de Inglaterra y Francia, que reforzaban la dependencia global del país respecto de la burguesía europea. Y, asimismo, la condujo a acumular casi exclusivamente en la producción agrícola exportable, destinada al mercado europeo y norteamericano, y en la actividad comercial

de importación de la producción industrial de esos países³.

Esa burguesía, pues, tendía a desarrollarse básicamente como burguesía terrateniente y comercial, bloqueando sus posibilidades de avanzar hacia su “revolución industrial”. Debido a eso, no estaba en condiciones, ni interesada, en llevar adelante su propia revolución democrática en la economía y en el Estado, es decir, de avanzar hacia la desintegración de las relaciones de producción de origen precapitalista, serviles o comunales, para liberar mano de obra y recursos de producción, y hacia la democratización del Estado, conforme a la ideología liberal formalmente adoptada, sobre todo desde mediados de siglo. Por ello, no solamente se encontraba colocada en situación de permitir la continuación del predominio del precapitalismo y de su clase terrateniente dominante, sino que también era incapaz de diferenciarse de ésta rápida y plenamente, ni social ni ideológicamente.

3 Sobre este período y estas cuestiones, puede consultarse de Heraclio Bonilla, *Guano y burguesía en el Perú* (Lima: IEP, 1974); de Jonathan Levin, *The Export Economies* (Cambridge, 1960); de Shane Hunt, *Growth and Guano in the 19th Century in Perú* (Princeton University Press, 1973); y de Ernesto Yépez, *Perú 1820-1920: un siglo de desarrollo capitalista* (Lima: IEP, 1972).

Sin ser inexistentes, las bases del capitalismo en el Perú eran no sólo precarias y débiles, sino, lo que resultaba mucho más importante y decisivo, eran llevadas por una tendencia a la deformación y a la dependencia, con todo lo que ello implica para el destino histórico de la burguesía en el Perú.

Sin embargo, los más poderosos grupos de la emergente burguesía, influidos por un difuso positivismo introducido hacia mediados de siglo⁴, y enfrentados a la desorganización y corrupción administrativa bajo los sucesivos regímenes militares, se movilaron a fines de la década de los sesenta hacia la disputa del poder político con una ideología de desarrollo nacional, lo que cristalizó en la formación del Partido Civil en 1871⁵ y en el primer proyecto

4 Así lo afirma, aunque sin referencias explícitas, Augusto Salazar Bondy en: *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo* (Lima: Moncloa, 1965) Tomo 1: 3.

5 Manuel Pardo fue el más importante ideólogo de la burguesía comercial-terratiente del Perú, en el siglo XIX. Fundó el Partido Civil, culminación de un movimiento contra el militarismo caudillesco, preconizando la modernización económica y administrativa del país, con una orientación nacionalista que llegó inclusive a proponer la estatización del guano y del salitre, los dos principales recursos de exportación del Perú en esa época, aunque bajo su gestión presidencial no se tomó

de desarrollo capitalista nacional, bajo la conducción de Manuel Pardo, asumiendo el gobierno en 1872.

A pesar de algunas medidas de reforma administrativa y educacional, que mostraban su orientación modernizante, este primer gobierno civil de la burguesía peruana, no fue capaz de tocar ningún interés fundamental de la clase terrateniente, ni de enfrentarse exitosamente a la grave crisis económica en que había encajado la economía peruana a comienzos de los años setenta, estrangulada por una deuda externa crecida.

Administrando una economía en crisis, e impotente para remover el piso del poder de los terratenientes, no solamente fracasó en su intento de ganar el apoyo de las masas populares urbanas, sino que tuvo que enfrentarse a ellas y a los representantes políticos de los terratenientes, poniendo en evidencia los límites y deformaciones de su desarrollo

ninguna medida para eso. Su pensamiento puede estudiarse en la compilación de sus escritos: *El centenario de Manuel Pardo* (Lima, 1935: 2 Vols.). También puede consultarse sobre los intentos de modernización oligárquica en el Perú, de Howard Karno, *The Oligarchy and the Modernization of Perú (1870-1920)* (Los Ángeles: University of California; tesis no publicada, s/f).

como clase. Se dice que fue en ese momento cuando el término oligarquía, de tanta significación en nuestra historia, hizo su ingreso en el Perú⁶.

Al término de la década de los setenta sobrevino el conflicto con Chile y sus consecuencias enterraron definitivamente las posibilidades de un proyecto de desarrollo capitalista nacional.

Debido a ello, la implantación del capitalismo, en tanto que relación social de producción dominante, se lleva a cabo en el Perú ya bajo su forma monopólica y en esa condición, bajo control imperialista de burguesías extranjeras, desde fines del siglo XIX.

El proceso de implantación del capital monopólico se inicia poco después de la guerra con Chile, cuando en 1890 los tenedores de bonos de la deuda externa, incrementada durante la guerra, obligaron al gobierno de Cáceres a la firma del Contrato Grace, mediante el cual dichos acreedores se organizaron en la Peruvian Corporation Ltd. y obtuvieron la concesión del control de los ferrocarriles, por un período de 75 años. Piérولا, al ocupar el gobierno en 1895,

6 Véase: Basadre, Jorge 1963 "La aristocracia y las clases medias civiles en el Perú republicano" en *Mercurio Peruano* (Lima) XLIII: 437-440.

desarrolló un modelo ya establecido, con una política abiertamente destinada a atraer capital extranjero, que en la coyuntura era, precisamente, capital monopolístico.

Entre 1895 y 1914, se habían instalado en el Perú las primeras cuatro grandes corporaciones, la ya mencionada Peruvian Corporation Ltd., Cerro de Pasco Corporation, Internacional Petroleum Corporation, y Grace. La primera de capital británico y las demás norteamericanas. Ocupaban, junto a otras empresas extranjeras menores, el lugar de predominio en la minería, en el petróleo, en la agricultura de exportación y en el transporte pesado. Y en la misma etapa, el capital imperialista conseguía también el dominio de casi toda la banca, del comercio internacional y de la empresa principal de servicio eléctrico.

Después de la crisis económica iniciada en 1913 y continuada durante la Primera Guerra Mundial (14-18), el capital imperialista ocupó también el control de las empresas industriales más importantes, en la textilera y otras ramas menores, consolidando su dominio de la economía peruana, en todos aquellos sectores donde se implantaba el capital como relación social de producción, y dejando, de ese modo, a la burguesía interna en una posición totalmente subordinada y, sobre todo,

despojada de sus principales recursos de producción⁷.

CAPITAL MONOPÓLICO Y PRECAPITAL

El capital monopolístico se implanta en la economía peruana constituyendo núcleos de relaciones capitalistas de producción, en los principales sectores productivos de la economía cuya matriz previa era casi enteramente precapitalista.

La investigación social latinoamericana ha difundido la denominación de “enclave”

7 Acerca de la penetración del capital norteamericano y sus consecuencias inmediatas en la economía peruana, aparte del conocido estudio de James Carey, *Perú and The United States* (Notre Dame, 1964); hay recientes investigaciones con un enfoque más productivo: William Bollinger, *The Rise of United States Influence in the Peruvian Economy (1868-1921)* (Berkeley: University of California; tesis no publicada, s/f); Heraclio Bonilla “La emergencia del control norteamericano sobre la economía peruana” en *Desarrollo Económico*, Vol. 16, N° 64, 1977; y hay amplia información en un estudio sobre un período mayor, de Rosemary Thorp y Geoff Bertram, *Industrialización en una economía abierta. El caso del Perú en el período 1890-1940* (Lima: Universidad Católica de Lima / CISEPA, 1974).

para esa forma de implantación del capital en estos países⁸. El término, sin embargo, contiene más una imagen que un concepto, pues más bien dificulta que permite desocultar el tipo de relaciones que se establecen entre esos núcleos de relaciones capitalistas de producción y la matriz de origen precapitalista.

Ausente un circuito interno de acumulación, integrador de los sectores productivos, y liquidados en su nacimiento los elementos que llevaban a su desarrollo⁹, por la propia acción del capital imperialista, cada uno de los sectores en los cuales éste se implanta en condición dominante, es articulado al circuito capitalista nacional de donde proviene ese capital, esto es, a un circuito externo de acumulación y de realización de la plusvalía generada en esos núcleos capitalistas.

Debido a ello, ni la producción industrial interna, ni el mercado interno del Perú, tienen interés para el capital monopolista durante ese período, sino de manera limitada a las propias necesidades de exportación de la producción

industrial europea o norteamericana al país. Por su carácter reducido y concentrado en núcleos, en determinadas ramas de producción, ese capital no tendrá, tampoco, interés en una masiva liberación de mano de obra, sino en la formación de un mercado limitado de fuerza de trabajo libre.

Sobre esas bases, el capital monopolista implantado en ese período, resulta en una situación estructuralmente condicionada para no entrar en conflicto con las relaciones precapitalistas de producción que predominan en el resto de la economía.

Por el contrario, las necesidades del capital implantado en tales condiciones, encuentran en las relaciones precapitalistas un elemento decisivo para su operación. En la medida en que el valor de la fuerza de trabajo explotada por el capital monopolístico, se constituye fundamentalmente en el área no capitalista de la economía, la tasa de ganancia de ese capital resulta mucho más alta en este país en relación con la que puede obtener en la economía metropolitana, en las mismas ramas de producción.

De ese modo, para el capital imperialista no solamente no será necesaria la desintegración de las relaciones no capitalistas, sino, por el contrario, su perduración será útil para sus ne-

8 El más célebre texto es el de Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo 1973 *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México: Siglo XXI).

9 Véase de Bollinger, *op. cit.*

cesidades de acumulación, por el tiempo que requiera el mantenimiento de esta modalidad de operación. Ese tiempo fue largo.

Capital monopólico y precapital, se combinarán así, contradictoriamente, en una estructura económica conjunta, bajo el dominio del primero, en una tendencia de acentuación de ese dominio¹⁰.

Una de las consecuencias más importantes de esa configuración económica, será –como Chevalier¹¹ señala– la expansión de la gran propiedad agraria bajo control de los terratenientes señoriales, en toda la sierra peruana, y el consiguiente enfeudamiento de una mayor cantidad de campesinado, bajo esa dominación. La ampliación del mercado interno de productos alimenticios de origen agropecuario, conforme se ampliaban los centros urbanos y la mano de obra en los “enclaves” y en actividades de comercio y de servicios, impulsará a los terra-

tenientes señoriales a extender sus tierras y a contar con una masa mayor de campesinado para su explotación.

Esa expansión de la gran propiedad agraria y de campesinado enfeudado bajo el dominio terrateniente señorial, no dejará de tener consecuencias sobre esta clase. Una parte importante de ella se irá convirtiendo en burguesía comercial-terrateniente, controlando capital comercial en medida muy significativa en determinadas zonas¹².

Esa reactivación del mercado interno impulsa la expansión del capital comercial, que pasa a servir como correa de transmisión entre la producción mercantil procedente del área no capitalista y las necesidades del capital monopólico. Y ello implica la ampliación de una capa de pequeña y mediana burguesía comercial, intermediadora entre la burguesía capitalista y los terratenientes señoriales y también una parte del campesinado no directamente enfeudado.

10 Sobre el modo de implantación del capital monopólico en el Perú y sus implicaciones económico-sociales y políticas, puede verse de Aníbal Quijano, “Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú (1895-1930)”. Escrito en 1973, acaba de ser publicado en *Clases sociales y crisis política en América Latina* (México: Siglo XXI, 1977).

11 François Chevalier, *op. cit.*

12 Sobre este problema hay investigaciones demostrativas. Montoya, Rodrigo 1980 *Capitalismo y no capitalismo en el Perú* (Lima: Mosca Azul Editores); que también se difundió, antes de editarse, con el título: *El proceso histórico de articulación del Capitalismo y el no capitalismo. 1890-1977*.

BURGUESÍA IMPERIALISTA Y BURGUESÍA INTERNA: LA CUESTIÓN NACIONAL

En el curso de la implantación del capital monopolístico, con esas modalidades, la burguesía comercial y terrateniente formada en el período anterior, mientras era despojada de sus principales recursos de producción y del control de su dominio nacional sobre el proceso capitalista, fue también, sin embargo, impulsada a la acumulación capitalista en los reducidos márgenes de operación que le habían sido impuestos, y en los mismos sectores y ramas de producción en que se implantaba el control de la burguesía monopolista extranjera.

De ese modo, en el mismo proceso, cumplía su tránsito definitivo de su condición de burguesía básicamente comercial a la de burguesía capitalista *stricto sensu*, y de otro lado, su opción histórica de clase nacional dominante, quedaba castrada dando lugar a su constitución como apéndice semicolonial de la burguesía imperialista, durante todo ese período. Lo último, no solamente por el carácter minoritario y subordinado de la parte de capital que quedaba bajo su control, sino, particularmente, por acumular en los mismos cauces y modalidades impuestos por la burguesía imperialista dominante.

Las tasas de ganancia eran mucho más altas en las ramas de producción exportable: algodón, caña de azúcar, minerales, lo que arrastraba a la raquitizada burguesía peruana principalmente en esas ramas que dominaba ya la burguesía imperialista. Y aun cuando, sobre todo después de la crisis de mediados de la segunda década de este siglo, algunos grupos de capitalistas peruanos pudieron acumular en la industria fabril y semifabril, consiguiendo legislación protectora, eso no cambió en lo fundamental la situación configurada.

La nueva burguesía capitalista peruana no dejó de enriquecerse, pero sólo a condición de la pérdida de su hegemonía en el proceso capitalista, en el mismo momento en que éste ganaba el dominio en el conjunto de la estructura económica del país.

Las características y tendencias de este proceso, no dejaron de ser percibidas y resistidas por algunas fracciones de la burguesía peruana. Pero esas fracciones eran no solamente las más débiles, sino, paradójicamente, las más apegadas a las tradiciones señorialistas de su origen terrateniente. Y quienes, en el debate de fines de siglo, reclamaban protección estatal para los capitalistas nacionales, señalando las vías de un desarrollo capitalista bajo control nacional, eran solamente aislados ideólogos,

de filiación positivista, sin suficiente influencia en el seno de la clase¹³.

Por esos factores, las fracciones nacionalistas de la burguesía peruana fueron debilitándose y perdiendo su lugar en la dirección de la clase, a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX. Y cuando, como consecuencia de la crisis del 14-18, la pugna hegemónica entre las burguesías norteamericana y británica se resuelve en favor de la primera, estarán dadas en el Perú las condiciones para que las fracciones más pro imperialistas de la burguesía interna, asuman la plena dirección de la clase y el lugar de ésta en la dirección del Estado, derrotando a las fracciones más renuentes a la dominación del capital norteamericano, en nombre del progreso y de la modernidad.

Allí culmina el proceso de semicolonización de la burguesía peruana, ocasionando la pérdida de su hegemonía nacional, incapacitándola para todo proyecto en esa dirección y,

en consecuencia, para toda movilización y organización política de clase fuera del Estado, por un largo período. Con el golpe de Leguía en 1919 y la desintegración del Partido Civil y de los otros menores, que no fueron reemplazados por ningún otro en que la clase se organizara para dirigir al Estado, se cierra esa etapa de las disputas por la hegemonía nacional¹⁴.

LA ASOCIACIÓN DE INTERESES DOMINANTES EN EL ESTADO: LA OLIGARQUÍA

Sobre esa base material (combinación de capitalismo monopolístico y precapital bajo el dominio del primero) y social (articulación de intereses entre burguesía y terratenientes señoriales), definidas las relaciones de poder entre burguesía imperialista e interna, se fue consoli-

13 Particularmente: Capello, Joaquín y Petriconi, Luis 1971 (1876) *Estudio sobre la independencia económica del Perú*, (Lima: Biblioteca Peruana). De Capello es útil también ver, para apreciar su posición modernista y nacionalista, *La sociología de Lima* (Lima, 1895-1902; 4 Vols.) y *El problema de la educación pública* (Lima, 1902).

14 Sobre el proceso de reconstitución y crisis de la hegemonía oligárquica, véanse: Quijano, Aníbal 1969 *El Perú en la crisis de los años treinta* (Santiago: s/d); reproducido en *América Latina en la crisis de los años treinta* (México: Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1977). Y el panorama histórico bien orientado de Chavarria, Jesús 1972 "La desaparición del Perú colonial" en *Aportes* (París) N° 3: 120-155, enero.

dando un Estado, cuya base es conformada por esa asociación de intereses dominantes.

Si bien la burguesía peruana, reconstituida bajo esas condiciones, logra, en el curso de ese proceso, volver a la dirección del Estado, no puede hacerlo sino admitiendo la amplia influencia de la clase terrateniente señorial en todo el orden político del país, y la representación de las fracciones terratenientes-comerciantes en el seno mismo de la dirección del aparato estatal.

En la medida en que no sólo se mantiene sino se expande el dominio terrateniente sobre el campesinado, se expande y se consolida también todo un sistema de poder político local y regional, controlado por los terratenientes, sólo a través del cual y en conflicto con él, puede el Estado central presidir la estructura nacional de poder político. Los términos de “caciquismo” y de “gamonalismo”, designan ese sistema de poder terrateniente.

De ese modo, el Estado central es la representación de una asociación de intereses de dominación, entre la burguesía capitalista peruana y los terratenientes, ambos subordinados, aunque de distinta manera, a la burguesía imperialista, en la medida en que ese Estado administra y controla una formación social en cuya base son predominantes los intereses de la burguesía imperialista.

Y en tanto que el sistema de poder local y aun regional, en las áreas de dominio terrateniente señorial y/o comercial, no es atacado en su base, las relaciones de producción de origen precapitalista, ahora articuladas a la lógica y a las necesidades de la acumulación capitalista, ese Estado central es el remate de una estructura global de poder político, una de cuyas bases y de vasta presencia en el país, el caciquismo gamonal, no está integrado a él aunque sí vinculado de modo conflictivo.

En esas condiciones, por su estructura y por la lógica de su movimiento histórico, tal sistema de poder —es decir, los intereses sociales que lo constituyen y lo dominan— excluye totalmente la participación de las masas campesinas a todo canal de influencia en el Estado central y en particular en el orden del caciquismo gamonal local. Permite solamente resquicios estrechos de participación de las capas medias que, sin embargo, se van ampliando. Y rechaza la participación de los núcleos de proletariado que la presencia del capital está constituyendo como nueva clase social.

El entero sistema de poder político y su Estado central, por su específico carácter de clase, es decir, el que se deriva de esta particular historia, asume, así, un carácter oligárquico.

Oligarquía, en el Perú, es un término que

comenzó a usarse en el siglo pasado, bajo la primera administración civil burguesa, designando un estilo de dominación política. Pero la perduración de este estilo llevó a dotar al término de una connotación más compleja, denominando ya no solamente a esta peculiar combinación de intereses de dominación en el Estado, sino a las clases sociales mismas que sostenían el Estado oligárquico. Ello no nos exime, no obstante, de la necesidad de reconocer que, en rigor, el concepto de oligarquía mienta, en el Perú, a esa estructura de poder político, con un Estado cuyo carácter de clase no es depurado, ya que su dominio es compartido por clases que, como la burguesía y los terratenientes señoriales o “gamonales” son, en la totalidad histórica, conflictivas, pero que por determinaciones históricas particulares aparecerán, durante un período, articulando contradictoriamente sus intereses en el seno del mismo Estado. Y que, por el carácter de sus bases materiales, implicaba el control monopolístico de las clases dominantes sobre la orientación de su comportamiento.

El Estado que se reconstituye en el proceso de implantación y de consolidación del dominio del capital monopolista imperialista, estará caracterizado, así, por dos rasgos definitorios: su indefinición nacional, debido al carácter se-

micolonial que asume la burguesía interna que lo dirige; y su indefinición de clase, por constituirse como articulación de intereses entre burguesía y terratenientes, y de lo cual derivará su carácter oligárquico.

A partir de entonces, el ciclo burgués de la historia peruana no podrá encauzarse por una revolución democrático-burguesa, en el sentido de una conquista burguesa del poder estatal, a la cabeza de las clases dominadas y aburguesando su conciencia, para destruir la base material del poder de la clase terrateniente señorial. El proceso burgués asumirá, en cambio, el carácter *sui generis* de una “revolución antioligárquica y nacionalista”. Esto es, de gradual, aunque conflictiva y eventualmente violenta, depuración del contenido de clase del Estado, por el desplazamiento gradual de los terratenientes señoriales y de las mismas fracciones burguesas asociadas a ellos, de su lugar en la dirección del Estado. Y, de otro lado, por intentos de rescate de la autonomía del dominio nacional de la clase burguesa. Ninguno de estos planos del proceso podría desarrollarse independientemente del otro.

La erradicación de la base material del poder señorial, habrá de ser en la historia posterior, fundamentalmente el resultado de la gradual generalización del capital, en tanto que

relación social de producción, a todas y cada una de las ramas de la economía del país. El lugar de esa clase en el Estado se irá por ello reduciendo paulatinamente. Serán las luchas campesinas las que acelerarán la desintegración del caciquismo gamonal, y muy significativamente, entrando en conflicto con la burguesía dominante, en el momento más fuerte y exitoso de sus luchas, desde fines de los años cincuenta.

Los intentos de rescate de la autonomía nacional del dominio de la burguesía interna, si bien pudieron ser, en breves momentos, interés de minoritarias y débiles fracciones burguesas, no fueron tanto la obra de la clase, dadas sus raíces y las tendencias de su movimiento. Y por eso se encontraron sus ideólogos y protagonistas entre las capas medias y populares bajo la influencia de las primeras y tuvieron que llevarse a cabo, también significativamente, en buena medida en contra de la opinión y de la conducta de la propia burguesía interna.

LUCHAS SOCIALES Y DEBATE IDEOLÓGICO ANTES DE 1919

Seis años antes del nacimiento de Mariátegui, Manuel González Prada, en el célebre discurs

so del Politeama¹⁵, había roto los fuegos de la primera fase de la batalla contra la dominación oligárquica de los terratenientes, denunciando la incapacidad y la corrupción de la clase dominante y de su instrumento militar, la sujeción de las masas campesinas a la ignorancia y a la servidumbre, y llamando a la juventud a la lucha contra esa situación nacional.

Pocos meses después, en el Teatro Olimpo, arremetía contra la mediocridad y el servilismo hipócrita de los intelectuales oficialistas, reclamando a la nueva generación “romper con el pacto infame de hablar a media voz”¹⁶. Y, a fines del mismo año, publicaba “Propaganda y ataque”¹⁷, señalando que el verdadero fundamento de la nación lo constituían las masas indígenas y que hasta tanto ellas no estuvieran plenamente representadas en el Estado, no se podía esperar un cambio sustantivo de los problemas del país.

De ese modo, armada de la implacable y bruñida violencia de los apóstrofes de don Manuel, tomaba carta de ciudadanía política, por

15 Compilado en González Prada, Manuel 1915 *Páginas libres* (Madrid: Editorial América).

16 *Op. cit.*

17 *Op. cit.*

primera y efímera vez en la historia peruana, una versión revolucionaria del liberalismo, que no se paraba como hasta entonces, en la crítica de los vicios políticos e ideológicos solamente, y avanzaba hasta poner en cuestión la base misma del orden oligárquico, introduciendo en el debate nacional lo que será uno de sus temas centrales por varias décadas, el problema del campesinado indio, y estableciendo los primeros elementos consistentes de un proyecto democrático-burgués avanzado, que no puede ser considerado como una mera prolongación del liberalismo del período anterior.

El tema del indio, y con él una de las cuestiones centrales de todo el orden oligárquico, entraba al debate, no solamente porque la derrota frente a Chile había puesto de manifiesto de qué modo la dominación terrateniente sobre la masa indígena, en un característico régimen de “colonialismo interno”, era el fundamento de la falta de integración nacional, a su vez factor decisivo de esa derrota, sino ante todo porque en ese mismo momento comenzaba un nuevo ciclo de las luchas del campesinado indio en el país.

Poco antes del discurso del Politeama, había tenido lugar la primera gran insurrección del campesinado indio en esa etapa, en el Callejón de Huaylas, Sierra Norte del Perú, y cuya fuerza y extensión conmovieron amplios sec-

tores de la opinión política e intelectual¹⁸. Esa insurrección inauguraba el ciclo de intermitentes guerras campesinas contra la dominación terrateniente, que dura hasta mediados de la década de los treinta, precisamente como reacción contra la expansión de la gran propiedad agraria, bajo control de los terratenientes señoriales, impulsada por el nuevo interés que éstos adquirirían en este período, por el modo en que se establecían las relaciones con la dominación del capital monopolista.

No era, pues, sólo una coincidencia que tres años después de esa insurrección vencida, tornara el discurso del Politeama y se publicara “Propaganda y ataque”; que en el mismo año se publicara también la primera novela indigenista, *La trinidad del indio o costumbres del interior*, donde su autor, José T. Itolararres¹⁹, ponía en la picota la trinidad del cura, el juez

18 Acerca de esa insurrección: Reyna, Ernesto 1930 *El Amauta Atusparia* (Lima: Amauta) “Prólogo” de José Carlos Mariátegui. Basadre, Jorge *Historia de la República del Perú* (T. II: 272-273, ediciones varias). Quijano, Aníbal 1966 “Los movimientos campesinos contemporáneos de América Latina” en Lipset, Seymour y Solari, Aldo (eds.) *Élites y desarrollos en América Latina* (Buenos Aires: Paidós).

19 Seudónimo de José Torres Lara.

y el costeño, en la opresión del indio, y que al año siguiente, Clorinda Matto de Turner, discípula de González Prada y miembro del Círculo Literario que éste presidía, publicara *Aves sin nido*, destinada a convertirse en la pieza más importante de la narrativa indigenista peruana²⁰. El ciclo de esta narrativa, es coetáneo del ciclo de las luchas del campesinado indio contra la expansión del latifundio gamonal.

Durante las tres décadas siguientes, el propio González Prada dedicó una vigilante atención al desarrollo de las luchas campesinas, apoyándolas desde la prensa, mientras maduraba su concepción del problema del indio hasta su ensayo *Nuestros indios*²¹, que dejó incompleto e inédito a su muerte en 1918, donde por primera vez se vincula claramente la situación del indio al sistema vigente de propiedad agraria, a los rasgos feudales en el régimen de la hacienda andina, y al caciquismo local de los gamonales.

Todavía él mismo un positivista liberal en ese momento, al introducir este crucial incoridio en el debate ideológico que los demás positivistas liberales realizaban entonces sobre los

problemas nacionales, González Prada puso al descubierto los límites que el desarrollo de clase de la burguesía peruana imponía al pensamiento de la mayor parte de sus ideólogos. Esos límites irán acentuándose, conforme la implantación del capital monopolista y el dominio de la burguesía imperialista iban reduciendo a la burguesía peruana a la condición semicolonial, impidiéndole recoger ella misma las banderas de la revolución democrática.

Por ello, más que por las características personales de González Prada, según opinará más tarde Mariátegui, el movimiento político que sus inmediatos seguidores intentaron alzar con esa orientación, no tenía las bases sociales necesarias para su desarrollo y se frustró al nacer, llevando al mismo González Prada a transitar hacia un positivismo anarco, cuando toma parte en el debate de las luchas del naciente proletariado a comienzos del siglo XX.

Entre fines del XIX y comienzos del siglo XX, ingresaba en la palestra ideológica peruana la llamada generación del novecientos, la mayoría de cuyos más influyentes miembros tenía también filiación positivista liberal, y era portavoz de las fracciones más modernizantes de la burguesía peruana. Y no es que desconocieran la existencia del problema indio en la falta de integración nacional. Pero de una parte, su

20 La primera edición apareció en Valencia, España, en 1889.

21 En González Prada, Manuel 1924 *Horas de lucha* (Callao: Lux) Segunda edición.

atención estaba más concentrada en los problemas institucionales del Estado y las cuestiones políticas concomitantes con la actividad capitalista en plena dinamización. Y, de otra parte, su visión del problema del indio estaba inevitablemente mutilada por la aún indecisa diferenciación de su clase con los terratenientes señoriales, orientándolos a discutir el problema exclusivamente en términos culturales, y en particular morales y educacionales.

De allí que los temas de la educación y de la cultura, y la modernización institucional del Estado, fueran, junto con la especulación académico-filosófica, los ejes de su producción ideológica y fue en torno de ellos que llevaron a cabo sus debates más resonantes.

Todos ellos se reclamaban de una postura nacionalista y modernista, acorde con su ideal positivista del progreso. Algunos, como Francisco García Calderón²², desde una perspectiva optimista, sin duda estimulada por la dinamización de la actividad económica resultante de la penetración capitalista imperialista, ponían su esperanza en el surgimiento

de regímenes como el de Porfirio Díaz y sus “científicos”, o el de Juan Vicente Gómez y el “cesarismo democrático” que los intelectuales a su servicio proponían como modelo, para establecer la integración nacional y salir de la anarquía caudillesca hacia algo como esa inventada “*pax porfiriana*”, como marco del reordenamiento nacional.

Otros, como Víctor Andrés Belaúnde²³, reconociendo que “la nacionalidad no está formada todavía” y que “nuestro ideal debe ser eminentemente nacionalista”, sólo podían reclamar la moralización y la racionalización institucional del Estado, como recursos para lograr el cumplimiento de tal ideal²⁴. Y en un plano más concreto, Garland y Gubbins²⁵ sostenían la necesidad de facilitar la entrada y la implantación del capital extranjero, como camino de la modernización y el progreso del país. Atrás habían quedado los reclamos de Capello y otros, y aun

22 Véanse, de Francisco García Calderón: *Le Pérou Contemporain* (París, 1907); *Les Démocraties Latines de l'Amérique* (París, 1912); *La creación de un continente* (París, 1913).

23 De Víctor Andrés Belaúnde, en ese período, principalmente: *La crisis presente* (Lima, 1914); *La realidad nacional* (Lima, 1930) libro destinado a la refutación de los 7 *ensayos...* de Mariátegui; véase también sus *Memorias* (Lima: Lumen, 1961: Vol. 1 y 1962: Vol. 2).

24 V. A. Belaúnde, *La crisis presente*, p. 98.

25 De Alejandro Garland, sobre todo, *El Perú en 1906* (Lima, 1907); y *Reseña industrial del Perú* (Lima, 1905).

las proposiciones de Manuel Pardo, para preservar el control nacional de los recursos, y la protección estatal de los capitalistas nacionales para afianzarlo.

Cuando las necesidades del capital planteen exigencias de tecnificación y modernización a la cultura y a la educación en el país, todavía la burguesía aparecerá dividida entre quienes, como Manuel Vicente Villarán²⁶ preconizan una educación pragmática y de orientación técnica al alcance de las masas, y quienes como Alejandro Deustua²⁷ encontrarán la ocasión de destilar los más encostrados prejuicios señoriales contra el indio, para oponerse, en nombre del progreso, a una educación dirigida a las capas populares, reclamando una educación elitista e intelectualista.

Fue sin duda debido a esta debilidad social y política de la burguesía peruana y de sus ideó-

logos reconocidos, que al ir produciéndose los primeros grandes conflictos sociales engendrados en el seno del nuevo capitalismo, el grueso de esos intelectuales se encontraba enfrentado contra toda posibilidad de una legislación que institucionalizara esas luchas y sus organizaciones como parte de un régimen burgués. Sólo muy minoritarias fracciones, lideradas por quienes como Billinghamurst²⁸ traían una formación hecha íntegramente en el extranjero, intentaron abrir paso a esa legislación y aun apoyarse en esas luchas para buscar una relativa democrati-

26 De Manuel Vicente Villarán, los ensayos reunidos en *Estudios sobre la educación nacional* (Lima, 1922); de ellos, principalmente: "Las profesiones liberales en Perú"; "El factor económico en la educación nacional" (Lima, 1905).

27 De Alejandro Deustua, introductor de la filosofía de Bergson y de los neohegelianos italianos en el Perú, acerca de este problema véase sus ensayos en *La cultura nacional* (Lima, 1937).

28 Guillermo Billinghamurst, rico comerciante, nacido en Iquique cuando era aún territorio peruano, y educado en Santiago y Valparaíso, fue alcalde de Lima y presidente del Perú (1912-1914). Candidato anticivilista de ideología populista y modernista, comandó el primer movimiento de las masas de las capas medias y populares de Lima, para imponer su candidatura contra la negativa oficialista, en un gran mitin callejero en que, con el lema del "pan grande", las masas expresaban su protesta contra la severa situación económica bajo la crisis de ese momento, y hacían su ingreso en una orientación antioligárquica que se clarifica y consolida desde entonces. Bajo su fugaz gobierno hizo algunas concesiones al movimiento obrero, legalizando las huelgas y sindicatos, lo que acarreó su caída por un golpe militar dirigido por Benavides. Véase: Basadre, Jorge *Historia, op. cit.*, t. VIII; Quijano, *El Perú en la crisis de los años treinta, op. cit.* No hay hasta ahora ningún estudio específico sobre Billinghamurst.

zación del Estado. Y, por supuesto, fue rápidamente derrotado.

En esas condiciones, ningún puente ideológico y político podía ser establecido entre el naciente movimiento obrero y popular en las ciudades y en los latifundios capitalistas de la costa y las fracciones modernizantes de la burguesía, para cualquier tentativa exitosa de democratización de las bases y la estructura institucional del Estado. Y las capas medias de profesionales e intelectuales que iban ampliándose gradualmente, vagamente, orientadas en esa dirección, comenzaban a ser empujadas a colocarse políticamente más cerca del movimiento obrero y popular que del *establishment* oligárquico. Y después de la crisis de mediados de la segunda década de este siglo, frustrada la posibilidad de Billinghurst, las tendencias en esa dirección se consolidaron.

Aunque sin una relación orgánica con las luchas del campesinado contra la expansión del gamonalismo, las del naciente proletariado y de las capas medias y populares urbanas se desarrollaban paralelamente en esas primeras décadas. Desde la primera gran huelga de los “braceros” de Chicama en 1912, las luchas por la sindicalización y la legalización de la jornada de 8 horas, se hicieron más fuertes y se generalizaron. Encontraron un punto de unión

con las luchas políticas por la democratización del Estado en las movilizaciones que impulsieron la candidatura de Billinghurst, bajo cuyo fugaz gobierno lograron las primeras leyes de reconocimiento sindical. Y tras la caída de ese régimen, se desarrollaron hasta imponer la legalización de la jornada de 8 horas, y su primera central sindical en 1919, cuando ya la generación joven de los intelectuales de las capas medias ingresaba también en la lucha por la democratización de la educación superior, y el conflicto dentro de la burguesía se resolvía en favor de su fracción más proimperialista, pero también menos señorialista²⁹.

La implantación del capital en su fase monopólica durante esas décadas, había ido reconfigurando las bases de la estructura de la sociedad peruana, a través de una compleja combinación con la expansión del latifundio señorial. Eso implicaba que en el mismo momento en que se desarrollaban las luchas campesinas contra los terratenientes, estuvieran ya en escena las luchas obreras bajo orientación anarquista y anarcosindicalista. Y mientras el Estado, en representación de la asociación contradictoria

29 Véase, de Sulmont, Denis 1975 *El movimiento obrero en el Perú: 1900-1956* (Lima: Universidad Católica de Lima).

de intereses de aquellas clases dominantes, se enfrentaba a esa doble vertiente de las luchas de clases de los dominados, al interior de la burguesía se iba produciendo una diferenciación política que se resolvería por el triunfo de las fracciones más ligadas a los intereses de la burguesía imperialista norteamericana, que asentaba su hegemonía sobre la británica tras la guerra del 14-18. Y del mismo modo, al interior de los terratenientes señoriales, sus sectores ligados más directamente al capital comercial, iban apareciendo aliados a las fracciones burguesas vencedoras, en el condominio inmediato del Estado. El golpe de Estado de Leguía en 1919, y la política estatal de la década siguiente, la desintegración de los partidos históricos de burgueses y terratenientes, así como el debate ideológico nacional, fueron una cabal expresión de esas tendencias y conflictos.

De un lado, el radicalismo burgués del primer González Prada evolucionó al anarquismo, y formó parte de esa corriente ideológica en las luchas y organizaciones del proletariado fabril, semifabril y rural. La posta de ese radicalismo burgués, que la propia burguesía no recogió ni amparó, será, después de 1919, tomada y redefinida como corriente “antioligárquico-nacionalista” por las capas medias nuevas que se reclamaron herederas del primer González Prada.

El desarrollo de las luchas obreras convergió, después de la guerra, con las luchas iniciales de las capas medias intelectuales por la democratización de la educación y en esa coyuntura, ya bajo el impacto de la onda de expansión internacional del socialismo, producto de las luchas europeas y de la Revolución Rusa, en 1918 surgieron los primeros brotes de una versión pequeño-burguesa del socialismo, influyendo sobre algunos intelectuales y obreros.

En cambio, el positivismo liberal cedía, en ese mismo momento, su puesto rector en la ideología burguesa en favor del idealismo bergsoniano, acogido entusiastamente por los representantes intelectuales de las fracciones burguesas que perdían terreno en la lucha por la hegemonía³⁰, y esa tendencia fue

30 Principalmente Deustua y Belaúnde, ya citados. Y José de la Riva Agüero; los dos últimos prologuistas y comentaristas de la tesis de Mariano Iberico, *La filosofía de Enrique Bergson*, presentada en San Marcos en 1916. Iberico fue diputado por la derecha y por la izquierda intelectual en el Perú, antes de 1930. En 1926, Mariátegui le publicó, en su Editorial Minerva, *El nuevo absoluto*, en el cual Iberico defendía el vitalismo bergsoniano como base filosófica del socialismo, desde que éste tenía una vocación redentora y en “su profundo sentido, es una voluntad religiosa”, posición que fue explícitamente comentada y apoyada por Mariátegui en

consolidándose en la década siguiente, como reacción frente al régimen leguista que había llegado al poder enarbolando los señuelos del progreso y de la modernización, caros al positivismo, que utilizaba desde el poder a algunos de los intelectuales positivistas, pero que, al mismo tiempo, rebajaba los ideales positivistas a una función de taparrabo de una política de venalidad, de corrupción, de arribismo y despotismo.

Esa situación ayuda a explicar por qué, en la década siguiente, el idealismo vitalista de inspiración bergsoniana será utilizado contra el positivismo, simultáneamente desde la derecha y desde la izquierda.

LAS PRINCIPALES ETAPAS DE MARIÁTEGUI

Ese complejo escenario histórico fue el que produjo a Mariátegui y que desde 1918 en adelante fue también en parte su producto. Pues nadie como él, en el Perú, fue simultáneamente

tan hijo de su tiempo, como de su propia fuerza para dominarlo.

Al caracterizar su etapa anterior a su viaje a Europa en 1919 como su “edad de piedra”, Mariátegui estableció una separación de su historia vital en dos grandes etapas. Y, de modo general, esa división es admisible³¹.

No hay duda, en efecto, de que su estancia europea fue crucial para el desarrollo de Mariátegui en todos los órdenes de su experiencia personal. Allí hizo su primer aprendizaje marxista, decidió consagrar su vida al socialismo revolucionario en el Perú, encontró a la compañera de su vida y universalizó su horizonte de ideas y emociones. Es cierto, igualmente, que de entonces arranca lo fundamental de su obra y de su influencia en la historia peruana.

No obstante, fue también el propio Mariátegui quien se encargó de recordar el significado de su labor anterior a esa fecha, particularmen-

“25 años de sucesos extranjeros”, publicado ese mismo año e incorporado después en: *Historia de la crisis mundial en Obras completas* (Lima: Amauta, 1959; Vol. VIII); denominadas, en adelante, *OC*.

31 Ese juicio de Mariátegui ha influido en sus herederos familiares, que hasta ahora no publican sus escritos anteriores a 1919, en las llamadas *OC*, y en sus biógrafos como Rouillon, ya citado. Diego Messeguer ha trazado recientemente, en un extenso estudio sobre Mariátegui, una periodización más próxima a la realidad. Véase: Messeguer, Diego 1974 *José Carlos Mariátegui y su pensamiento revolucionario* (Lima: IEP).

te en los años inmediatamente previos³². Y, en verdad, si la experiencia europea maduró y redefinió sus opciones personales, fue sobre la base de una orientación establecida ya, en lo fundamental, antes. Si bien son perceptibles rupturas significativas entre ambas etapas, particularmente en su pensamiento político, en otros planos se trata más bien de afirmamientos y desarrollos.

Por eso, aunque no se trata aquí de reconstruir su biografía, es necesario, especialmente para el lector no peruano, sumarizar brevemente las principales etapas del desarrollo del pensamiento mariateguiano.

32 En comunicación enviada a la Primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina, en junio de 1929, Mariátegui señala: “[...] el tratado de Mariátegui con los tópicos nacionales no es, como algunos creen, posterior a su regreso de Europa [...] no hay que olvidar que a los catorce o quince años, empezó a trabajar en el periodismo y que, por consiguiente, a partir de esa edad tuvo contacto con los acontecimientos y cosas del país, aunque para enjuiciarlos carecía de puntos de vista sistemáticos”. En esa carta consigna su revista *Nueva Época* y su periódico *La Razón*, así como su participación en la huelga obrera de 1919. Véase el texto respectivo en: Martínez de la Torre, Ricardo 1949 (1947) *Apuntes para una interpretación marxista de la historia del Perú* (Lima: Empresa Editora Peruana, Vol. 4, T. II: 403).

REPLIEGUE FÍSICO Y AVENTURA INTELLECTUAL: 1894-1914

Mariátegui era el segundo de tres hijos sobrevivientes, de un inestable matrimonio entre Francisco Javier Mariátegui, limeño, de familia terrateniente encumbrada, nieto de un conocido ideólogo liberal del mismo nombre, y de María Amalia Lachira, campesina del pueblo de Sayan, en la sierra Norte de Lima. No conoció a su padre³³.

Cuando tenía ocho años, en 1902, a su pobreza material y a la ausencia paterna, le sobrevino una enfermedad que dejó baldada para siempre su pierna izquierda, inmovilizándolo durante una larga convalecencia.

En el ambiente religioso de su familia, esa enfermedad reforzó probablemente en el niño Mariátegui su adhesión religiosa, dando lugar al desarrollo de inclinaciones místicas. Y, al mismo tiempo, el repliegue forzoso consigo mismo le permitió iniciar la lectura de la pequeña biblioteca dejada por su padre antes de eclipsarse del todo del hogar, y comenzar su formación autodidacta procurándose ávidamente material de lectura. Su inquietud desatada lo llevará poco después a estudiar fran-

33 Rouillon, *La edad de piedra*, op. cit.

cés por su cuenta. Por la misma época comenzaría también a escribir sus primeros versos³⁴, de contenido místico-religioso.

Esa experiencia infantil, de pobreza y de ausencias, de enfermedad y de inactividad física, de soledad y de melancolía, de religiosidad y de poética mística, de inquietas e interrogadoras lecturas, es sin duda fundamental para la comprensión de la obra adulta mariateguiana. Cómo no ver allí el origen de los resortes emocionales que atravesarán permanentemente una parte de su desarrollo, y en especial esa tensión de agonista entre una concepción metafísica de la existencia, alimento de una voluntad heroica de acción, y las implicaciones necesarias de la adhesión al marxismo, que caracterizan gran parte de su pensamiento.

DEL COLONIALISMO A LA CRÍTICA SOCIAL Y POLÍTICA: 1914-1919

Mariátegui entró como obrero alcanza-rejones al periódico *La Prensa*, en 1909, y fue subiendo de posición hasta que en 1913 asumió la

redacción del periódico y a partir de 1914 comenzó a publicar con el seudónimo de Juan Croniqueur.

Juan Croniqueur, autodidacta de vasta y varia lectura, principalmente literaria, espíritu crítico aún sin derrotero y temperamento artístico, estación de un viaje hacia la identidad social y personal, peregrina un tiempo, entre los 20 y 23 años, entre la influencia de D'Annunzio y el esteticismo, la incursión por el mundo de la sociedad oligárquica, en su calidad de cronista hípico y social (hasta llegó a dirigir *El Turf*), la crónica literaria, retiros espirituales y poesía místico-sensual, y todavía, el mismo año de la Revolución Rusa, organiza con otros periodistas de la bohemia provinciana de Lima una sesión de danza en el cementerio para Norka Ruskaya, con el consiguiente escándalo de la beatería limeña.

Mariátegui, pues, estaba entonces principalmente ocupado en explorar sus posibilidades de encontrar un lugar en el *establishment* social y cultural. Eran, sin embargo, los años de la crisis y de la guerra mundial, del encrespamiento de las luchas de clases en Europa, y en el Perú la etapa de intensificación de las luchas obreras, del creciente descontento de las nuevas capas medias, y la agudización del debate y del conflicto político dentro de las

34 *Op. cit.*, p. 70.

clases oligárquicas. Hasta 1916 no parecen haber registros del impacto de esos procesos en Mariátegui. Y no obstante, fue en el curso de esa etapa y sobre todo después de esa fecha, que fue despertando en él la preocupación por las cuestiones políticas y sociales, agudizándose su mirada crítica de la sociedad, lo que irá apareciendo inclusive en sus crónicas de tono levemente irónico sobre temas banales.

En 1916, con César Falcón, Félix del Valle y bajo la dirección de Abraham Valdelomar, sus compañeros de *La Prensa*, funda la revista *Colónida*, de la que se publicarán cuatro números y en los cuales Mariátegui colabora con su producción literaria. Años después, sostendrá que cuando colabora en *Colónida* era aún un “literato inficionado de decadentismo y bizantinismo finiseculares”³⁵. Eso era aún, en efecto. A pesar de ello, *Colónida* representaba ya el ingreso, aunque vacilante y confuso, de un nuevo estado mental que portaba una generación intelectual heredera de las enseñanzas de González Prada, que aprendía a rechazar la presencia de la engolada mentalidad señorial y su academicismo. Y la actitud crítica en la literatura, pronto se extenderá, en Mariátegui

y su generación, a la crítica de la sociedad y del Estado.

No en vano Valdelomar había sido secretario de Billingham durante su campaña a la presidencia de la República, que pudo triunfar sobre los hombros de una inmensa movilización popular anticivilista. Y Mariátegui, a la sazón, ya había conocido a González Prada y era amigo de su hijo, poeta también, Alfredo González Prada. Y en ese mismo año, Mariátegui publica en *La Prensa* un artículo comentando irónicamente una conferencia de Riva Agüero, y defendiendo el modernismo literario contra el academicismo. Riva Agüero ya era, en ese momento, uno de los más destacados intelectuales de los grupos más señoriales de la coalición oligárquica en el poder, y que ya en 1915 había fundado el Partido Nacional Democrático y el movimiento “futurista”, como parte de una orientación de abandono del positivismo y de repliegue en un idealismo reaccionario de raíz bergsoniana. Enjuiciando una década después ese movimiento “futurista”, Mariátegui lo señalará como un movimiento de “restauración colonialista y civilista en el pensamiento y en la literatura del Perú”³⁶.

35 “Carta a Samuel Glusberg” (OC, Vol. II) contracarátula.

36 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Lima: Amauta, 1968) 13ª edición, p. 216.

Fue, sin embargo, otro hecho lo que contribuyó a despertar su interés político y al abandono de la negación de la política que era una de las marcas de la experiencia colónida. A mediados de 1916, la oposición leguista contra el régimen de José Pardo (1915-1919), y con la participación de las corrientes que apoyaron a Billinghurst, fundó un nuevo periódico, *El Tiempo*, y Mariátegui renunció a *La Prensa* para incorporarse al nuevo diario. Allí fue encargado de la crónica parlamentaria, que ejerció hasta 1919.

A pesar de que en los dos años siguientes, Mariátegui todavía intensificará sus incursiones en el mundo oligárquico, escribiendo crónicas sociales e hípicas, y mantendrá su adhesión religiosa escribiendo sobre temas costumbristas y religiosos (inclusive ganó en 1917 el premio de la Municipalidad de Lima, por su artículo “La Procesión tradicional”), la concurrencia a los debates parlamentarios fue, seguramente, una puerta de entrada a la observación y a la reflexión sobre los problemas político-sociales del país y del mundo, tan intensamente agitados en esos mismos años.

El Parlamento peruano de esos años era el escenario en que se debatían las opciones ideológicas y los conflictos políticos dentro de la coalición dominante, poco antes de la derrota

de las fracciones más señorialistas, tres años después, con el golpe de Leguía. Eran también los años de la prédica wilsoniana, cuyos ecos resonaban también en el Perú, junto con los de las tempestades políticas europeas, particularmente el triunfo de la Revolución Rusa, y los primeros impactos de la Revolución Mexicana, mientras se extendían las luchas obreras y la influencia del anarquismo y el anarco-sindicalismo, y los jóvenes de las nuevas capas medias intelectuales iniciaban su enfrentamiento a la educación oligárquica en la Universidad.

En la redacción de *El Tiempo* convergían las corrientes positivistas liberales, de leguistas y billinghurstas, y más débilmente la influencia del gonzález-pradismo y las primeras ideas socializantes.

La influencia de esta atmósfera puede registrarse en la creciente ironía de las crónicas de Mariátegui, en la nueva seguridad de su prosa de tono polémico, presumiblemente también en la medida en que su conocimiento de la fauna oligárquica, en su calidad de cronista de publicaciones como *El Turfy Lulú*, le iba revelando una realidad que ya era capaz de mirar como indeseable.

Por ello, desde 1917, la casi totalidad de su producción de periodista en *El Tiempo*, aparece ya consagrada exclusivamente a los temas

de la política nacional y ahora observada ya también desde fuera de los debates parlamentarios. El periodismo comienza en Mariátegui a convertirse en un vehículo de expresión de una nueva mirada crítica de la sociedad, como para varios de sus compañeros de redacción, y principalmente César Falcón, Félix del Valle y otros, ganados según parece antes que Mariátegui al interés por las luchas sociales y las ideas socialistas, y que probablemente ejercieron una importante influencia sobre él en esos años.

Como la orientación de *El Tiempo* ya les resulta muy moderada, a mediados de 1918 todos ellos se agrupan para publicar la revista *Nuestra Época*, como vocero de una tendencia socializante, inspirada en las ideas y en el modelo de la revista *España*, que en ese país dirigía Luis Araquistain y donde colaboraba una parte de la generación del 98. Unamuno entre ellos.

La orientación ideológica y vital de José Carlos Mariátegui comienza a definirse. Y no tardará en pagar sus primeras consecuencias. Tras la publicación en esa revista de su artículo "Malas tendencias: el deber del ejército y del Estado", defendiendo la idea de emplear más los recursos fiscales en la promoción de la educación y del trabajo, en lugar de armas, un grupo de oficiales llegará hasta la redacción

de *El Tiempo*, en cuyos talleres se imprimía *Nuestra Época*, y maltrata físicamente al indefenso y débil autor.

Poco después, los redactores de *Nuestra Época* y otros de la misma tendencia se agrupan en el Comité Organizador del Partido Socialista. Uno de los miembros más influyentes, Luis Ulloa, propone convertir ese grupo en partido, lo que Mariátegui y Falcón rechazan, apartándose del grupo.

Las inevitables dificultades resultantes de esos hechos, con los directores de *El Tiempo*, empujan finalmente a Mariátegui y Falcón a fundar el periódico *La Razón*, en mayo de 1919. Es el año y el mes de la gran huelga obrera por las 8 horas y el abaratamiento de las subsistencias, y, al mismo tiempo, del movimiento abierto de los estudiantes de San Marcos por la reforma universitaria, secuencia del movimiento de Córdoba, del año anterior. Es, también, el año del golpe de Leguía.

La Razón apoya enérgicamente ambos movimientos, obrero y universitario, y de cierto modo toma parte en la campaña leguista. El gobierno de Pardo apresa a los dirigentes de la huelga obrera, pero poco después Leguía, y ante la extensión de la misma, se ve obligado a liberarlos. La gran manifestación obrera que celebra ese hecho, llegará hasta las puertas del periódico

co, aclamando a Mariátegui, que tuvo que pronunciar un discurso desde el balcón del local.

Mariátegui ha entrado, finalmente, en la lucha política al lado del naciente proletariado, orientándose hacia el socialismo. Sus ideas socialistas, en ese momento, corresponden aún, en rigor, a una orientación democrática radicalizada por elementos socializantes. Pero está formada la base de su posterior afirmación socialista revolucionaria; y el piso emocional de su temperatura de combate, está liberado de sus afanes de esnobismo aristocratizante y esteticista.

Al arreciar el movimiento de los estudiantes reformistas, chocando con el rápido repliegue del régimen de Leguía desde su inicial prédica democrática hacia el despotismo pro imperialista que fue su marca, manteniéndose la movilización obrera, *La Razón* se enfrenta críticamente a Leguía, hasta ser considerado por éste como un peligro para su régimen. Después de la publicación de un editorial que denunciaba “el tinglado de la patria nueva”, en agosto de ese año, se prohíbe la circulación del periódico.

Leguía, a través de un emisario relacionado con Mariátegui, ofrece a Mariátegui y a Falcón optar entre la cárcel o un viaje a Europa en calidad de agentes de propaganda del gobierno peruano. Era en realidad, un poco disimulado destierro. Ambos optaron por el viaje a Euro-

pa. Se dice que ese gesto de Leguía se debió al hecho de estar casado con una parienta de Mariátegui, por la rama paterna³⁷. Y en esas gestiones familiares, sin duda influía el hecho de ser ya Mariátegui un escritor e intelectual de renombre en el país.

En octubre de 1919, Mariátegui partió con destino a Europa. Después de una breve escala en Nueva York, llegó a Francia primero y fue a fines de ese año a radicarse en Italia. Tenía 25 años.

LA EXPERIENCIA EUROPEA Y EL APRENDIZAJE MARXISTA: 1919-1923

Mariátegui testimonió el impacto emocional e intelectual de su breve estadía en la capital francesa. Con su experiencia de periodista parlamentario, no dejó de asistir a algunas sesiones de la Cámara de diputados. Pero fueron, sobre todo, el contacto personal con el grupo *Clarté* y principalmente con Henri Bar-

37 Rouillon, *op. cit.*, pp. 308-310. Transcribe la resolución gubernamental que autoriza al Consulado Peruano en Génova, a pagar a Mariátegui un salario por su labor de “agente de propaganda periodística en Italia”, a partir de enero de 1920.

busse y Romain Rolland, y su asistencia a los mítines obreros de Belleville, lo que retendrá en su memoria.

Antes de salir del Perú había ya leído *L'Enfer* y leyó *Le Feu* apenas llegado a París. Poco después conoció personalmente a Barbusse en las oficinas de *Clarté*. El impacto debió ser recíproco y se estableció una relación duradera. Barbusse no lo olvidó y su huella fue intensa en Mariátegui³⁸. De su contacto con el proletariado parisino en los mítines de Belleville, guardará una imagen impregnada de uno de los temas recurrentes de la obra mariateguiana posterior, la emoción religiosa: “Mis mejores recuerdos son los mítines de Belleville, donde sentí en su más alta intensidad el calor religioso de las nuevas multitudes”, dirá más tarde a uno de sus biógrafos³⁹.

38 Bazán, Armando 1939 *Mariátegui y su tiempo* (Santiago: VVV); allí consigna que Barbusse se refería a Mariátegui como “una nouvelle lumière de l’Amérique, un specimen nouveau de l’homme américain” (p. 14).

39 Bazán (1939: 71). En la edición de 1969, Vol. XX de las *OC* de Mariátegui, ese texto ha sido cambiado por el siguiente: “mis mejores recuerdos son los mítines de Belleville, donde sentí en su más alta intensidad la emoción social revolucionaria de las nuevas multitudes” (p. 56), lo que es evidentemente una falsificación contra el espíritu de Mariátegui.

A pesar de que París era la meca de la peregrinación europea de la mayor parte de los intelectuales y artistas latinoamericanos del período, Mariátegui escogió Italia como sede de su experiencia europea. ¿Por qué Italia? Según Bazán, Mariátegui recordaba que “en París, su metro, su clima húmedo y los grises impertérritos de su cielo llegaron a quebrantar mi salud. Me dirigí sin más hacia el sur. Hacia Italia, de donde me llamaba un viejo amigo mío, peruano”⁴⁰.

Dada la salud quebradiza de Mariátegui, esa explicación es seguramente real. Pero no fue quizás la más importante. Después de todo, él estaba habituado a los “grises impertérritos” y a la humedad de Lima. Estuardo Núñez⁴¹ ha esclarecido bien que no fue circunstancial enteramente la opción italiana de Mariátegui, demostrando la influyente presencia de la cultura italiana en el Perú, a comienzos del siglo XX, y la relativa familiaridad que Mariátegui y sus amigos más cercanos ya tenían con ella. Valdelomar, que había ejercido notable influencia en la orientación inicial de las actividades literarias y estéticas de Mariátegui, ya había residido en Ita-

40 Bazán (1939: 71).

41 Núñez, Estuardo “Prólogo” a *Cartas de Italia* (*OC*, Vol. XV) *op. cit.*

lia en la preguerra y publicó también unas *Cartas de Italia*, como lo hará después Mariátegui, aunque sobre una temática totalmente distinta. Y un personaje como Riva Agüero, tan antitéticamente opuesto a Mariátegui, social e ideológicamente, coincidió con éste en Italia y juntos caminaron en Roma, y no dejó de proclamar su adhesión a Italia, aunque por motivos políticos distintos. Riva Agüero se hará fascista.

Y puesto que la estadía en Italia tuvo una influencia tan decisiva en la formación de Mariátegui, en particular en el modo en que comenzó su encuentro con el marxismo, es oportuno señalar que el idealismo neohegeliano y el actualismo, de Croce y Gentile, ya estaban presentes en la atmósfera intelectual peruana desde comienzos de la segunda década de este siglo, inspirando, junto con Bergson, una de las corrientes filosóficas que, en ese entonces, debatía los problemas de la cultura y de la educación en el Perú. Alejandro Deustua, tan influyente en esos años en la oposición contra el positivismo, había publicado *La cultura superior en Italia* ya en 1912⁴², que el propio Mariátegui cita en sus *7 ensayos*⁴³.

Cuando Mariátegui llega a Italia, al fin del año 1919, el país estaba sacudido por una grave crisis económica, sobre cuyo piso se enfrentaban las masas obreras y los capitalistas, poniendo en crisis el liberalismo tanto como el socialismo, entre cuyas brechas ascendía el fascismo. A ello se añadía un sentimiento de frustración, porque las expectativas de expansión hacia los Balcanes habían sido bloqueadas por los resultados de la Paz de Versalles. Y ese sentimiento nacional de frustración, que sobre todo la pequeña burguesía italiana destilaba, era uno de los alimentos de la propaganda nacionalista y fascista, y en cuyo clima habían brotado los oropeles de la prédica de D'Annunzio, su famosa marcha sobre Fiume y su Constitución⁴⁴, que tanta resonancia tendrían en el crecimiento del fascismo.

Mariátegui encontró aún el eco de la Constitución d'annunziana y, apenas llegado, es sobre ese tema que escribió ("El Estatuto del estado libre de Fiume"), en su calidad de corresponsal de *El Tiempo*, de Lima, en cuyas páginas publicará sus observaciones europeas⁴⁵. Como

42 Deustua, Alejandro 1912 *La cultura superior en Italia* (Lima: Ediciones Rosay).

43 *7 ensayos*, p. 22.

44 Véase de Paris, Robert 1968 *Les Origines du Fascisme* (París: Flammarion) pp. 64-66.

45 Estuardo Núñez, *op. cit.*

Bazán recuerda⁴⁶, el poético inicio de la Constitución, no dejó de impactar en Mariátegui, d'annunziano en sus primeros pasos de escritor: “La vida es bella y digna de ser bellamente vivida”, reclamaba el poeta y Mariátegui lo recordará años más tarde, señalando que en ese proyecto de Constitución existen elementos de comunismo, de filiación utópica⁴⁷.

En su copiosa producción periodística como corresponsal de *El Tiempo*, puede notarse la apasionada avidez con que Mariátegui vigila la política italiana y europea en general, preocupado por los signos históricos de la coyuntura más bien que en una interpretación teórica, como se reafirmará después, ya en el Perú, al ordenar en un panorama global su visión de la crisis europea: “Pienso que no es posible aprehender en una teoría el entero panorama del mundo contemporáneo. Que no es posible, sobre todo, fijar en una teoría su movimiento. Tenemos que explorarlo y conocerlo, episodio por episodio, faceta por faceta. Nuestro juicio y nuestra imaginación se sentirán siempre en retardo respecto de la totalidad del fenómeno”⁴⁸.

Es, sin embargo, en esos mismos años que está iniciando su formación marxista y absorbiendo la atmósfera política e intelectual del debate marxista en Italia, y asistiendo como testigo privilegiado a las ocupaciones obreras de las fábricas, a las vacilaciones y a las luchas internas del Partido Socialista Italiano y al nacimiento del Partido Comunista Italiano, en el Congreso de Livorno (1921), donde quizás pudo conocer a Gramsci⁴⁹. De allí, sin duda, no obstante el carácter periodístico de su indagación de la escena europea, que sobre todo a partir de 1921 se aprecia la seguridad de su orientación y de su evaluación de los acontecimientos políticos, la crisis de la democracia liberal y de su ideología, la crisis de la socialdemocracia y el significado del fascismo, que son los temas dominantes de sus crónicas⁵⁰.

46 Bazán, *op. cit.*, p. 72.

47 *La escena contemporánea* (OC, Vol. I: 22).

48 *Op. cit.*, “Prólogo”.

49 No existe información concreta y eficiente acerca de las posibles relaciones personales entre Mariátegui y Gramsci. Su viuda afirma que se conocieron. En todo caso, es probable que Mariátegui haya visto a Gramsci en Livorno, con ocasión del Congreso del Partido Socialista de Italia, y probablemente lo leyera en *L'Ordine Nuovo*, que se publicaba ya cuando Mariátegui residía en Italia.

50 Recopiladas principalmente en *Cartas de Italia* (OC, Vol. XV), *La escena contemporánea* (OC, Vol. I), *El alma matinal* (OC, Vol. III), principalmente.

En particular, su evaluación del fascismo y de los factores que le dieron origen y que impulsaron su ascenso al poder, por la impotencia del liberalismo y la crisis interna de la socialdemocracia italiana, cuya mayoría adhería a una orientación reformista. Como lo señala uno de sus comentaristas⁵¹, Mariátegui es una importante fuente para el estudio de la vida política italiana de esa etapa.

El año de 1921 parece haber sido el punto de llegada a una nueva etapa, no solamente personal, sino del pensamiento político de Mariátegui, pues entonces ya se considera un marxista: “desposé una mujer y algunas ideas”, afirmará más tarde acerca de su experiencia en ese momento.

La atmósfera cultural e ideológica italiana de esos años, muy influida por la obra de los filósofos neohegelianos y actualistas como Croce y Gentile, el primero de los cuales contaba con la admiración de muchos de los ideólogos marxistas más importantes del debate italiano de ese momento y al que Mariátegui conoció personalmente, enmarcó e impregnó de modo importante el desarrollo de los estudios de éste

y, presumiblemente, el modo de su encuentro con el marxismo. Y, en particular, su relación con Piero Gobetti, antiguo gentiliano, seguidor de Croce, y liberal radicalizado que colaboraba en *L'Ordine Nuovo*, la revista del ala comunista del socialismo italiano, ejerció un impacto reconocido y evidenciado por Mariátegui muchas veces en su obra posterior. Asimismo, en Italia fue donde él se familiarizó con la obra de Sorel, que tanta presencia llegó a tener en su concepción filosófica personal. Algunos, como Robert Paris, han sugerido también que el aire de movimiento épico y heroico que el mussolinismo fungía incorporar a la atmósfera emocional italiana, habría tenido alguna parte en la evolución del sentido mítico-heroico presente en la concepción mariateguiana de la existencia y atribuible también a algunos revolucionarios italianos formados en ese período⁵². Italia, pues, fue una estación decisiva en la

51 Melis, Antonio 1971 “Mariátegui, primer marxista de América” en Dessau, Albert; Kossok, Manfred y Melis, Antonio *Tres estudios* (Lima: Biblioteca Amauta).

52 Paris, Robert 1973 “El marxismo latinoamericano de Mariátegui” en *El marxismo latinoamericano de Mariátegui* (Buenos Aires: Ediciones Crisis). De este autor, véase también: “Mariátegui, un ‘sorelisme’ ambigüe” en *Aportes* (París) N° 22. 178-184, 1977; Paris, Robert 1967 “Mariátegui e Gobetti” en *Centro Studi Piero Gobetti* (Torino) Quaderno 12: 3-13.; y su “Preface” a la edición francesa de los *7 ensayos* (París: Maspero).

formación de Mariátegui, intelectual, política y emocionalmente, llegando a ser un permanente punto de referencia de su visión de los problemas. Recorrió sus principales ciudades, se familiarizó con su acervo histórico y cultural, se vinculó a algunas de las figuras del primer plano intelectual y político del país, reorganizó su tesis personal sobre el mundo y pudo adquirir allí las bases de su prodigioso y vital aliento de agonista. A comienzos de 1922, poco antes de abandonar Italia, acordó con algunos peruanos su decisión de iniciar la acción socialista en el Perú. Entre marzo de 1922 y marzo de 1923, Mariátegui recorrió Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia y, brevemente otra vez, Francia. De ese periplo da cuenta en sus crónicas, impactado por la crisis social y política del continente, afirmándose en su adhesión a la necesidad de una revolución socialista, su rechazo del reformismo socialdemócrata y la para él declinación y crisis final de la democracia liberal y de la cultura occidental, ya bajo la evidente influencia de sus lecturas de Spengler⁵³. No pudo llegar a Rusia, como era, obviamente, su gran deseo, por las dificultades de salud de su mujer y de su hijo. Pero estaba

seguro de que Alemania sería pronto el segundo país soviético de Europa, estimulado por la atmósfera política de las calles de Berlín y las huelgas renanas⁵⁴. En marzo de 1923, se embarcó de regreso al Perú.

DE REGRESO EN EL PERÚ: DOS ETAPAS

En la labor de Mariátegui en el Perú, desde el 18 de marzo en que llega, hasta el 16 de abril de 1930, fecha de su muerte, pueden reconocerse dos etapas principales:

1) 1923-1928. Cuando Mariátegui llega al Perú, el movimiento de la reforma universitaria y el movimiento obrero ya han avanzado en la relación iniciada con motivo de las huelgas de 1919 y la iniciación de la lucha por la reforma universitaria. Acordadas por el Congreso de Estudiantes del Cusco en 1920, bajo la presidencia de Haya de la Torre, ya están en funciones las Universidades Populares González Prada, cuyo propósito era desarrollar la formación intelectual de los obreros, permitiendo también la formación de lo que González Prada había recla-

53 Bazán, *op. cit.*

54 Bazán, *ibíd.*

mado antes, un Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales.

Entretanto, el gobierno de Leguía, tras un breve inicio populista, ya ha hecho ostensible su viraje hacia el despotismo y hacia el entreguismo a la dominación imperialista norteamericana. Y ese movimiento de obreros y estudiantes está enfrentado a esa política. Un mes después de la llegada de Mariátegui, oponiéndose a una ceremonia de consagración del Perú al “Corazón de Jesús”, decretada por Leguía, una tumultuosa manifestación de obreros y estudiantes se enfrenta, el 23 de mayo, a la represión policial, muriendo un obrero y un estudiante. Durante esa manifestación, el dinamismo y la oratoria de Haya de la Torre lo llevan al comando de la movilización⁵⁵. Mariátegui no quiso participar en ese acto, por considerarlo ineficaz y circunstancial. Haya y sus seguidores, considerarán después, que esa manifestación fue el bautismo político del Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales, que daría origen al APRA.

Poco después, sin embargo, Haya invitó a Mariátegui a participar en las Universidades Populares González Prada. Y en junio de ese

año, Mariátegui inicia un ciclo de conferencias sobre la crisis mundial⁵⁶, con lo cual comienza su propaganda socialista entre los obreros, y el debate, cauteloso al comienzo, con el anarco-sindicalismo dominante entre los obreros politizados hasta entonces.

Y cuando en octubre de ese año, el gobierno de Leguía pasa a una represión sistemática contra los líderes de ese movimiento y Haya y otros son deportados, Mariátegui asume la dirección de *Claridad*, la revista que bajo dirección de Haya venía iniciando el debate ideológico contra el régimen de Leguía. Y, al mismo tiempo, comienza a colaborar en *Variedades*, y en *Mundial*, revistas de orientación liberal, donde sus temas dominantes serán, por varios años, el fascismo y la Revolución Rusa, las principales figuras de la política europea y las tendencias de la literatura y el arte europeo.

Mientras procura no enfrentar abiertamente al régimen de Leguía, de otro lado, sin embargo, se dedica a intensificar sus contactos con los obreros, y es encarcelado por breve tiempo, en enero de 1924. Aún está tratando de no chocar abiertamente con las corrientes anarco-sindicalistas y con la naciente influen-

55 Basadre, Jorge 1931 *Perú: Problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú* (Lima: Librería Francesa Científica).

56 *Historia de la crisis mundial* (OC, Vol. VIII).

cia democrático-nacionalista en el medio obrero, como aparece en su mensaje a los obreros por el 1° de Mayo de 1924⁵⁷, donde insiste en que “somos todavía pocos para dividarnos” y llama a orientarse por un programa de Frente Único, siguiendo claramente las decisiones del III y IV Congreso de la III Internacional⁵⁸, sobre el Frente Único Proletario entre los revolucionarios y el frente Único Antiimperialista con las corrientes nacionalistas, aunque la idea del partido y la autonomía política del socialismo revolucionario sobre esa base, en lo cual insisten también las resoluciones de la III Internacional antes de 1924, no están presentes.

A fines de mayo de 1924, recrudece su antigua enfermedad y se le amputa su pierna derecha, hasta entonces no afectada. Desde entonces quedará fijado a una silla de ruedas. Su inagotable coraje le permitirá sobreponerse a ello, y mantener una activa producción periodística e intelectual en plena convalecencia y hacer aún más intensa su actividad posterior⁵⁹.

57 Martínez de la Torre, *op. cit.*, p. 46.

58 Traducidas al español en “Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista” en *Cuadernos de pasado y presente* (Buenos Aires) N° 47, 1973.

59 Bazán, *op. cit.*, p. 104.

Funda la Editorial Minerva para publicar una serie de libros nacionales y extranjeros destinados a desarrollar la atmósfera intelectual y anímica que permita romper la influencia ideológica oligárquica sobre la nueva generación de intelectuales y artistas. En 1925 publica su colección de ensayos sobre la *Escena contemporánea*, y comienza a estudiar concretamente la historia económica-social y política peruana y su realidad de entonces, y para poder tener una tribuna propia para todo ese vasto proyecto, funda en 1926 la revista *Amauta*, tan central en su influencia sobre su tiempo peruano y latinoamericano. *Amauta* fue, durante esa etapa, vehículo de debate con la ideología oligárquica, en frente único con el nacionalismo democrático radical del APRA y Haya de la Torre, y antena alerta a todos los movimientos intelectuales y artísticos de su tiempo, dentro y fuera del Perú.

2) A partir de 1928, hasta su muerte, la labor de Mariátegui es marcada, ante todo, por el desarrollo y maduración de su pensamiento político y sus trabajos de organización sindical y política del proletariado peruano.

En el primer terreno, definido ya el APRA como una alternativa distinta y opuesta a la III Internacional en América Latina, mien-

tras al propio tiempo la orientación de ésta sufre un brusco viraje después de la derrota de la Revolución China en 1927, Mariátegui entra en polémica con el APRA y decide la creación del Partido Socialista del Perú, rompiendo con el APRA y con Haya de la Torre⁶⁰. Paralelamente polemiza con el revisionismo de Henri de Man, escribiendo su *Defensa del marxismo* y el mismo año de 1928 publica sus *7 ensayos*.

Al propio tiempo, organiza la Confederación General de Trabajadores del Perú y comienza la publicación del periódico *Labor* para los fines de la propaganda socialista entre los obreros.

El año siguiente, 1929, marca el comienzo de una etapa crucial en el desarrollo del pensamiento revolucionario de Mariátegui, que su muerte interrumpirá. En efecto, su designación como miembro del Consejo General de la Liga contra el Imperialismo, organismo de la III Internacional, en el segundo congreso de Berlín, a comienzos del año, formaliza su vinculación orgánica con la III Internacional. En tal calidad, su grupo es invitado al Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana de Montevideo, en mayo, y a la Primera Confe-

rencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires, en junio del mismo año.

Imposibilitado por su enfermedad de concurrir a estos dos eventos de la III Internacional, Mariátegui envía con una delegación documentos sobre el problema indígena, la situación política y las tareas sindicales del movimiento obrero, para la reunión de Montevideo, y *Punto de vista antiimperialista* y *El problema de las razas en América Latina*, escrito en colaboración con Hugo Pesce, para la reunión de Buenos Aires. Y, especialmente en esta última, su posición política expresada en esos documentos, así como su concepción del partido y del carácter y el programa estratégico de la revolución peruana, entran en fuerte polémica con la dirección oficial de la III Internacional en esa reunión⁶¹, iniciándose así una etapa en la cual, al mismo tiempo, Mariátegui y su Partido Socialista del Perú entran a formar parte de la III Internacional, y abren una polémica fundamental con la dirección oficial de aquella.

Las dificultades políticas de Mariátegui con el despotismo de Leguía se hacen más graves. Al ser clausurado su periódico *Labor*, decide, a fines de año, preparar su viaje a Buenos Ai-

60 Martínez de la Torre, *op. cit.*, pp. 272 y ss.

61 *Op. cit.*, pp. 402 y ss.

res, para ir a establecerse allí, contando con las previas gestiones de Waldo Frank y de Samuel Glusberg. Pero el empeoramiento de su salud se lo impedirá. Su actividad no cesa, sin embargo, hasta su muerte el 16 de abril de 1930.

Las banderas rojas de los sindicatos obreros, *La Internacional* en miles de voces, acompañaron su féretro. El proletariado organizado rindió homenaje a su primer dirigente socialista revolucionario, y después los intelectuales de América a uno de sus adelantados.

EL DEBATE SOBRE EL PENSAMIENTO Y LA OBRA DE MARIÁTEGUI

Mariátegui muere en un momento crucial de la historia peruana, cuando los conflictos sociales acumulados desde comienzos de siglo estallan, bajo el impacto local de la crisis económica internacional, en la más grave crisis política antes de la actual. Durante ella, revolución y contrarrevolución dominaron la escena nacional por primera vez de manera abierta, hasta la derrota de los movimientos revolucionarios⁶². El proletariado peruano y el movimiento revo-

lucionario no pudieron contar con la lucidez de su conductor, mientras la dirección del partido que él organizara era asumida, precisamente, por la tendencia contra la cual él había iniciado una polémica fundamental y que ahora abandonaba lo medular del pensamiento de Mariátegui, a la sombra de su propio nombre.

La disputa por su herencia teórica y política y el debate sobre su pensamiento, se iniciaron inmediatamente después de su muerte, entre el nacionalismo radical aprista de esos años y los seguidores de la III Internacional, terciando en ella los portavoces intelectuales de la coalición oligárquica⁶³.

62 Véase de Aníbal Quijano, *El Perú en la crisis de los años treinta*, op. cit.

63 En la revista *Claridad*, de Buenos Aires, se publicaron, de la parte aprista, de Manuel Seoane, "Contraluces de Mariátegui"; de Luis E. Heysen, "Mariátegui, bolchevique d'annunziano"; de Carlos M. Cox, "Reflexiones sobre José Carlos Mariátegui"; fueron contestados por Armando Bazán, "La defensa de Amauta"; por Juan Vargas, "En defensa de José Carlos Mariátegui"; y con un interesante debate sobre "Aprismo y Marxismo", de Jorge Núñez Valdivia. Todos estos artículos están compilados en *El marxismo latinoamericano de Mariátegui* (Buenos Aires, 1973). Escritores liberales como Sanín Cano, Jesualdo y otros tomaron parte en esos homenajes en *Claridad*, *Repertorio Americano* y otras publicaciones. Sus artículos están incorporados al Vol. X de las OC. Por su parte, los adláteres peruanos del fascismo mussoliniano, se dedicaron a atacar a

Empero, después de la derrota del movimiento popular revolucionario, y consolidado nuevamente el poder oligárquico, a través de sucesivas dictaduras militares y civiles, el pensamiento de Mariátegui fue virtualmente enterrado durante casi treinta años, hasta que el nuevo desarrollo de las luchas de clases en el Perú y en el mundo, y la crisis política de la dirección del movimiento comunista oficial, lo han devuelto al primer plano del debate político actual en el Perú, sobre todo desde la década pasada.

Si bien es verdad que la derrota del movimiento revolucionario fue determinante en ese entierro, fue también la derrota de la dirección revolucionaria del proletariado y del socialismo revolucionario frente al APRA, un factor importante, que gravitó en el posterior desarrollo del pensamiento social y político peruano hasta no hace mucho, oscureciendo la memoria política de una clase obrera que, sin

embargo, se había orientado resueltamente por la línea de Mariátegui, en los años inmediatamente anteriores a la muerte del Amauta, pero que después de la derrota de los años treinta fue cayendo bajo la influencia dominante del aprismo, que ya declinante llegó aún hasta mediados de los años sesenta.

La responsabilidad central en ese retroceso político del proletariado peruano, debe cargarse ante todo a la orientación errónea e inconducente que los seguidores de la III Internacional estalinista imprimieron al pensamiento y a la práctica políticos del Partido Comunista Peruano (nombre y carácter que el Partido Socialista del Perú, fundado por Mariátegui, asumió a su muerte), distintos y opuestos en aspectos esenciales respecto de las líneas principales del programa estratégico que Mariátegui había comenzado a desarrollar, en polémicas con la dirección oficial de la III Internacional, en el último año antes de morir.

También, sin duda, la ignorancia acerca del pensamiento y la acción mariateguianos, para la mayor parte de los miembros de las generaciones siguientes dentro y fuera de la clase obrera, durante toda esa etapa, fue mantenida por el hecho de que sus herederos familiares iniciaron con mucho retardo (1959), la publicación de la producción periodística, literaria,

Mariátegui. Riva-Agüero publicó su "Origen, desarrollo e influencia del fascismo en el Perú" en *Revista de la Universidad Católica de Lima*, T. V, N° 30; haciendo un encendido elogio del fascismo. Raúl Ferrero publicó *Marxismo y nacionalismo* (Lima, 1934), que es la pieza ideológica más destacada del fascismo peruano. Y desde la tienda católica reaccionaria, V.A. Belaúnde publicaba *La realidad nacional*, op. cit., y Mario Alzamora Valdez, *El marxismo filosófico* (Lima, 1934).

sociológica y política de Mariátegui, hasta el punto de que los textos políticos más importantes, y en especial los de su polémica con la dirección latinoamericana oficial de la III Internacional, no fueron publicados dentro de la serie de sus *Obras Completas*, sino en 1969 y aun así de modo incompleto, ya que solamente en las rápidas reediciones posteriores se han ido exhumando otros materiales para el volumen respectivo⁶⁴. Y aún no aparece uno de sus textos fundamentales⁶⁵, ni se han vuelto a pu-

blicar los textos correspondientes a su “edad de piedra”, hasta 1919. Irónico destino para quien fundó una editorial, cuyo prestigio actual proviene, precisamente, del masivo interés por la obra mariateguiana y que obliga a sucesivas reediciones de cada uno de los volúmenes que se vienen publicando.

LAS CUATRO CARAS DE UN MITO

En la ya extensa y engamada investigación sobre Mariátegui, no son todavía numerosos los esfuerzos de una reconquista crítica de lo que en su pensamiento sigue teniendo la vigencia de una genuina y fecunda matriz teórica para el proletariado revolucionario del Perú actual.

Su copiosa y en gran parte inorgánica producción, y las importantes diferencias registrables en la evolución de su pensamiento, entre las varias etapas y los diversos planos

64 En la edición de 1977, han sido incorporados dos nuevos materiales, que precisan la visión mariateguiana acerca de la presencia y papel del capitalismo en el Perú. Pero aún faltan otros textos. Ya Moretic observó, en 1970, que en las llamadas *Obras completas*, no han sido incluidos artículos de los cuatro que Mariátegui escribió sobre Trotsky, que tratan de la separación de éste del gobierno, de su expulsión del partido y de su exilio: “El partido bolchevique y Trotsky” (*Variedades*, 31 de enero de 1925); “Trotsky y la oposición comunista” (*Variedades*, 25 de noviembre de 1928), y “El exilio de Trotsky” (*Variedades*, 25 de noviembre de 1929). En los dos primeros, Mariátegui apoya cautamente a Trotsky, pero en el último justifica el exilio. Véase de Moretic, Yerko 1970 *José Carlos Mariátegui: Su vida e ideario. Su concepción del realismo* (Santiago de Chile: Universidad Técnica del Estado) p. 153.

65 Mariátegui consideraba el libro sobre política e ideología peruanas, como “la exposición de sus puntos

de vista sobre la revolución socialista en el Perú”. Conforme lo iba escribiendo fue enviándolo a su amigo César Falcón para que lo editara en España, durante 1928 y 1929. Falcón nunca dio cuenta de los envíos. Ya a su regreso al Perú, muerto Mariátegui, afirmó no haberlo recibido nunca. Martínez de la Torre, *op. cit.*, p. 404. Puede medirse la significación de esa pérdida.

de su reflexión, han dado lugar a varios y contrapuestos intentos de recuperación mistificatoria de matices y áreas particulares de la obra mariateguiana, para distintos intereses político-sociales.

Y esa parcelación de una obra compleja, y con frecuencia incongruente, ha ido enmalezando de tal modo el camino del reencuentro de Mariátegui, que es lícito decir que de ese bosquejo de varias visiones separadas es la imagen de un mito lo que surge para ocupar el lugar de la historia.

Cuatro son, principalmente, los rostros que se entrecruzan para componer ese mito:

1) El que han procurado armar los representantes de las corrientes reformistas socializantes de las capas medias intelectuales, adversas al marxismo y al socialismo revolucionario, y que actúan en la política peruana, desde mediados de los años cincuenta, fungiendo de ala izquierda humanista de los últimos intentos reformistas, desde Belaúnde a Velasco.

Dentro de esta vertiente, unos, como Salazar Bondy, oponiéndose, desde una posición influida por el Merleau-Ponty de *Les Aventures de la Dialectique y Humanisme et Terreur*, al “marxismo dogmático” (en realidad a la versión de la burocracia dirigente del movimiento

comunista oficial), han tratado de encontrar en Mariátegui lo que sería un “marxismo abierto”, resaltando como demostración presunta la presencia del bergsonismo en su postura antipositivista, la idea del mito, de origen soreliano, en su concepción del mundo, y la huella del humanismo idealista del neohegeliano Croce o de Gobetti en la ideología mariateguiana⁶⁶.

Otros, como Hernando Aguirre Gamio para demostrar que no hay que ser marxista para ser socialista, han buscado recomponer un Mariátegui que casi no era marxista o lo era de manera adjetiva, puesto que no sólo reconocía el valor del sentimiento religioso sino partía de él, admitía su creencia en Dios, y hacía explícita su concepción metafísica de la existencia, fundada en la idea soreliana del mito y en la centralidad de la voluntad agonista del individuo, tan cara a Unamuno, en la historia⁶⁷. Así, Aguirre Gamio cree haber encontrado las bases para emparentar la ideología mariateguiana y el misticismo irracionalista de un Berdiaev.

66 Salazar Bondy, Augusto 1965 *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo* (Lima, Moncloa) 2 Vols. Véase Vol. II, pp. 311-337.

67 Aguirre Gamio, Hernando 1975 *Mariátegui, destino polémico* (Lima: Instituto Nacional de Cultura).

2) Junto a aquellos, los representantes de las corrientes hoy democrático-burguesas como el APRA y nacionalistas, el “velasquismo”, cada uno por sus propias necesidades en la arena actual de la lucha de clases en el Perú, se esfuerzan hoy día en recuperar a Mariátegui para su propio lote.

El APRA, desde la muerte de Mariátegui, ha navegado entre dos aguas, por distintas necesidades en distintos momentos, con relación a la obra mariateguiana.

En un primer momento, apenas muerto el Amauta, el APRA se establecía en el Perú y el aprismo en varios otros países de América Latina, como una corriente democrático-nacionalista radical, que se proclamaba como la más idónea alternativa de la revolución latinoamericana, inspirada en el marxismo, en contra de la III Internacional, en ese momento en pleno viraje hacia su postura de ultraizquierda de comienzos de los años treinta. Era necesario para el APRA, por eso, recalcar la adhesión de Mariátegui a la III Internacional y diferenciarse nítidamente de su posición. Y esa fue la intención de los artículos con que los dirigentes apristas en el exilio, participaron en los homenajes necrológicos a Mariátegui, en *Claridad* y otras revistas. Algunos, como Cox y Seoane, reconocieron las altas calidades humanas e in-

telectuales del hombre, pero ubicándolo alejado de la realidad. Otros, como Heysen, llevando su encono personal hasta calificarlo como “bolchevique d’annunziano”, mientras citaba la frase de Haya, según la cual “Mariátegui ha hecho del problema de la tierra el renegar el fascismo. Pero el fascismo no puede renegar a D’Annunzio”⁶⁸.

Sin embargo, ya a fines de los años cincuenta, conforme las masas populares peruanas comenzaban confusamente su descontento con el APRA, al ir depurándose el contenido de clase de la política aprista asumiendo los intereses de la burguesía modernizante y renunciando a su radicalismo nacionalista, los intelectuales apristas comenzaron a sentir la necesidad de una nueva legitimación, a través de la recuperación aprista de Mariátegui. Chang Rodríguez⁶⁹ fue el primero en sostener que aquél no dejó de ser aprista ideológicamente hasta su muerte, y que sólo las intrigas de los agentes de la III Internacional, aprovechándose de la enfermedad de los últimos meses de Mariátegui,

68 Véase *El marxismo latinoamericano de Mariátegui*, op. cit.

69 Chang-Rodríguez, Eugenio 1957 *La literatura política de González Prada, Mariátegui y Haya de la Torre* (México: Andrea) Colección Studium 18, pp. 127-203.

lo llevaron a romper con Haya y con el APRA. Consecuentemente, trató de demostrar que el pensamiento mariateguiano es, fundamentalmente, heredero en línea recta del de González Prada, como el de Haya, por supuesto.

Actualmente, esa tentación aprista es casi una urgencia. Tras la experiencia del militarismo reformista en el Perú y del militarismo fascistoide en los demás países del cono sur, el APRA asume una postura socialdemócrata como alternativa a la una y a la otra. Esa posición, en las presentes circunstancias peruanas, no es ya la bandera de un intento de revolución antiimperialista, sino la de una consolidación de la democracia burguesa bajo las condiciones establecidas de una asociación entre el capital monopólico internacional y el reducido capital monopólico interno, depurada ya del sueño velasquista de pretensión de la hegemonía del capital estatal. Pero no se trata de una empresa con fáciles ganancias. Las masas obreras están terminando de emanciparse del liderazgo aprista y se orientan hacia el socialismo revolucionario, en cuya dirección gravitan también grandes sectores de las otras capas dominadas. Dada esta situación, no es sorprendente que el APRA haya vuelto a exhibir en su prensa el recuerdo de sus preliminares impregnaciones marxistas, ni que como

aval frente a esas masas, la recuperación de Mariátegui comience a ser un tópico recurrente en la propaganda aprista. De lo último, el reciente libro de Luis Alberto Sánchez⁷⁰ es un claro ejemplo, aunque también de la torsión mental que esta tentativa no puede dejar de implicar aun para sus propios autores en su actual ubicación.

Y no ha faltado, desde luego, en el apogeo del “velasquismo”, la apelación, con el propósito de legitimación frente a las masas, a la inevitable cita del “ni calco ni copia” de Mariátegui, para contrabandear la obra de ese régimen como una opción revolucionaria original, “ni capitalista ni comunista”, o de la frase “peruanicemos el Perú” que Mariátegui adoptara, para cohonestar, con el apoyo del PCP, un nacionalismo parcial e inconsecuente como toda una revolución⁷¹.

70 Sánchez, Luis Alberto 1978 *Apuntes para una biografía del Apra* (Lima: Mosca Azul Editores).

71 Discurso del general Juan Velasco Alvarado, al inaugurar el VI Congreso Latinoamericano de Industriales, publicado en *El Peruano*, 6 de abril de 1971. Véase también el comentario elogioso de Jorge del Prado, secretario general del Partido Comunista Peruano, en “La ideología de Mariátegui”, compilado en el volumen *Vigencia de José Carlos Mariátegui* (Lima: 1972) p. 4.

3) Del otro lado, los seguidores y voceros del movimiento comunista fiel a la dirección moscovita, dentro y fuera del Perú han comenzado, desde hace algunos años, a desplegar un enérgico esfuerzo de divulgación de su particular memoria de la vida y la obra de Mariátegui, buscando imponer, a un público ya sospechoso e inquieto por demasiadas razones, una figura de cuyo pensamiento son resaltados solamente ciertos rasgos y elementos que permiten presentarlo como el anticipado teórico de la actual ideología y de la práctica del Partido Comunista Peruano y como fiel intérprete de la dirección de la III Internacional estaliniana.

Del conjunto del pensamiento mariateguiano se minimiza, a veces hasta el ridículo, los elementos de filiación no marxista y la huella de influencias recibidas y depuradas en diversas etapas de su formación⁷². De la relación con el APRA y con Haya de la Torre, se rescata el certero valor de su polémica, pero no se exami-

na ni se explica su etapa de colaboración por varios años⁷³. De sus relaciones con la III Internacional, se recalca su adhesión y se pasa por alto su polémica final o se la minimiza⁷⁴. Inclusive, la fundación por Mariátegui de un Partido Socialista del Perú, como partido no exclusivamente obrero pero bajo la dirección de una línea proletaria, y de una célula comunista, se la explica por las dificultades del clima represivo de entonces, para hacer pasar con naturalidad el actual Partido Comunista como el fundado por Mariátegui, a pesar de los documentos conocidos del debate sobre el carácter del partido⁷⁵. Y, en fin, de la concepción mariateguiana de la naturaleza particular de la formación social peruana, dentro del mundo capitalista, así como de las líneas centrales de un programa estratégico específico para aquella, dentro de la revolución socialista internacional, se escamotea todo aquello que no concuerda al apoyo

72 Del Prado, *op. cit.*; Dessau, Adalbert 1971 *Literatura y sociedad en las obras de José Carlos Mariátegui, Mariátegui, tres estudios* (Lima: Biblioteca Amauta); sin embargo, otros como Álvaro Mosquera, han eludido esa tentación y debaten críticamente esas influencias en la obra de Mariátegui. Véase su "Aproximación al estudio de la ideología de Mariátegui", *Vigencia de José Carlos Mariátegui*, *op. cit.*

73 Del Prado, *op. cit.*, Kossok, Manfred 1971 "José Carlos Mariátegui y su aporte al desarrollo de las ideas marxistas en el Perú" en Dessau, Albert; Kossok, Manfred y Melis, Antonio *Tres estudios* (Lima: Biblioteca Amauta).

74 *Ibidem*; Semionov-Shulgovsky, "El papel de Mariátegui en la formación del Partido Comunista del Perú", *El marxismo latinoamericano* de Mariátegui, *op. cit.*

75 *Ibidem*.

de la línea de una “revolución antiimperialista y antifeudal” del actual PCP, contra los textos explícitos de Mariátegui⁷⁶. A la antigua y grosera acusación de “populista”, que todos reconocen ahora como parte del ambiente estaliniano de los años treinta⁷⁷, le sustituye así la adjudicación de teórico de la revolución en dos etapas, una democrático-burguesa, nacionalista, además, en el caso peruano, y otra socialista, que no obstante sus orígenes mencheviques, sirve tan bien a la línea política del PC peruano, desde mediados de los años treinta.

Es verdad que, no tan urgidos como rusos o peruanos por esa construcción sobre Mariátegui, otros estudiosos europeos como Melis no han dejado de reconocer el valor del esfuerzo mariateguiano de “situar los rasgos específicos de una formación económico-social en un modelo general de desarrollo histórico”⁷⁸, pero no han llevado esa comprobación al análisis de las implicaciones políticas de tal es-

fuerzo, para el carácter del proceso revolucionario peruano. Por lo demás, en su trabajo hay anotaciones de interés sobre la relación entre Mariátegui y la historia italiana y sobre los paralelos posibles entre aquél y Gramsci, que todavía requieren de mayor documentación. Y del mismo modo, en Dessau pueden encontrarse contribuciones útiles para el examen de las ideas mariateguianas sobre las relaciones entre literatura y sociedad⁷⁹.

Empero, no solamente los ideólogos e historiadores prosoviéticos son los que tratan ahora de una reapropiación de Mariátegui. Después de la división del Partido Comunista Peruano, entre los seguidores de la dirección rusa y los de la china, a comienzos de la década pasada, no podía faltar en el debate sobre Mariátegui el esfuerzo de los “prochinos”, para convertirlo en teórico de la revolución de la “nueva democracia” y de la “liberación nacional”, y de la revolución en dos etapas⁸⁰, o de su más reciente versión peruana “revolución nacional democrática popular”⁸¹.

76 Del Prado, *op. cit.*; Semionov-Shulgovsky, *op. cit.*; José Martínez, “Mariátegui y la Revolución Peruana”, *Vigencia de José Carlos Mariátegui*, *op. cit.*

77 Tanto Dessau como Semionov-Shulgovsky, reconocen que esas acusaciones corresponden al ambiente político estalinista durante ese período.

78 Melis, *op. cit.*

79 Dessau, *op. cit.*

80 Véase el folleto *Retomemos a Mariátegui y reconstituamos su partido* (Lima: 1975).

81 Véase “Mariátegui es del pueblo y no de la burguesía”.

4) Y para no faltar en esta liza, una parte de los trotskistas han comenzado su propia polémica con Mariátegui, acusándolo de ser responsable de la ampliación y la consolidación del APRA en la dirección de las masas peruanas, por haber tardado, en obediencia a las consignas de la III Internacional, en romper su colaboración con el APRA y en comenzar la organización del partido del proletariado, llegando a calificarlo de nacionalista “hostil al marxismo”⁸², lo que supone el completo olvido de su contribución esencial al estudio de la historia social y la sociedad peruana, y de sus fundamentales ideas sobre el carácter y las modalidades de la revolución peruana, que lo llevaron al final de su vida a polemizar dentro de la III Internacional, y que constituyen, precisamente, el piso sobre el cual Mariátegui se levanta entre los más importantes marxistas latinoamericanos.

Ya puede, pues, apreciarse que no es sencilla tarea para los estudiosos de Mariátegui, abrirse paso entre esta densa mitificación y mistificación que de su pensamiento y de su acción política, sobre todo, se ha venido acu-

mulando y cuyo tiempo de perduración puede no ser corto.

No es, sin embargo, casual que así suceda. Primero, porque es la más completa demostración de la importancia de Mariátegui en el actual debate peruano y en alguna medida en el internacional. Segundo, porque en su producción intelectual como en su acción política, no son inexistentes las bases para todas y cada una de esas tentativas de recuperación o de negación parcelaria de la obra revolucionaria del Amauta.

El pensamiento de Mariátegui fue desarrollándose en el curso de una frenética exploración personal del horizonte histórico de su tiempo, ramificándose en una insólita riqueza de facetas y en diversos planos, y fue madurando sobre todo a medida en que fue concretándose su condición de dirigente revolucionario del proletariado peruano, y conforme éste, en gran parte bajo su influencia, comenzaba a alzarse a un piso nuevo de organización y de conciencia.

Aunque no ha sido consecuente con la metodología implícita en su afirmación, es un acierto de Jorge del Prado señalar que “la personalidad de Mariátegui fue desarrollándose simultáneamente que la personalidad de la clase obrera” peruana⁸³.

sía” en *Crítica marxista-leninista* (Lima) Separata, mimeo, s/f.

82 En “Mariátegui y el trotskismo” en *Comunismo*, Año II, N° III: 24 y ss., septiembre de 1974.

83 Del Prado, Jorge 1965 “José Carlos Mariátegui y su época” en *Unidad*, semanario del PSP, 15 de abril, p. 4.

Pero ello implica la necesidad de aproximarse a su estudio no como a un compendio sistemático y cerrado, lo que suele hacerse, sino como a un proceso que, como el de cualquier hombre abrasado por la pasión del conocimiento y de la acción, va haciéndose y rehaciéndose en todo o en parte, en función de la atmósfera en que vive en cada momento, de las herencias ideológicas y emocionales recibidas, de las necesidades particulares de la polémica en cada situación, de la disponibilidad o no de ideas y de conocimientos dentro del horizonte de la reflexión de su tiempo, lo que pocos ensayan. Y mucho más el de un hombre como Mariátegui, autodidacto desde las bases de su formación, en lucha sin tregua contra la adversidad física y el tiempo. Lo esencial de su obra fue hecho en siete años, y no de modo sistemático, sino frente a las necesidades polémicas y vitales de esos tensos años.

Contra esa manera de conocer, conspira, inclusive, la forma en que han sido compilados y editados los trabajos de Mariátegui, por afinidades temáticas, con frecuencia establecidas arbitrariamente por los editores o compiladores, más bien que por su lugar en las etapas del desarrollo de la formación de su autor.

Por todo ello, desafortunadamente, nos faltan aún estudios organizados dentro de esa perspectiva, que permitan seguir el movimien-

to de su reflexión y las razones de sus búsquedas y perplejidades, en lugar del habitual ordenamiento de citas, cosechables para muy distintas razones en una producción por igual copiosa y no sistemática.

Y estas páginas no pueden, tampoco, por su carácter y por sus límites, escapar a esas dificultades. Pues no se trata aquí de otra cosa sino de marcar ciertas señales necesarias para la exploración del territorio mariateguiano, que como pocos en América Latina debe ser hoy día urgente y plenamente explorado y reconocido.

MARIÁTEGUI EN LA FUNDACIÓN DEL MARXISMO EN AMÉRICA LATINA

Mariátegui no fue, ciertamente, ni el primero ni el único que, antes de 1930, contribuyó a la introducción del marxismo en América Latina, y a la educación y organización políticas de la clase obrera de estos países dentro del socialismo revolucionario. En la misma época, actuaban Recabarren en Chile, Codovilla y Ponce en Argentina, Mella en Cuba, Pereyra en Brasil, y las primeras ideas marxistas ya habían comenzado antes a circular, en pequeños cenáculos, en México, a través de Rhodakanaty y otros. Inclusive, algunos de ellos pudieron, quizás, acceder a

un conocimiento intelectual del marxismo más elaborado que el de Mariátegui⁸⁴.

¿Por qué, entonces, cuando todos los demás sólo pueden ser estudiados ante todo por razones históricas, Mariátegui sigue vigente? ¿Por qué, no obstante las insuficiencias y las incongruencias de su formación de pensador marxista, ocupa aún un lugar decisivo en nuestro actual debate?

Algunos, como Dessau, contestan que fue el atraso del desarrollo histórico del Perú y de la mayor parte de los países latinoamericanos, lo que favoreció a Mariátegui para lograr una obra “de resultados relevantes para todos los países latinoamericanos”, ya que en otros, como Argentina y Chile, “los pensadores progresistas y revolucionarios se veían obligados a renovar y

adaptar tradiciones estancadas o cubiertas por procesos históricos posteriores”, como, según Dessau, habrían sido los casos de Ingenieros y de Ponce⁸⁵. Y añade que “además, tienen (las enseñanzas de Mariátegui) la particularidad de que él concibió su obra desde el principio como una empresa de trascendencia nacional orientada a la vez a organizar a la clase obrera y a orientar a sus aliados”⁸⁶.

Sin embargo, el hecho de que el sedimento ideológico liberal o socialista fuera en el Perú menor que en otros países, puede otorgar a Mariátegui una nitidez mayor a su gloria de fundador, pero ¿de qué modo responde por la originalidad, no meramente cronológica, y por la perdurable validez de su contribución al marxismo y a la revolución en América Latina? ¿De qué modo podía favorecer a esa calidad de su obra, el tener que lidiar con el atraso histórico-social e intelectual del medio peruano de esa época? ¿No concibieron Recabarren o Mella su propia obra como “una empresa de trascendencia nacional”?

Más certero y perspicaz, Melis señala en Mariátegui “su propósito de situar los rasgos espe-

84 Por ejemplo, Jaime Labastida sostiene que Aníbal Ponce logró una formación marxista teóricamente más consistente que la de Mariátegui, no obstante reconocer que Ponce no intentó la investigación crítica de la historia y la sociedad argentinas. Pero este es, precisamente, el problema. Porque ¿cómo se demuestra la profundidad real de la asimilación del instrumental teórico y metodológico marxista, si no se lo lleva al descubrimiento de una realidad histórica concreta? Véase de Jaime Labastida, *Introducción a humanismo y revolución*, selección de ensayos de Aníbal Ponce (México, Siglo XXI, 1973) Segunda edición.

85 Dessau, *op. cit.*, p. 72.

86 *Op. cit.*, p. 73.

cíficos de una formación económico-social en un modelo de desarrollo histórico, lo cual es lo único que confiere un valor auténticamente científico al marxismo, más allá de toda interpretación deformadora en el sentido del historicismo idealista”⁸⁷. En otros términos, es el marxismo de Mariátegui y menos el atraso o adelanto relativos del Perú y otros países, lo que da cuenta del valor y de la vigencia de su obra.

Esa es, en verdad, la respuesta. Si Mariátegui fue capaz de dejar una obra en la cual los revolucionarios de América Latina y de otros países, pueden aún encontrar y reconstruir una matriz de indiscutible fecundidad para las tareas de hoy, se debe ante todo al hecho de haber sido, entre todos los que contribuyeron a la implantación del marxismo en la América Latina de su tiempo, el que más profunda y certeramente logró apropiarse –y no importa si de modo más intuitivo que sistemático y elaborado, o cruzado con preocupaciones metafísicas– aquello que, como Melis apunta, “confiere un valor auténticamente científico [revolucionario, pues, A.Q.] al marxismo”. Esto es, su calidad de marco y punto de partida para investigar, conocer, explicar, interpretar y cambiar una realidad histórica

concreta, desde dentro de ella misma. En lugar de ceñirse a la “aplicación” del aparato conceptual marxista como una plantilla clasificatoria y nominadora, adobada de retórica ideológica, sobre una realidad social determinada, como durante tanto tiempo fue hecho entre nosotros, lo mismo por los herederos de la retina eurocentrista que por los seguidores de la “ortodoxia” de la burocracia oficial del movimiento comunista, después de Lenin.

Más allá de las limitaciones de su formación, en una vida corta y como pocas dura, sujeta también a las limitaciones del horizonte de ideas y de conocimientos de su tiempo sobre los problemas específicos de la historia peruana y latinoamericana: más allá de nuestros acuerdos y desacuerdos con sus formulaciones concretas, como investigador y como dirigente político del proletariado revolucionario, es por aquellas razones que Mariátegui tiene hoy el sitial de un fundador y de un guía actual para el marxismo en América Latina.

Es, por eso, desde esta perspectiva y en función de ella, que debe hacerse el debate de su pensamiento y de su acción, y el balance de los elementos que concurrieron a su desarrollo. En particular, de aquellos de origen no marxista que llegaron a tener presencia destacada en su formación intelectual y emocional, como la

87 Melis, *op. cit.*, p. 30.

concepción, en muchos aspectos metafísica, que atravesaba su fascinada avidez por explorar todos los ámbitos de la experiencia humana sobre la tierra, o su admiración por figuras que hoy nadie admira, como Sorel, o su frecuente referencia a Dios y al sentido religioso de su vocación política. Nada añade a Mariátegui la minimización inútil de esos elementos en su pensamiento, como unos procuran, ni le rebaja destacarlos por sobre todos los demás, como otros hacen. No está en ellos, ni el valor ejemplar de su vida, ni lo perdurable de su lugar histórico entre nosotros.

LOS PROBLEMAS EN EL MARXISMO DE MARIÁTEGUI

A partir de esas consideraciones, dos áreas de problemas pueden señalarse, principalmente, en el modo mariateguiano de asumir el marxismo:

1) La no resuelta tensión entre una concepción del marxismo como teoría de la sociedad y de la historia, y método de interpretación y acción revolucionaria, de un lado, y filosofía de la historia, apta para recibir las aguas de otras vertientes filosóficas que contribuyeran a la

permanencia de la voluntad de acción revolucionaria, de otro lado.

2) Vinculada a la anterior, la insistencia en la centralidad de la voluntad individual como fundamento de la acción histórica, y por ello en la necesidad de un alimento de fe y de fundamento metafísico para la restauración de una moral humana despojada de los lastres de la conciencia burguesa.

En el primer plano, son muchos los pasajes de su varia producción escrita donde esa tensión está presente, aunque como tensión teórica objetiva, más bien que como tensión psicológica o subjetivamente percibida por Mariátegui. Pero es sobre todo en *Defensa del marxismo*⁸⁸, escrita en su madurez (1928), contra el revisionismo de Henri de Man (*Más allá del marxismo*), a donde hay que acudir para tomar su más ordenada y explícita reflexión sobre ese problema.

En esos ensayos, Mariátegui aparece preocupado fundamentalmente con problemas de carácter ético-filosóficos, más bien que con problemas de carácter epistemológico o metodológico, o sobre éstos sólo por implicación, en

88 *Defensa del marxismo* (OC, Vol. V).

particular sobre el problema del determinismo y la voluntad, o del materialismo y la producción de valores espirituales.

Posada señala, a propósito de ese texto, que “Mariátegui no plantea en su obra una problemática metodológica y ella carece de un conjunto de conceptos filosóficos estructurados. El marxismo era para él fruto exclusivamente de la confrontación, no fruto de la ciencia y de una práctica teórica. Mariátegui representa en Latinoamérica la tesis de que el marxismo se define como tal en la controversia, descalificándose así implícitamente su valor como teoría”⁸⁹. Pero, si lo primero es en gran medida cierto, lo último es mucho más el testimonio de la presencia, en Posada, de esa infección althusseriana que distingue entre “práctica teórica” y “práctica política”, como dos cuestiones separadas, lo que no son sino, tan mal llamadas de ese modo, dos momentos de una misma práctica.

Lo cierto es, sin embargo, que Mariátegui sostiene que “El materialismo histórico no es, precisamente, el materialismo metafísico o filosófico, ni es una filosofía de la historia, de-

jada atrás por el progreso científico. *Marx no tenía por qué crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad actual*”⁹⁰ (énfasis propio).

No se plantea, pues, el aparato epistemológico que funda ese “método de interpretación histórica”, ni parece distinguir que, además de método, y de interpretación, el marxismo es una teoría de la sociedad, es decir, con la capacidad de dar cuenta de las leyes que mueven la sociedad y de los elementos que concurren a la constitución de esas leyes, y de donde nace su poder explicativo y de interpretación.

“Vana es toda tentativa –afirma más adelante– de catalogarla (a la crítica marxista) como una simple teoría científica, mientras obre en la historia como evangelio y método de un movimiento de masas. Porque “el materialismo histórico –habla de nuevo Croce– surgió de la necesidad de darse cuenta de una determinada configuración social, *no ya de un propósito de investigación de los factores de la vida histórica*; y se formó en la cabeza de políticos y revolucionarios, no ya de fríos y acompasados sabios de biblioteca”⁹¹ (énfasis propio).

89 Posada, Francisco 1968 *Los orígenes del pensamiento marxista en Latinoamérica: Política y cultura en José Carlos Mariátegui* (Madrid: Ciencia Nueva) p. 21.

90 *Op. cit.*, p. 36.

91 *Ibíd.*, pp. 36-37.

Mariátegui se apoya en Croce, admitiendo la idea contenida en la frase subrayada, extraña y aun adversa a la naturaleza del marxismo, para relieves de éste solamente su dimensión de método de interpretación y de acción, idea que aparece reiterada en otros pasajes de este y otros textos.

En refuerzo de su opinión según la cual “Marx no tenía por qué crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad actual”, Mariátegui parece levantar el problema de la necesidad de una filosofía de la historia para completar la obra de Marx, y para ello apela a otras fuentes filosóficas.

“Si Marx –dice Mariátegui– no pudo basar su plan político ni su concepción histórica en la biología de De Vries, ni en la psicología de Freud, ni en la física de Einstein; ni más ni menos que Kant en su elaboración filosófica tuvo que contentarse con la física newtoniana y la ciencia de su tiempo: el marxismo –o sus intelectuales– en su curso posterior, no ha pasado de asimilar lo más sustancial y activo de la especulación filosófica e histórica poshegeliana o posracionalista. Georges Sorel, tan influyente en la formación espiritual de Lenin, ilustró el movimiento revolucionario socialista –con un talento que Henri de Man no ignora, aunque en su volumen omita toda cita del autor de

Reflexiones sobre la violencia– a la luz de la filosofía bergsoniana, continuando a Marx que, cincuenta años antes, lo había ilustrado a la luz de la filosofía de Hegel, Fichte y Feuerbach”⁹².

Y añade inmediatamente: “Vitalismo, activismo, pragmatismo, relativismo, ninguna de estas corrientes filosóficas, en lo que podían aportar a la revolución, han quedado al margen del movimiento intelectual marxista. William James no es ajeno a la teoría de los mitos sociales de Sorel, tan señaladamente influida, de otra parte, por Wilfredo Pareto”⁹³.

De ese modo, una curiosa amalgama de tendencias filosóficas, todas no solamente ajenas sino opuestas al marxismo, ingresan a componer una suerte de filosofía de la historia, que para Mariátegui no sólo no contradice, sino complementa y enriquece, o como él dice “ilustra”, al marxismo.

No ignora Mariátegui que la base epistemológica del marxismo es materialista y dialéctica: “La concepción materialista de Marx nace, dialécticamente, como antítesis de la concepción idealista de Hegel. Y esta misma relación no aparece muy clara a críticos tan sagaces

92 *Ibid.*, pp. 38-39.

93 *Ibid.*, p. 39.

como Croce⁹⁴. No obstante, no es tampoco seguro que la epistemología dialéctica y materialista, y no solamente un método de interpretación histórica materialista por reconocer una base material en la historia, sea lo que Mariátegui está poniendo de relieve en esa afirmación. Porque vuelve a citar a Croce (“éste es uno de los representantes más autorizados de la filosofía idealista, cuyo dictamen parecerá a todos más decisivo que cualquier deploración jesuita de la inteligencia pequeñoburguesa”), respaldando su idea de que la denominación de materialista cumplía en Marx y Engels la función de subrayar que la cuestión social no es una cuestión moral. La larga cita de Croce continúa: “Y, finalmente, no carece en esto de eficacia la denominación de ‘materialismo’, que hace pensar en seguida en el interés bien entendido y en el cálculo de los placeres. Pero es evidente que la idealidad y lo absoluto de la moral, en el sentido filosófico de tales palabras, son presupuesto del socialismo”⁹⁵.

Es sin duda por esas oscilaciones, que Robert Paris ha creído ver en la *Defensa del marxismo*, una “tentativa de espiritualización del

marxismo” coincidente con la de Gentile, aunque su adhesión posterior al fascismo hace de Croce una autoridad mayor, con la mediación de Gobetti⁹⁶.

No es eso tan claro. Mariátegui se opone explícitamente a toda espiritualización del marxismo: “la primera posición falsa en esta meditación –dice refiriéndose a ello– es la de suponer que una concepción materialista del universo no sea apta para producir grandes valores espirituales”⁹⁷. No se trata, por tanto, de una espiritualización. El problema es otro: la dialéctica materialista, como epistemología y como método, parece excluida como problema del debate, para ser reemplazada por otro, materialismo y valores espirituales, un problema ético-metafísico.

Un sesgo equivalente guía la discusión sobre el problema del determinismo. Vuelve el problema moral a dominar el planteamiento, trátase del carácter voluntarista del socialismo, sin perjuicio de su “fondo determinista”, o de la “moral de productores” que es el sello de un proletariado cuando ingresa a la historia

94 *Ibíd.*, p. 36.

95 *Ibíd.*, pp. 47-48.

96 Paris, *El marxismo latinoamericano de Mariátegui*, op. cit., p. 14.

97 *Defensa del marxismo*, p. 85.

como clase social, y del sentido heroico y creador del socialismo:

El carácter voluntarista del socialismo no es, en verdad, menos evidente, aunque sí menos entendido por la crítica, que su fondo determinista. Para valorarlo, basta, sin embargo, seguir el desarrollo del movimiento proletario, desde la acción de Marx y Engels en Londres, en los orígenes de la I Internacional, hasta su actualidad, dominada por el primer experimento de Estado socialista: la URSS. En ese proceso, cada palabra, cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora, cuyo impulso sería absurdo buscar en un mediocre y pasivo sentimiento determinista⁹⁸.

Aquí, sin embargo, bajo la cara externa de problema ético-filosófico, Mariátegui maneja una intuición certera: el lugar fundamental de la praxis en la determinación de la historia, y la relación esencial entre la acción de los condicionamientos objetivos (externos a la conciencia) y la acción consciente, como integrantes de las mismas leyes de movimiento de la sociedad, como momentos recíprocamente activos en la constitución de la praxis global de la so-

ciedad. Y ese problema surge más claramente aún, bajo esa luz, cuando sostiene: “En la lucha de clases, donde residen todos los elementos de lo sublime y heroico de su ascensión, el proletariado debe elevarse a una ‘moral de productores’, muy distante y muy distinta de la ‘moral de los esclavos’ de que oficiosamente se empeñan en proveerlo sus gratuitos profesores de moral, horrorizados de su materialismo”⁹⁹. La conciencia ocupa su lugar exacto en la praxis, y ésta en la determinación de la historia.

3) Aquella necesidad que Mariátegui sentía de una filosofía de la historia, en la cual cupieran al mismo tiempo la obra de Marx y todas las otras vertientes filosóficas “en lo que podían aportar a la revolución”, asume en su pensamiento la forma de una lucha contra el positivismo, para lo cual se afirma en una concepción según la cual la acción humana requiere bases metafísicas, y en particular la acción revolucionaria, pues sólo la fe permite sobrepasar un “pasivo determinismo” y galvanizar la voluntad de acción y sostener el heroísmo.

Esa concepción se emparenta al existencialismo que, con la difusión de la obra de Heide-

98 *Ibíd.*, p. 58.

99 *Ibíd.*, pp. 60-61.

gger y de Kierkegaard y la vuelta de Nietzsche, dominó una gran parte del debate filosófico inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, impregnando también el propio debate marxista a través de la obra de Jean-Paul Sartre. Mariátegui conoció la obra de Nietzsche y no es sorprendente, por todo eso, que sea una cita de ese autor que encabece los *7 ensayos* y que su huella, y especialmente la de su Zarathustra, se registre en diversos pasajes de la producción mariateguiana.

“Los revolucionarios, como los fascistas, se proponen por su parte vivir peligrosamente. En los revolucionarios, como en los fascistas, se advierte análogo impulso romántico, análogo humor quijotesco”, sostiene Mariátegui en 1925¹⁰⁰, tras citar un trozo de un discurso de Mussolini, en el cual el nietzscheano “vive peligrosamente” y las reminiscencias del pórtico de la Constitución d’annunziana de Fiume, son explícitas.

Y más adelante, en el mismo texto, afirma “La vida, más que pensamiento, quiere ser hoy acción, esto es, combate. El hombre contemporáneo tiene necesidad de fe. Y la única fe, que puede ocupar su yo profundo, es una fe comba-

tiva. No volverán, quién sabe hasta cuándo, los tiempos de vivir con dulzura. La dulce vida prebélica no generó sino escepticismo y nihilismo. Y de la crítica de este escepticismo y nihilismo, nace la ruda, la fuerte, la perentoria necesidad de una fe y de un mito que mueva a los hombres a vivir peligrosamente”¹⁰¹.

Proclamando que “ni la razón ni la ciencia pueden satisfacer toda la necesidad de infinito que hay en el hombre” y que “únicamente el mito posee la preciosa virtud de llenar su yo profundo”, llega a decir Mariátegui que el hombre “como la filosofía lo define, es un animal metafísico. No se vive fecundamente sin una concepción metafísica de la vida. El mito mueve al hombre en la historia. Sin un mito la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico. La historia la hacen los hombres poseídos e iluminados por una creencia, por una esperanza superhumana; los demás hombres son el coro anónimo del drama”¹⁰². Nietzsche, otra vez.

Pareciera, así, que Mariátegui se hunde en un misticismo irracionalista; contra la razón y la ciencia, opone el mito y la fe. Contra la idea marxista según la cual es la lucha de clases la

100 *El alma matinal* (OC, Vol. III: 17).

101 *Ibid.*, pp. 17-18.

102 *Ibid.*, pp. 18-19.

que mueve la historia, recurre a la idea del superhombre nietzscheano. Y todavía, más adelante, afirma que “Hace algún tiempo que se constata el carácter religioso, místico, metafísico del socialismo”¹⁰³.

No es así, exactamente. Mariátegui enfrenta un doble enemigo: el escepticismo nihilista, el “alma desencantada” (Ortega y Gasset), y al mismo tiempo, el positivismo y el cientificismo de esa raíz, entre cuyos polos está desgarrada la inteligencia burguesa entre las dos crisis y las dos guerras.

Citando un poema (*La danza delante del arca*) de Henri Frank, observa que a pesar de la “voluntad de creer” del poeta, “el arca está vacía” y que el poeta tiene que partir en busca de Dios, como la demostración de que la cultura burguesa está en crisis y que el escepticismo es infecundo. Pero, de otro lado, “los filósofos nos aportan una verdad análoga a la de los poetas. La filosofía contemporánea ha barrido el mediocre edificio positivista. Ha esclarecido y demarcado los modestos confines de la razón. Y ha formulado las actuales teorías del mito y de la acción. Inútil es, según estas teorías, buscar una verdad absoluta. La verdad de hoy no

será la verdad de mañana. Una verdad es válida sólo para una época. Contentémonos con una verdad relativa”¹⁰⁴.

Y en la lucha contemporánea, esa es para Mariátegui la ventaja del proletariado sobre la burguesía: el primero tiene una postura afirmativa; contra el escepticismo y el nihilismo, tiene una fe y un mito. Contra el positivismo, es, además, relativista. La burguesía, en cambio, es prisionera de la negación escéptica o de su chato positivismo¹⁰⁵. Para él, pues, es, sobre esa base, que la voluntad de acción revolucionaria adquiere un fundamento seguro: el mito. Y la lucha contra el conformismo y la mediocridad burguesas, tiene dos caras: “el pesimismo de la realidad y el optimismo del ideal”, según la frase tomada de Vasconcelos y que evoca, como todo el mundo advierte, la que Gramsci adoptara¹⁰⁶ de Romain Rolland.

Así como en su debate con Henri de Man, los problemas del materialismo y el determinismo son colocados por Mariátegui dentro de una perspectiva ético-filosófica, aquí la lucha contra el positivismo encuentra, también, la misma ubi-

103 *Ibíd.*, p. 22.

104 *Ibíd.*, pp. 20-21.

105 *Ibíd.*, p. 22.

106 *Ibíd.*, p. 28.

cación, en el mismo plano que el problema del conformismo y el escepticismo nihilista, las cuestiones metodológicas están ausentes, y los fundamentos epistemológicos del debate marxista contra el positivismo, no se plantean, y son reemplazados por la metafísica: “lo metafísico –insiste– ha recuperado su antiguo rol en el mundo después del fracaso de la experiencia positivista. Todos sabemos que el propio positivismo cuando ahondó su especulación se tornó metafísico”¹⁰⁷.

No hay, pues, duda de que Mariátegui ensambló en su formación intelectual, una concepción del marxismo como “método de interpretación histórica y de acción” y una filosofía de la historia de explícito contenido metafísico y religioso.

LAS FUENTES DEL MARXISMO Y DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA MARIATEGUIANOS

Dessau afirma que “resulta evidente que Mariátegui se ocupó relativamente poco de la economía política marxista que, sin embargo, es uno de los tres elementos fundamentales del marxismo-leninismo. Parece que este hecho,

que no puede tener que ver con la poca accesibilidad de los textos, porque *El Capital* ya existía traducido a idiomas que Mariátegui sabía leer, se debe en primer lugar a que los teóricos italianos, incluso Gramsci, no prestaron mucha atención a la economía política marxista, concentrándose más en la filosofía y en la teoría política y prestando mucha atención a los problemas espirituales y culturales, lo que estaba en consonancia con las preocupaciones del propio Mariátegui”¹⁰⁸.

En la misma línea, Messeguer cree que “Mariátegui se acercó al marxismo” a través de Croce y Labriola, y que recibió un “marxismo filtrado a través de Sorel, Gramsci, Clarté, los líderes rusos y aun autores no marxistas como A. Tilgher, P. Gobetti y B. Croce”¹⁰⁹.

Y Paris, que es sin duda quien más detenidamente ha investigado las fuentes de la formación intelectual de Mariátegui en Europa, aporta una evidencia consistente sobre la influencia del bergsonismo soreliano y del neohegelianismo de Gentile, Croce y Gobetti, en la filosofía de la historia mariateguiana¹¹⁰.

107 *Ibíd.*, p. 146.

108 Dessau, *op. cit.*, p. 83.

109 Messeguer, *op. cit.*, pp. 136-141.

110 Paris, *op. cit.*

No está, sin embargo, establecido suficientemente a través de cuáles textos fue Mariátegui asimilando el marxismo, y de qué forma gravitaron en ese aprendizaje las influencias verificadas. Como advierte Paris, si bien Mariátegui se apoyó numerosas veces en la autoridad de Croce en su polémica con De Man, especialmente, no dejó de hacer explícito en ningún momento su reconocimiento de la posición liberal y no marxista de Croce, lo mismo que la de Gobetti. Por ello, el neohegelianismo crociano, o su versión radicalizada en Gobetti, aparece en Mariátegui más bien como un constante punto de referencia y como una atmósfera que envuelve de modo “latente” (Paris), su reflexión sobre la historia y la filosofía. Es cierto, sin embargo, que Croce medió –como lo demuestra Paris– en el conocimiento de Mariátegui acerca de Labriola y que la huella de su lectura, particularmente del *Materialismo Storico ed Economia marxistica* de Croce, es registrable en el modo mariateguiano de ensamblar la “metodología marxista de interpretación histórica” en una filosofía de la historia.

En cambio la influencia de Sorel, y a través de él, principalmente, del Bergson de *La evolución creadora*, es mucho más directa en Mariátegui y éste no ocultó su inmensa admiración

por el ideólogo del “sindicalismo revolucionario”. De él toma la idea del mito social como fundamento de la fe y de la acción revolucionaria de las multitudes, así como antídoto contra el escepticismo de los intelectuales y alimento esencial de una concepción metafísica de la existencia. *Reflexiones sobre la violencia*, de Sorel, ocupa un lugar tan privilegiado en la admiración de Mariátegui y son tantas veces las citas de este autor a las que recurre como apoyo y autorizada palabra, que Dessau ha podido decir que pareciera que “conoció más a Sorel que a Lenin”¹¹¹.

Para Mariátegui, Sorel es “uno de los más altos representantes del pensamiento francés del siglo XX”¹¹², y *Reflexiones sobre la violencia*, “representan por su magnitud y consecuencias históricas, otro de los libros del nuevo siglo”¹¹³, poco después de afirmar que *La evolución creadora*, de Bergson, a cuyo conocimiento y admiración llegó a través de Sorel, “constituye, en todo caso, un acontecimiento mucho más considerable que la creación del reino servio-croata-sloveno, conocido también con

111 Dessau, *op. cit.*, p. 83.

112 *El alma matinal*, p. 23.

113 *Historia de la crisis mundial*, p. 200.

el nombre de Yugoslavia”¹¹⁴. Y no titubea en repetir una afirmación del periódico *Journal de Genève*, recogida en el artículo del propio Sorel, “Pour Lenine”, según la cual aquél tuvo una influencia muy grande en la “formación espiritual” de Lenin¹¹⁵. Y todavía en los *7 ensayos* lo coloca junto a Marx, ya que para Mariátegui “(la civilización) de Marx y de Sorel es una civilización industrial” y Sorel es un “economista moderno”¹¹⁶.

En su combate contra el positivismo, Mariátegui apela ante todo a la autoridad de Bergson-Sorel:

[...] superando las bases racionalistas y positivistas del socialismo de su época, Sorel encuentra en Bergson y los pragmatistas, ideas que vigorizan el pensamiento socialista, restituyéndolo a la misión revolucionaria de la cual lo habían gradualmente alejado el aburguesamiento intelectual y espiritual de los partidos y de sus parlamentarios, que se satisfacían en el campo filosófico con el historicismo más chato y el evolucionismo más pálido [...] ¹¹⁷.

Cincuenta años después, sorprende en un hombre como Mariátegui esa desaforada admiración a un pensamiento tan confuso y prescindible como el de Sorel. Sorprende aún más que crea en la gran influencia de Sorel sobre Lenin, a pesar de conocer y citar el *Materialismo y empiriocriticismo* del último, donde Sorel es vapuleado como “confusionista bien conocido” y una de esas personas que “no pueden pensar más que contrasentidos”¹¹⁸, y donde Lenin se dedica a demoler prolijamente todas aquellas corrientes filosóficas que, como las que Sorel defiende, encarnan la hostilidad reaccionaria al marxismo. Por lo demás, como hace bien en anotar lo Paris¹¹⁹, las obras que contienen ya todo el fundamento del “leninismo”, fueron publicadas por Lenin antes de la aparición de *Reflexiones sobre la violencia*.

Sin embargo, la sorpresa no debe ser mucha, si se recuerda que en la atmósfera del debate ideológico italiano durante los años de la estancia de Mariátegui, Sorel tenía una presencia importante y que, en general, en Europa, el llamado sindicalismo revolucionario, cuyo ideólogo

114 *Op. cit.*, p. 198.

115 *Defensa del marxismo*, pp. 17-19.

116 *7 ensayos*, pp. 52 y 66.

117 *Defensa del marxismo*, p. 19.

118 Lenin, Vladimir Ilich 1948 *Materialismo y empiriocriticismo* (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras) p. 336.

119 Paris, *op. cit.*, p. 19.

más conocido era aquél, llegó en los años de la primera posguerra a tener una influencia amplia entre obreros e intelectuales revolucionarios.

Mariátegui habría conocido a Sorel en Italia, por sus vinculaciones con Croce. Pero quizás también conocía, leyendo *L'Ordine Nuovo*, que el propio Gramsci no ocultaba su deferente consideración para con Sorel, no obstante su explícita condenación del “sindicalismo revolucionario” y su advertencia de que no había en Sorel un método consistente que pudiera usarse con resultados siempre eficaces¹²⁰. A pesar de lo cual, Gramsci elogiaba en Sorel haber heredado “un poco de las virtudes de sus dos maestros: la áspera lógica de Marx y la conmovida y plebeya elocuencia de Proudhon”, por lo cual “su palabra no puede dejar indiferentes a los obreros turineses”¹²¹.

Y Gramsci no podía, sin embargo, ignorar que la apología soreliana de la violencia no desembocaba en la destrucción del capitalismo y de la burguesía, sino que estaba explícitamente concebida como un mecanismo de utilización de la lucha de clases y de su violencia, para gal-

vanizar de nuevo la voluntad de la burguesía, impidiendo su apoltronamiento, para alcanzar el “perfeccionamiento histórico de la sociedad capitalista”. Mariátegui, tampoco.

En efecto, Sorel sostenía que:

La violencia proletaria no solamente puede asegurar la revolución futura, sino mucho más aún parece ser el único medio del cual disponen las sociedades europeas, embotadas por el humanitarismo, para recuperar su antigua energía. Esta violencia fuerza al capitalismo a preocuparse únicamente de su función material y tiende a devolverle las cualidades belicosas que antes poseía. Una clase obrera creciente y sólidamente organizada puede forzar a la clase capitalista a mantenerse ardiente en la lucha industrial; si frente a una burguesía hambrienta de riquezas y de conquista, se yergue un proletariado unido y revolucionario, la sociedad capitalista alcanzará su perfección histórica.

Así la violencia proletaria ha devenido un factor esencial al marxismo. Agreguemos, una vez más, que ella tendrá por efecto, si es conducida convenientemente, de suprimir el socialismo parlamentario, que no podrá más pasar como dirigente de las clases obreras y como guardián del orden¹²².

120 Gramsci, Antonio 1954 *L'Ordine Nuovo* (Milán: Einaudi) Tercera edición, p. 146.

121 Gramsci, *op. cit.*, pp. 460-461.

122 Sorel, Georges 1936 *Reflexions sur la Violence* (París: Marcel Rivière) Tercera edición, p. 120.

Sorel estaba, pues, interesado menos en la revolución socialista del proletariado, cuanto en la destrucción del orden burgués liberal y socialdemócrata. Nada sorprende, en consecuencia, que enfatizara el sindicalismo y no la lucha por el Estado como estrategia revolucionaria, y que fuera el fascismo mussoliniano el que mejor entendiera el mensaje soreliano.

Es obvio que ni Gramsci ni Mariátegui podían compartir esa entraña contrarrevolucionaria que la fraseología revolucionaria soreliana encerraba. No obstante no disimularon su aprecio por el maestro del “sindicalismo revolucionario”. Pero lo que en el primero era una muy consciente y discriminadora atención al sorelismo, en Mariátegui aparece como una admiración tan grande que lo lleva a ponerlo en la estantería marxista nada menos que junto al propio Marx. Y aunque parece probable que no conociera la obra teórica de Rosa Luxemburgo, por ejemplo, y la del propio Engels quizás principalmente a través de Croce, no hay modo de justificar hoy esa admiración.

De todos modos, lo que resulta demostrable es que esas influencias en la formación intelectual y espiritual de Mariátegui, provienen en una medida principal del hecho de que su aprendizaje marxista fue realizado dentro de la particular atmósfera italiana de comienzos de

los años veinte. Eso, no obstante, no equivale a decir, como Messeguer, que Mariátegui recibió solamente un “marxismo filtrado” por Croce, Sorel o Gobetti.

Mariátegui conoció de primera mano varias de las obras más importantes de Marx, Lenin, Kautsky, Hilferding, Trotsky, Bujarin, a los cuales cita en sus principales trabajos. Y, aunque es dudoso como medida de lo que un hombre lee, el registro de su biblioteca, Vanden¹²³ ha podido establecer que la biblioteca personal de Mariátegui contenía todas esas obras, anotadas y subrayadas por su dueño.

Surge, entonces, la pregunta necesaria acerca de por qué Mariátegui acordaba un lugar tan prominente en su pensamiento a la obra de Croce, Gobetti y, especialmente, de Sorel, y a través de éste, a la influencia del bergsonismo y del pragmatismo, y en menor medida del Unamuno de *Agonía del cristianismo y Sentimiento trágico de la vida*. Y otra aún más difícil: ¿en qué medida todas esas influencias están presentes en su obra de investigador de la historia social y política peruana, y de teórico de la revolución socialista en América Latina?

123 Vanden, Harry 1975 *Mariátegui, influencias en su formación ideológica* (Lima: Biblioteca Amauta).

Sobre la primera, no soy el primero en sospechar que la angustia mariateguiana, su necesidad de una concepción heroica de la existencia y de fundamentos metafísicos para su voluntad de acción revolucionaria, tienen mucho que ver con el pasado de inclinaciones místico-religiosas y estéticas del Mariátegui anterior al viaje a Europa, y cuyo enfrentamiento con el materialismo marxista no pudo ser resuelto a través de una discusión en el terreno epistemológico y metodológico, dadas las insuficiencias implicadas en su formación enteramente autodidacta, y encontró un cauce ético-filosófico de solución que, no por ser teóricamente inconsistente, era menos eficaz psicológicamente en el Mariátegui maduro. A ello contribuyó mucho el carácter mismo del debate ideológico italiano y el predominio de las cuestiones culturales y políticas, pero sobre esa base de la propia formación de Mariátegui.

Cuando a su regreso de Europa, Mariátegui encuentra el positivismo rebajado a la ideología del corrupto arribismo del período de Leguía, su convicción de que el positivismo era responsable del reformismo parlamentario de la socialdemocracia, y de la crisis del liberalismo, que se habían revelado impotentes para contener el fascismo el uno, y para desarrollar la revolución socialista la otra, quedará fortalecida. Y, a pesar de que la más reaccionaria

inteligencia peruana se apoyaba en el vitalismo bergsoniano contra el positivismo, él se sentirá justificado en el uso del mismo bebedero ideológico para combatir al positivismo y a Leguía. Lo que le parecía importante no era el origen y la relación de esas ideas con el marxismo, sino su eficacia, en un determinado momento histórico, para coadyuvar a la causa de la revolución moviendo a las mentes fuera del conformismo que, en el Perú, era naturalmente equivalente a sostener el orden oligárquico-imperialista.

De allí, por ejemplo, la adopción de la idea del mito social como instrumento para movilizar a las masas indias, que no estaban en condiciones de acceder a un plano más elaborado del conocimiento de la teoría revolucionaria; “el vulgo no sutaliza tanto”, dirá una vez, para sostener la necesidad del mito. Se equivoca, por eso, Paris, al sostener que la adhesión de Mariátegui a Sorel y a su idea del mito social, era sólo una expresión del recóndito reconocimiento que aquél tenía, de que en las condiciones peruanas la idea misma de una revolución socialista era un mito, al cual tenía que aferrarse para continuar actuando y difundiendo el socialismo¹²⁴. Sería necio decir que toda esa ideología que en

124 Paris, *op. cit.*, pp. 33-34.

Mariátegui enmarcaba al marxismo, era sólo exterior e instrumental, o que el lugar que tenía en su pensamiento fuera superficial o pequeño. No; estaba en la capa más honda de la tensión emocional del hombre. Pero es necesario, también reconocer que él hacía de esa ideología un uso particular y consciente; piso emocional y ético para mover el ánimo y la conducta propia y ajena hacia la revolución socialista.

Por todo eso, carecen igualmente de asidero real la idea acuñada por Salazar Bondy, sobre un “marxismo abierto” que en Mariátegui sería la alternativa a un “marxismo dogmático”, o la aún más peregrina pretensión de Aguirre Gamio sobre un Mariátegui ideólogo de un socialismo religioso pariente del de Berdiaev. Es más correcto señalar que no todo en el pensamiento mariateguiano era marxista y que en su polémica contra el revisionismo y el positivismo, son las cuestiones ético-filosóficas las que tienen primacía sobre las epistemológicas y metodológicas, acerca de las cuales su formación era insuficiente.

Robert Paris ha señalado que esos problemas, y en especial la impronta soreliana en el pensamiento de Mariátegui, “hace que resulte tan ambiguo el aparato conceptual de los 7 *ensayos*, así como tan difícil en todo momento la clarificación política e ideológica de este

mismo período”¹²⁵. Y Posada parece retener a duras penas la tentación de tirar el niño junto con el agua sucia, afirmando que Mariátegui corresponde “más bien a la fase de gestación del marxismo en América Latina [...], no consciente de la especificidad teórica de la filosofía marxista”¹²⁶, sin duda porque él mismo estaba más interesado en la “práctica teórica” autónoma, ajena al marxismo.

Lo que hoy nos asombra en la obra mariateguiana es que, a pesar de sus ambigüedades conceptuales y de la insuficiencia de su formación teórica, haya logrado hacer los descubrimientos teóricos más importantes de la investigación marxista de su tiempo en y sobre América Latina, que constituyen puntos de partida necesarios para la crítica revolucionaria actual de nuestra sociedad. Porque es por eso que la obra de Mariátegui es importante en la historia del Perú o de América Latina, y no porque en ella se encuentren todas esas ambigüedades, o por cuanta admiración tenía por Sorel o Croce o Unamuno. Y no es acaso muy grande el riesgo de decir que, de algún modo, sus descubrimientos marxistas de la realidad fundamental del Perú de su tiempo, fue-

125 Paris, *op. cit.*, p. 21.

126 Posada, *op. cit.*, p. 14.

ron la conquista de una mentalidad cuya autonomía y osadía intelectual, eran apoyadas inclusive en esos elementos, teóricamente espurios y, sin embargo, psicológicamente eficaces para permitir que no se plegara simplemente a una adhesión acrítica a las “ortodoxias” burocráticas.

Porque fue la enhiesta voluntad de acción revolucionaria del hombre, y no importa si alimentada por una concepción metafísica de la existencia individual, lo que le permitió llevar a la práctica lo que está implicado en la XI Tesis sobre Feuerbach, por debajo de su apariencia de reclamo ético: quien quiera conocer la realidad ha de saber que sólo puede lograrlo en combate con ella, metiéndose dentro de ella, para transformarla. O renunciar al conocimiento profundo y contentarse con el de su apariencia.

Y eso es lo que, más allá de la connotación voluntarista a la que todos aluden, otorga su más pleno sentido a su admirativo elogio de la frase de Lenin, en boca de Unamuno: “Tanto peor para la realidad”.

LA CONTRIBUCIÓN MARXISTA DE MARIÁTEGUI AL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA LATINA

Lo fundamental de la producción mariateguiana sobre los problemas peruanos, con

implicaciones sobre toda América Latina, está contenida en sus *7 ensayos* y en las recopilaciones que forman los volúmenes de *Ideología y política*, *Peruanicemos al Perú*, *Temas de educación*, *Temas de nuestra América*, y en los documentos sobre la organización y debate del Partido Socialista del Perú, reproducidos por Martínez de la Torre en sus *Apuntes para una interpretación marxista de la historia del Perú*¹²⁷.

Desaparecido hasta hoy el único libro orgánico que Mariátegui produjo, sobre la evolución política e ideológica del Perú, anunciada en la “Advertencia” de los *7 ensayos*, junto a éstos, son los materiales que están reunidos en *Ideología y política* los de mayor significación política, y en especial *Punto de vista antiimperialista*, escrito casi un año antes de su muerte y expresión del punto más alto de su madurez política. Debe esperarse una mayor difusión de estos materiales fuera del Perú, ya que conociendo solamente los *7 ensayos* no puede obtenerse una cabal apreciación de la originalidad y del valor de la contribución marxista de su autor.

127 Martínez de la Torre, *op. cit.*, T. II.

El conjunto de sus investigaciones sobre la historia económico-social y política del Perú, de sus trabajos editoriales y culturales, así como su acción de organizador sindical y político y los lineamientos de una perspectiva estratégica de la revolución peruana, que alcanzó a trazar antes de su muerte, dan cuenta de que, desde su regreso y en especial desde 1925, Mariátegui se enfrentó a los problemas peruanos a través de una triple polémica. Esta fue desenvolviéndose conforme avanzaba en el reconocimiento de la realidad peruana y latinoamericana, y maduraba su vinculación política concreta con el movimiento obrero y con el entero movimiento popular.

Esa triple polémica lo enfrentó, sucesivamente, a los ideólogos del orden oligárquico-imperialista, al nacionalismo democrático aprista, entonces radicalizado con elementos socializantes y marxizantes, y a la dirección oficial de la III Internacional en América Latina.

No es mi propósito aquí, en el marco de un ensayo introductorio, presentar y discutir cada uno de los elementos de esa polémica y en cada una de sus etapas, sino aquello que, en mi opinión, constituye lo más original y de ese modo más valioso y perdurable de su contribución a nuestro conocimiento de la realidad concreta del Perú.

LA NATURALEZA ESPECÍFICA DE LA FORMACIÓN SOCIAL PERUANA

Al enjuiciar la evolución de la economía peruana desde la Primera Guerra Mundial, Mariátegui constata que con la implantación de la industria moderna, el dominio del capital financiero, y la definición de la disputa hegemónica entre Estados Unidos e Inglaterra en favor del primero, se ha acelerado la inserción de la economía peruana en el orden capitalista internacional, y que eso se traduce, además, en un “reforzamiento de la hegemonía de la costa en la economía peruana”, porque en esa región es donde más plenamente se implanta el capitalismo, en la industria y en los latifundios capitalistas.

Como consecuencia, verifica que se produce “el desenvolvimiento de una clase capitalista, dentro de la cual cesa de prevalecer como antes la antigua aristocracia. La propiedad agraria conserva su potencial; pero declina la de los apellidos virreinales. Se constata el robustecimiento de la burguesía”¹²⁸.

Sobre esa base y dentro de esa perspectiva, concluye: “Apuntaré una constatación final: la

128 7 *ensayos, op. cit.* pp. 23-24.

de que en el Perú actual coexisten tres economías diferentes. Bajo el régimen de economía feudal nacido de la Conquista subsisten en la sierra algunos residuos vivos todavía de la economía comunista indígena. En la costa, sobre un suelo feudal, crece una economía burguesa que, por lo menos en su desarrollo mental, da la impresión de una economía retardada”¹²⁹.

En otros términos, tres modos de producción coexisten en el Perú. Pero, bajo la “hegemonía de la costa”, esto es, del capitalismo, aunque éste da “la impresión de una economía retardada”, es decir, en nuestra jerga actual, subdesarrollada, es por eso que se “robustece la burguesía”, ya diferenciada como clase aparte de la “antigua aristocracia”, o sea de los terratenientes señoriales, y éstos “dejan de prevalecer como antes”. A la hegemonía del capital en la economía, corresponde la hegemonía de la burguesía en la sociedad.

Más adelante observa que los sectores capitalistas (minería, comercio, transportes), están en manos del capital extranjero, y que la burguesía criolla carece de los atributos empresariales de la europea o norteamericana: “El capitalista, o mejor el propietario, criollo,

tiene el concepto de la renta antes que el de la producción. El sentimiento de aventura, el ímpetu de la creación, el poder organizador, que caracterizan al capitalista auténtico, son entre nosotros casi desconocidos”¹³⁰.

Esa condición de la burguesía criolla es el resultado de dos determinaciones. Su relación con el capital extranjero, con el cual se “han contentado con servir de intermediarios”¹³¹, de un lado, y su relación con los rezagos feudales en la costa capitalista y el predominio del feudalismo en la sierra¹³².

Con genial perspicacia, afirma: “En el Perú, contra el sentido de la emancipación republicana, se ha encargado al espíritu del feudo – antítesis y negación del espíritu del burgo– la creación de una economía capitalista”¹³³.

Este enfoque del carácter de la economía peruana, como compleja y contradictoria articulación entre capital y precapital, bajo la hegemonía del primero, del mismo modo como todavía se articulan “feudalismo” y “comunismo indígena”, en la sierra, ambos bajo el capi-

129 *Ibíd.*, p. 24.

130 *Ibíd.*, p. 29.

131 *Ibíd.*, p. 26.

132 *Ibíd.*, pp. 25-29.

133 *Ibíd.*, p. 29.

tal, produciendo efectos no solamente sobre la lógica del desenvolvimiento económico sino también sobre la mentalidad de las clases, es el hallazgo básico de la investigación mariateguiana, y de donde se derivarán sus desarrollos sobre el carácter y las perspectivas de la revolución peruana.

Aparte del debate, hasta hoy inacabado, sobre el problema del “feudalismo colonial” y del “comunismo incaico”, que eran visiones compartidas ampliamente con las corrientes democrático-nacionalistas y Haya de la Torre¹³⁴, quien desde 1923 venía sosteniendo en el exilio esas tesis, ese enfoque mariateguiano era el único que en toda América Latina podía, en ese momento, dar cuenta de la especificidad profunda, de la originalidad del proceso histórico de estas formaciones sociales dentro de su común pertenencia a la legalidad general del orden capitalista imperialista. Era el único enfoque que no era ni un invento de la realidad, ni una mera “aplicación” exterior de las categorías marxistas a nuestra realidad.

Y fue desde esta base que Mariátegui pudo después diferenciarse nítidamente del APRA y de Haya de la Torre, no obstante sus amplias y

abiertas coincidencias sobre numerosos otros aspectos del debate sobre el orden oligárquico-imperialista, como lo testimonian los mismos *7 ensayos* si se los confronta con la producción de Haya de la Torre, anterior en este debate. Y, asimismo, en ese enfoque se fundará inmediatamente después su polémica contra la orientación oficial de la III Internacional, al ingresar ésta en su viraje posterior al fracaso de su intervención en la Revolución China, en 1927.

Él podía no tener suficiente formación metodológica, tener una parte de su pensamiento sujeto a la influencia de ideólogos no marxistas; eso, como se ve, no impidió que elaborara un enfoque en el cual la teoría materialista de la historia y su fundamento dialéctico, están en la práctica plenamente presentes. Y la investigación actual no ha hecho sino confirmar este descubrimiento fundamental de Mariátegui, como he procurado mostrarlo en las primeras páginas de este texto.

Mariátegui logra poner de manifiesto cómo, a pesar de sus diferencias profundas, los tres modos vigentes de producción concurren a la configuración de una misma y unitaria estructura económico-social, sobre la base de su articulación recíproca bajo la lógica hegemónica del capital.

Esa concepción contrasta inequívocamente con la visión dualista elaborada por Haya,

134 Haya de la Torre, Víctor Raúl 1977 *Obras completas* (Lima: Editorial Mejía Baca) T. I: 67 y 85.

y adoptada más tarde por los seguidores de la propia III Internacional y los ideólogos del modernismo desarrollista, tan en boga hasta no hace mucho en América Latina.

Y, al mismo tiempo, en esa concepción mariáteguiana estaba y está, necesariamente, implicada una oposición fundamental a la idea de una secuencia, derivada de un razonamiento lógico abstracto pero en modo alguno dialéctico marxista, entre una etapa revolucionaria antifeudal previa a una anticapitalista, como la experiencia europea sugería y aún sigue sugiriendo a muchos, en la medida en que las luchas de clases que eran determinadas por esta particular cambiación histórica, no podían desenvolverse, en tanto que revolucionarias, de otro modo que afectando no solamente al conjunto de esa estructura, sino a su eje articulador y dominante en primer término; esto es, al capitalismo. Y en tanto que dentro de este capitalismo era el capital monopolístico imperialista el dominante, el ataque al capital era, al mismo tiempo y no en dos tiempos, un ataque al imperialismo y al capitalismo como tal.

No hay que ser muy perspicaz, tras el largo y fatigoso camino recorrido por el debate latinoamericano de las dos últimas décadas, para ver que la teoría de la revolución por etapas es heredera y tributaria entrañable de la teoría dua-

lista de nuestras formaciones sociales, entre un sector feudal y otro capitalista, que sólo tienen en común un territorio jurídicamente delimitado por un país o un continente.

Unidad de elementos contradictorios, en una determinada y concreta situación histórica, donde se combinan desiguales niveles de desarrollo, interpenetrándose y condicionándose constantemente y donde no se puede destruir uno de sus elementos sin afectar el conjunto y a la inversa, es la visión categóricamente marxista y dialéctica que nos entrega Mariátegui como formulación específica y como postura epistemológico-metodológica.

Es verdad, sin embargo, y sería ocioso negarlo, que esa concepción no llegó a ser plena y sistemáticamente elaborada por Mariátegui, y aparece en buena medida intuida y poco consolidada.

De otro lado es notorio que la mayor atención de Mariátegui se concentra en el análisis del sector no capitalista de la economía, como tema dominante de su investigación y de su reflexión económico-social. Eso no indica, no obstante, sino el hecho de que el problema del campesinado era obviamente el tema central de todo el debate político de la época en el Perú, cubierto en abrumador predominio por las corrientes democrático-nacionalistas que

Haya acaudillaba, mientras que la figura marxista de Mariátegui fue, durante la mayor parte del período, solitaria. Y, de otro lado, el hecho demostrable de que el propio pensamiento mariateguiano compartía en amplia medida muchas de las concepciones ambientales, lo que sin duda era facilitado porque hasta 1928 Haya estaba en su fase ideológica más radical y bajo una apreciable influencia marxista.

A pesar de eso, es también demostrable que aun dentro de esa común perspectiva, la base del enfoque mariateguiano lleva a diferencias sustantivas en la teorización del problema campesino y del feudalismo. Aparte del hecho de que el dualismo no está presente en Mariátegui, mientras que para Haya y sus seguidores lo que existía en la estructura económica de la sierra era un feudalismo total, de origen colonial, Mariátegui coloca el problema en otra perspectiva. Lo que él observa en la sierra como predominante, y como rezagos en la costa capitalista, es un “semifeudalismo” en la economía, y un “gamonalismo” como forma específica de la dominación política local de los terratenientes¹³⁵.

¿Por qué “semifeudal”? Mariátegui no ofrece una respuesta directa. “Las expresiones de la

feudalidad sobreviviente –afirma– son dos: latifundio y servidumbre”¹³⁶. Pero, al mismo tiempo, plantea que “la hora de ensayar en el Perú el método liberal, la fórmula individualista, ha pasado ya”¹³⁷. ¿Por qué? Porque la liquidación de la feudalidad hace ya parte, para él, del problema de la liquidación del conjunto del orden vigente, dominado por el capital, como acaba de señalarlo inmediatamente antes.

En otros términos, la feudalidad existente en la sierra es tal feudalismo sólo si se lo considera separadamente de su lugar en el conjunto de la estructura económica del país. Tomado dentro de este conjunto, es decir, articulado al capital y bajo su dominio, es “semifeudal”. Si la solución del problema del campesinado indio y del problema agrario es la destrucción de la feudalidad, eso no puede realizarse sino dentro del proceso global de la revolución anticapitalista. Ni antes, ni después, como enfáticamente sostiene al discutir el problema del indio en particular¹³⁸.

Por ello, la lucha del proletariado contra el capital, en la costa, es indesligable de la del campesinado contra la feudalidad. Y ambas

136 *Ibíd.*, p. 43.

137 *Ibíd.*, p. 44.

138 *Ibíd.*, p. 32.

135 7 *ensayos*, pp. 44 y ss.

son la base de la revolución socialista indoamericana, como sostendría después.

La misma diferente perspectiva entre Haya y Mariátegui se encuentra a propósito del problema de la “comunidad indígena” y de su lugar en el proceso revolucionario. Ambos compartían la tesis del carácter “comunista primitivo” de la sociedad incaica, de la cual procedía la “comunidad indígena”, como elemento superviviente de ese “comunismo incaico”. Haya había formulado esa tesis poco antes de Mariátegui, siguiendo a Von Hantstein, Ernesto Quesada y Tomás Joyce¹³⁹ e insistirá en ella en artículos publicados en la propia *Amauta*, en 1926 y 1928¹⁴⁰. Inclusive, en una carta a Gabriel del Mazo, en junio de 1925, Haya propone una solución del problema indígena o campesino, que eliminando el feudalismo revierta la tierra a la comunidad, “como se trata ahora de hacerlo en Rusia. Colectivismo o Socialismo”, y añade líneas más adelante, que “la nueva comuna rusa –ya lo ha dicho Montandon en *Clarté*– es la vieja comunidad incaica modernizada”¹⁴¹.

Empero, mientras que en Haya esa solución colectivista del problema agrario hace parte de un desarrollo capitalista, en un régimen de capitalismo de Estado, para Mariátegui esa misma fórmula de resolver el problema agrario e indígena hace parte de una perspectiva socialista de reorganización de la entera sociedad peruana.

Después de la muerte de Mariátegui, Miroshkevsky publicó en 1942 una crítica a Mariátegui en *Dialéctica*, la revista del Partido Comunista de Cuba¹⁴² acusándolo de “populista” y “representante de la democracia revolucionaria” primero y después de “propagandista del socialismo pequeñoburgués” y de la “revolución campesina socialista”, por sostener que la “comunidad indígena” podía ser el punto de partida para una reorganización socialista de la estructura agraria, dentro de una revolución socialista en el Perú. Ese artículo era un eco algo tardío de la polémica entre Mariátegui y la III Internacional estalinista, en 1929.

139 Haya de la Torre, *op. cit.*, pp. 59 y ss.

140 *Ibid.*, pp. 115 y ss.

141 *Ibid.*, p. 84.

142 V. Miroshkevsky, *El populismo en el Perú. Papel de Mariátegui en la historia del pensamiento social latinoamericano*. Publicado originalmente en Moscú, y reproducido en *Dialéctica*, Revista del Partido Comunista Cubano (La Habana) N° 1, mayo-junio, 1942.

Mariátegui estaba limitado por el horizonte del conocimiento científico de su tiempo acerca del problema de la sociedad incaica, y en coincidencia con Haya de la Torre, Castro Pozo¹⁴³, Valcárcel¹⁴⁴, y dentro de la clásica esquematización de la evolución histórica en cinco modos de producción del marxismo de esa época, antes del redescubrimiento del concepto de modo de producción asiático en Marx, admitió la tesis del carácter comunista primitivo de la sociedad incaica, aunque reconociendo el despotismo teocrático del Estado inca, y en ese sentido yendo más lejos que la simplificación de Engels sobre la “barbarie media” en que habría estado esa sociedad, que todavía hoy repiten con ingenuidad algunos comentaristas peruanos de esas tesis de Mariátegui¹⁴⁵.

Eso, sin embargo, en nada apoya la banal tergiversación que Miroshevsky fabrica sobre

el lugar que Mariátegui plantea para el destino de la “comunidad indígena” en el proceso de la revolución socialista peruana, pues aquí vuelve a encontrarse una de las más originales y valiosas contribuciones del Amauta para el problema de la revolución peruana en ese período, y que coinciden, sin que él lo supiera, con algunas ideas de Lenin sobre el problema del pasaje al socialismo de sociedades en que todavía quedaban amplios sectores precapitalistas.

En efecto, en el informe presentado en nombre de la Comisión sobre el problema nacional y colonial, al Segundo Congreso de la Internacional Comunista, en 1920, Lenin sostenía que “La Internacional comunista debe establecer y justificar, en el plano teórico, el principio de que con la ayuda del proletariado de los países avanzados, los países atrasados pueden arribar al régimen soviético y, pasando por ciertas etapas de desarrollo, al comunismo, evitando el estadio capitalista”¹⁴⁶, desechando así enérgica y nítida-

143 Hildebrando Castro Pozo, *Nuestra comunidad indígena* (Lima, 1919) y *Del ayllu al cooperativismo socialista* (Lima, 1934).

144 Luis Eduardo Valcárcel, *De la vida incaica* (Lima, 1925); *Del ayllu al imperio* (Lima, 1926) y *Tempestad en los Andes* (Lima, 1927), publicado en la Editorial Minerva, de Mariátegui, con prólogo de éste.

145 Véase la reciente compilación *Los modos de producción en el Perú* (Lima, 1977).

146 Lenin, *Oeuvres*, T. XXXI, p. 252. En el Congreso de la Internacional Comunista, de 1920, Lenin polemizando con N. Roy, delegado hindú, sostenía que “el campesinado sujeto a dominación semifeudal podría asimilar plenamente la organización soviética” bajo conducción política comunista en una línea proletaria, aun si no era posible un movimiento puramente proletario. Citado en Garaudy, R. 1967 *Le Problème Chinoise* (Paris: Seghers) pp. 77-84.

mente esa suerte de “economismo” que sostiene que no es posible saltar la etapa capitalista bajo ninguna condición histórica, tan cara a los mencheviques, al revisionismo de Bernstein (*Conditions du Socialisme*) y al estalinismo después.

Por lo demás, esas tesis leninistas provenían directamente de Marx y Engels, quienes en el “Prefacio” a la traducción rusa del *Manifiesto*, en 1882, señalaban que:

En Rusia, junto a la especulación capitalista que se desarrolla febrilmente y de la propiedad agraria burguesa en plena formación, más de la mitad de la tierra es propiedad comunal de los campesinos. Se trata, por tanto, de saber si [en] la comunidad campesina rusa, esta forma ya descompuesta de la antigua propiedad comunal de la tierra, pasará directamente a la forma comunista superior de la propiedad agraria, o bien ella debe seguir primero el mismo proceso de disolución que ha sufrido en el curso del desarrollo histórico de Occidente. La única respuesta que se puede dar hoy día a esta cuestión es la siguiente: si la Revolución Rusa da la señal de una revolución obrera en Occidente, y si las dos se complementan, la propiedad comunal actual de Rusia podrá servir de punto de partida a una evolución comunista¹⁴⁷.

147 Marx y Engels, “Prefacio” a la edición rusa del *Manifiesto comunista*, citado en Garaudy, *op. cit.*, p. 58.

Mariátegui redescubría, en suelo peruano y por su cuenta, ideas con una ya larga e ilustre historia en el desarrollo de la teoría revolucionaria marxista, precisamente porque venía de hacer aquel descubrimiento fundamental ya señalado, como la base de todo su enfoque teórico acerca del carácter de la sociedad peruana y de sus perspectivas revolucionarias. Y era lo que, en sus propios términos, puede ser calificado como “determinismo pávido” y “positivismo chato”, infectando profundamente la nueva “ortodoxia” burocrática de la III Internacional estalinista, el único e ineficaz respaldo a la torpe argumentación de Miroshkevsky en representación de esa dirección.

LA CRÍTICA MARIATEGUIANA DEL APRA Y DE LA DIRECCIÓN DE LA III INTERNACIONAL

Aunque con fundamentales diferencias en las bases de sus respectivos enfoques, tal como queda señalado, las coincidencias ideológicas y políticas entre Mariátegui y la corriente nacionalista democrática que lideraba Haya de la Torre fueron relativamente amplias, en tanto que durante la etapa entre 1923 y 1928, el debate ideológico peruano estaba centra-

do básicamente en el esclarecimiento de la sobrevivencia de los elementos de origen colonial en la sociedad vigente y en el carácter oligárquico del Estado y de la cultura. Y Mariátegui tomó parte activa en las tareas intelectuales y políticas del frente único que entonces constituía el APRA, entre las capas medias nuevas que emergían y el naciente proletariado y el campesinado.

El carácter de *Amauta*, la revista de Mariátegui, correspondió a ese contexto, en su pluralidad ideológica unificada por su connotación antioligárquica y nacionalista, dentro de la cual la propaganda socialista de Mariátegui tenía un lugar destacado, pero sin una nítida diferenciación. Eso se prolongará, aunque en una línea de creciente depuración, hasta el N° 17, de septiembre de 1928, en que Mariátegui anuncia, en el célebre editorial “Aniversario y balance”, la definición socialista de la revista.

Del mismo modo, en tanto que los 7 *ensayos* fueron publicados desde 1926 en *Amauta*, y aparecieron como volumen solamente en 1928, puede apreciarse que, no obstante las diferencias básicas de enfoque, son muchos los aspectos específicos en los cuales se puede registrar coincidencias entre el pensamiento de Haya y el de Mariátegui, particularmente en todo aquello que se refiere a los problemas de la colonia

y al carácter oligárquico de la cultura. Es útil comparar, en ese sentido, la producción de ambos hasta 1927, en que las diferencias comienzan a precisarse y sistematizarse.

Aquella ubicación de Mariátegui dentro de una política poco diferenciada en un frente único democrático-nacionalista radicalizado que encarnaba el APRA, no correspondía solamente a la gradual maduración y depuración de su propio enfoque sobre la realidad concreta, sino también coincidía ostensiblemente con la orientación política que, después de la muerte de Lenin, la dirección estalinista había conseguido imponer en la III Internacional.

Apoyándose formalmente en las resoluciones del II, III y IV Congreso de la Internacional, la dirección estalinista había terminado por enfatizar las coincidencias circunstanciales sobre las diferencias y la necesaria autonomía política, como señalan aquellas resoluciones, en la política de frente único antiimperialista. Esa política era conducida principalmente en Asia y en particular en el caso de China, donde se condujo al Partido Comunista hasta su integración y casi disolución dentro del Kuomintang, hasta su fracaso, que culminaría con las masacres de Shanghái en marzo de 1927 y el baño de sangre de la heroica “Comuna de Cantón” del proletariado chino, en diciembre del mismo

año, bajo las balas del ejército del Kuomintang conducido por Chiang Kai-shek.

Y puesto que Haya de la Torre definía entonces al APRA como el Kuomintang latinoamericano, Mariátegui pudo sentirse justificado no solamente en su participación dentro del APRA, sino en la cautela y lentitud de la diferenciación y autonomización política frente a la corriente democrático-nacionalista predominante dentro de ese frente único. A pesar de que sus tareas de organizador sindical y su propaganda socialista fueron intensas y reales, es también efectivo que solamente al final de esa etapa, Mariátegui se concentró en la polémica diferenciadora y en la organización política autónoma de la corriente socialista dentro del frente, en 1928.

Hasta comienzos de 1927, la dirección de la III Internacional estaba aún claramente interesada en atraer a su órbita al APRA y presumiblemente en ganar la adhesión del propio Haya de la Torre. Pero al hacerse claro el fracaso de la política con el Kuomintang en China, y la cada vez más definida actitud de Haya como alternativa latinoamericana a la III Internacional, la ruptura será inevitable. Todavía, sin embargo, Haya es invitado al Congreso Anti-imperialista de Bruselas, en febrero de 1927, un mes antes de la masacre de Shanghái, y a

pesar de la enérgica oposición de algunos dirigentes comunistas latinoamericanos, Mella principalmente, la conducta de la dirección de la Internacional aún es ambigua frente a Haya y al APRA. Pero, a partir de entonces, los campos son claramente demarcados y opuestos.

De su lado, Haya entra en una acelerada actividad de organizador y propagandista del APRA como alternativa a la III Internacional, y ya no como frente único sino como un Partido donde deben integrarse los componentes de ese frente, bajo la dirección de las clases medias, y bajo un comando férreamente centralizado. Y frente a eso, los dirigentes de los partidos comunistas ya formados como tales en América Latina, lo combaten resueltamente, Mella sale a la palestra con su folleto *¿Qué es el APRA?*, a comienzos de 1928 en México. Y Mariátegui, aunque todavía da cabida en el mismo momento al artículo definitorio de Haya "Sobre el papel de las clases medias", en *Amauta*, comienza un intercambio polémico con Haya y con los grupos apristas en el exilio, lo que lleva a la ruptura final y a la formación del Partido Socialista del Perú, en el segundo semestre de 1928, paralelamente a la definición socialista de *Amauta*.

La polémica exige a Mariátegui sistematizar y depurar su enfoque de la realidad peruana y

latinoamericana y su pensamiento político concreto, cuyas bases últimas ya eran formuladas desde 1926. Y es entonces cuando Mariátegui pone en juego su excepcional perspicacia para penetrar la realidad específica, históricamente determinada, de la realidad peruana y latinoamericana, alzándose como el más fecundo y profundo teórico y dirigente marxista revolucionario de su tiempo en América Latina.

César Germaná, en un lúcido estudio recientemente publicado¹⁴⁸, ha contrastado sistemáticamente el pensamiento mariateguiano y el de Haya, para demostrar la validez original y la vigencia del primero, confirmada enteramente en la experiencia histórica desde la *crisis* de los años treinta hasta hoy.

Empero, no es solamente contra el APRA y contra Haya que Mariátegui endereza su crítica revolucionaria. En el curso de esa polémica, no puede dejar de hacer el balance crítico de la experiencia de la dirección oficial de la III Internacional, dentro y fuera de América Latina, y en especial en China. Y, como consecuencia, es llevado a polemizar con esa dirección, tanto

sobre el problema de las especificidades históricas de las formaciones sociales latinoamericanas, dentro del orden imperialista internacional, como, y más claramente, sobre el carácter de la revolución y del partido, con ocasión de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana en junio de 1929, en Buenos Aires.

El eje de la polémica contra el APRA y contra Haya, así como con la dirección de la III Internacional estalinista, es el carácter específico del imperialismo en América Latina, y su papel ordenador en las tendencias de las luchas de clases. Sobre esa base, en ambos frentes de su polémica, avanza hasta descubrir el carácter específico, en ese período, de la revolución en estos países y el del partido destinado a su dirección.

EL CARÁCTER DEL IMPERIALISMO Y SUS IMPLICACIONES SOBRE LA LUCHA DE CLASES

Frente al APRA y Haya de la Torre, Mariátegui pone de relieve el contenido de clase del imperialismo, como más significativo que su contenido nacional, y como determinante del propio rol del problema nacional dentro del imperialismo, y sobre cuya base solamente puede apprehenderse la naturaleza y el movimiento

148 Germaná, César 1977 "La polémica Haya-Mariátegui. Reforma o Revolución en el Perú" en *Cuadernos de Sociedad y Política* (Lima) N° 2, colección dirigida por Aníbal Quijano.

histórico concreto de las luchas de clases en América Latina.

Para el APRA y para Haya de la Torre, el imperialismo se define por dos rasgos básicos: 1) el carácter extranjero del origen y de la propiedad del capital invertido en nuestros países; 2) en tanto que es sólo a través de esa inversión que el capitalismo aparece en éstos, tal capitalismo es incipiente. Consiguientemente, el imperialismo es, contrariamente a lo que Lenin afirma, la primera fase del capitalismo entre nosotros y, en esa condición, un primer y necesario paso progresivo contra la feudalidad de origen colonial¹⁴⁹.

Aparte de la tesis de que el imperialismo implica en América Latina la constitución de una dualidad histórica entre capitalismo y feudalismo, entre los que sólo es común el territorio geográfico y jurídico (país), que recorre toda su

obra, en Haya el imperialismo asume así un carácter ambiguo: al mismo tiempo es la dominación extranjera, indeseada, y la iniciación del progreso, deseado y necesario.

Para Mariátegui, en cambio, no solamente no hay tal dualismo, como ya quedó demostrado antes, sino que el imperialismo es, ante todo, capital monopólico en expansión internacional, y su emergencia constituye la internacionalización de la estructura del capital, en tanto que relación social de producción. Es decir, es sobre todo el carácter de clase de la dominación imperialista lo que así se pone al descubierto: capital monopólico, explotador del trabajo; burguesía monopolista, explotadora de la clase obrera. Y solamente a partir de ello, puede ubicarse apropiadamente la relación nacional: burguesía extranjera sobre trabajador peruano o latinoamericano¹⁵⁰.

De esa manera, en pleno acuerdo con Lenin, citado explícitamente, la penetración imperialista en América Latina, es la de la última fase del capitalismo y no de su primera, como Haya quiere para resaltar su “originalidad” frente a Lenin.

Debido a ello, y no tanto por lo extranjero de su origen y control, el capital que penetra en

149 Haya de la Torre, V. R. 1972 *El antiimperialismo y el APRA* (Lima: Amauta) pp. 18-19. François Bourricaud, en un libro escrito más bien con simpatía hacia el APRA y Haya de la Torre, no ha podido dejar de observar que “tal ideología se construyó sobre la base de abruptas antítesis” y que el “peso del esquema dualista” explica a qué “peligros de rigidez expone al APRA antes de librarlo a los riesgos del oportunismo cuando Víctor Raúl Haya de la Torre quiera imprimir más flexibilidad a su acción”. Véase *Poder y sociedad en el Perú contemporáneo* (Buenos Aires: Sur, 1967) p. 139.

150 *Ideología y política* (OC, Vol. XIII: 160).

América Latina no puede operar como el capital competitivo operó en las fases previas del desarrollo capitalista en Europa o en Estados Unidos: “La época de la libre concurrencia en la economía capitalista ha terminado en todos los campos y aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias”¹⁵¹, afirma Mariátegui.

En consecuencia, cuanto más se expanda el capitalismo y se modernice en nuestros países, tanto mayor será la presencia del capital monopolístico y del imperialismo que en él se funda: “A medida que crezca su capitalismo, y en consecuencia, la penetración imperialista, tiene que acentuarse ese carácter (semicolonial) de su economía” dice ya en las primeras líneas de *Punto de vista antiimperialista*¹⁵².

En el período que Mariátegui estudia el capital imperialista, que domina en nuestra economía está, por su articulación con el mercado externo, interesado casi exclusivamente

en acumular en la producción exportable de materias primas, en su comercialización y financiamiento. No tiene necesidad de ampliar rápidamente ni el mercado interno de bienes de producción industrial interna, ni el de mano de obra libre. No sólo no necesita, sino que requiere no enfrentarse conflictivamente con los intereses de los terratenientes gamonales¹⁵³.

De ello no se deriva, sin embargo, la inevitabilidad de la permanencia de esa asociación de intereses entre la burguesía imperialista y los terratenientes gamonales, para todo el tiempo. Aquí Mariátegui se enfrenta simultáneamente al pensamiento aprista, según el cual es necesaria la alianza con el capital interno y la burguesía interna nacionalista para enfrentar esa alianza imperialista terrateniente, y a la dirección de la III Internacional, para la cual, lo revelaba la experiencia en China y la aplicación menchevique de las tesis leninistas de los anteriores congresos de la Internacional, la alianza con la burguesía progresista y nacionalista es imprescindible, inclusive bajo su comando, para la lucha antiimperialista y antifeudal.

Mariátegui se pregunta: “¿Los intereses del capitalismo imperialista coinciden necesaria y

151 *Ibíd.*, pp. 82 y 248.

152 *Ibíd.*, p. 86.

153 7 *ensayos*, pp. 78-80.

fatalmente en nuestros países con los intereses feudales y semif feudales de la clase terrateniente? ¿La lucha contra la feudalidad se identifica forzada y completamente con la lucha antiimperialista?”. Y responde luego:

Ciertamente, el capitalismo usa el poder de la clase feudal, en tanto que la considera la clase políticamente dominante. Pero sus intereses económicos no son los mismos. La pequeña burguesía, sin exceptuar a la más demagógica, si atenúa en la práctica sus impulsos más marcadamente nacionalistas, puede llegar a la misma estrecha alianza con el capitalismo imperialista. El capital financiero se sentirá más seguro, si el poder está en manos de la clase más numerosa, que satisfaciendo ciertas reivindicaciones apremiosas y estorbando la orientación clasista de las masas, está en mejores condiciones que la vieja y odiada clase feudal de defender los intereses del capitalismo, de ser su custodio y su ujier. La creación de la pequeña propiedad, la expropiación de los latifundios, la liquidación de los privilegios feudales, no son contrarios a los intereses del imperialismo de modo inmediato. Por el contrario, en la medida en que los rezagos de la feudalidad entraban el desenvolvimiento de una economía capitalista, ese movimiento de liquidación de la feudalidad, coincide con las exigencias del crecimiento capitalista, promovido por las inversiones y los técnicos

del imperialismo: que desaparezcan los grandes latifundios, que en su lugar se constituya una economía agraria basada en lo que la demagogia burguesa llama la ‘democratización’ de la propiedad del suelo, que los viejos aristócratas se vean desplazados por una burguesía y una pequeña burguesía más poderosa e influyente –y por lo mismo más apta para garantizar la paz social– nada de esto es contrario a los intereses del imperialismo¹⁵⁴.

¿Mariátegui profeta del ulterior destino aprista y “velasquista”, de las experiencias peronistas y democristianas? Nada de eso. Es el más lúcido y penetrante análisis marxista revolucionario de las tendencias centrales del movimiento histórico de las formaciones sociales latinoamericanas, lo que esta notable formulación pone en evidencia, enfrentando al aprismo y, al propio tiempo, haciendo el balance crítico de las implicaciones de la política de la III Internacional en el Asia, para América Latina, en plena Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires, en 1929.

Señalando las diferencias específicas entre el papel del imperialismo en Centroamérica y en Suramérica, y aludiendo implícitamente al

154 *Ideología y política*, pp. 92-93.

problema del imperialismo en Asia, Mariátegui sostiene que para los países de América del Sur, por su estructura y por su política, el imperialismo no supone el mismo problema colonial que para los otros, y que en consecuencia no se trata aquí de una política de liberación nacional como interés percibido por la burguesía o la pequeña burguesía, y que justifique aliarse y subordinarse a ella en la lucha revolucionaria.

Sitúa así, desde dentro de las determinaciones históricas concretas de las formaciones sociales latinoamericanas del Sur, el papel político de las burguesías nacionales respecto del imperialismo, y los límites inevitables en la oposición pequeño burguesa al imperialismo, ciega para el contenido de clase de esta dominación.

A través de la crítica al APRA, Mariátegui se enfrenta a la línea política central de la III Internacional estalinista, sosteniendo la inviabilidad histórica de una burguesía con sentido nacional y progresista: “Pretender que en esta capa social prenda un sentimiento de nacionalismo revolucionario, parecido al que en condiciones distintas representa un factor en la lucha antiimperialista en los países semicoloniales avasallados por el imperialismo, en los últimos decenios en Asia, sería un gra-

ve error”¹⁵⁵. Y haciendo explícita su crítica a la dirección de la Internacional, aclara: “Ya en nuestra discusión con los dirigentes del aprismo, reprobando su tendencia a proponer a la América Latina un Kuo Min Tang, como modo de evitar la imitación europeísta y acomodar la acción revolucionaria a una apreciación exacta de nuestra propia realidad, sosteníamos hace más de un año la siguiente tesis”¹⁵⁶, la que alude a la importancia de los factores culturales, en la común defensa, por parte de burgueses y trabajadores, de la nacionalidad avasallada en países donde dentro de una cultura común se diferencian las clases sociales y sus subculturas, al contrario de lo que ocurre en el Perú y los países andinos, donde una oposición cultural agudiza el conflicto de clases y lleva a la burguesía a robustecer su identificación con los intereses extranjeros, con los cuales ya está asociada en la economía.

Contra la tesis aprista de la necesidad de la dirección de las clases medias en el frente revolucionario antiimperialista, Mariátegui se apoya en la experiencia mexicana reciente para demostrar la necesaria inconsecuencia

155 *Ibid.*, pp. 85-86.

156 *Ibid.*, p. 86.

del nacionalismo de la pequeña burguesía en la lucha contra el imperialismo, porque en nuestros países, por sobre el problema nacional, “el factor clasista es más decisivo, está más desarrollado” y “No hay razón para recurrir a vagas fórmulas populistas tras de las cuales no pueden dejar de prosperar tendencias reaccionarias” como ocurrió en México¹⁵⁷.

Porque, aclara Mariátegui:

¿qué cosa puede oponer a la penetración capitalista la más demagógica pequeña burguesía? Nada, sino palabras. Nada, sino una temporal borrachera nacionalista. El asalto del poder por el antiimperialismo, como movimiento demagógico populista, si fuese posible, no representaría nunca la conquista del poder por las masas proletarias, por el socialismo. La revolución socialista encontraría su más encarnizado y peligroso enemigo –peligro por su confusionismo, por su demagogia– en la pequeña burguesía afirmada en el poder, ganado mediante sus voces de orden¹⁵⁸.

De esa manera, desde dentro de las determinaciones históricas concretas, específicas, que mueven a las formaciones sociales latinoameri-

canas del Sur y del Norte, a partir del modo en que se implanta el capital imperialista, en articulación con el precapital, y sobre la base de la previa historia colonial que escindió la cultura peruana y otras, en un conflicto cultural radical, Mariátegui desoculta el papel ordenador del capital monopólico imperialista, en la economía y en el contenido y orientación concreta de los intereses y de los movimientos de las clases sociales, para demostrar la incorrección científica y su correlato político oportunista, en toda política que, como la del APRA y la de la dirección estalinista de la III Internacional, pretenda apoyarse solamente en el problema nacional planteado por la dominación imperialista, subordinando a ello el problema de clase.

EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN: “SOCIALISMO INDOAMERICANO”

La misma palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituírle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana, será, nada más y nada menos, que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta

157 *Ibíd.*, p. 92.

158 *Ibíd.*, p. 91.

palabra se puede agregar, según los casos, todos los adjetivos que queráis: ‘antiimperialista’, ‘agrarista’, ‘nacionalista-revolucionaria’. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos¹⁵⁹.

Esta rotunda afirmación que Mariátegui estampó en el editorial de la nueva etapa de *Amauta* al romper con el APRA, en 1928, destaca dos de los elementos cruciales de la concepción política de su madurez. En primer término, acorde con su enfoque de que el orden capitalista es una totalidad, toda revolución socialista en cualquiera de sus partes, es parte de la revolución mundial contra el capitalismo, y no se encierra en una remisión solamente a los problemas internos de un país. En algún sentido, anticipa lo que, acaso, habría sido su posición sobre el “socialismo en un solo país”, que en ese momento estaba ya en el aire. En segundo lugar, como toda revolución profunda y genuina, la de América Latina no puede sino estar destinada, en primer término, a dar cuenta y a resolver los problemas específicos de su realidad, en el momento y en el contexto concreto en que tiene lugar. De allí, la referencia al problema antiimperialista, como solución de clase del problema nacional, y al problema agrario,

que tal como ya lo establecía en sus *7 ensayos*, aparece como el problema medular del período y no puede tener solución efectiva sino dentro del desarrollo de una transición socialista. El socialismo latinoamericano “supone” la solución de esos problemas, porque sólo en él son “abarcados” realmente, y por ello es la perspectiva estratégica de la revolución socialista y no de otra, la que está antes de todo, la que “antecede” a todo.

Ambos elementos son reiterados, un año después en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires: “En conclusión, somos antiimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico llamado a sucederlo, porque en la lucha contra los imperialismos extranjeros cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa”¹⁶⁰.

Más cerca de Perón y de Haya que de Marx, Ramos comenta este texto: “cada palabra es un error”, sostiene en su confusión¹⁶¹, plegándose a la acusación aprista acerca del europeísmo

159 *Ibid.*, pp. 247-248.

160 *Ibid.*, p. 95.

161 Ramos, Jorge Abelardo “La discusión sobre Mariátegui” en *El marxismo latinoamericano de Mariátegui*, op. cit, p. 157.

de Mariátegui. Y, a su turno, los jefes del Partido Comunista Peruano, no ocultan su esfuerzo por encajar a Mariátegui la idea de una revolución en dos etapas, contra las explícitas afirmaciones de su “guía”¹⁶², para oponerse a esa misma acusación.

Mariátegui continúa enfrentando, hoy, el nacionalismo democrático burgués y pequeñoburgués y, al mismo tiempo, el oportunismo reformista-burocrático del movimiento comunista oficial.

En ese momento, Haya y los apristas sostenían que el único modo de rescatar la realidad específica de América Latina en una estrategia revolucionaria, era basarse en el problema nacional y no en el problema de clase para enfrentar al imperialismo. La revolución era en su carácter esencial y específico, una revolución antiimperialista en ese sentido. Sólo un Estado antiimperialista, fundado en una alianza nacional de clases nacionalistas, podía resolver al mismo tiempo las dos cuestiones de fondo: la necesidad del capital, que tal Estado podía controlar en beneficio del desarrollo nacional; y la emancipación nacional, al producir la integración nacional y liberarla de la dominación im-

perialista. Además, esa perspectiva estratégica era la única que permitiría el siguiente paso al socialismo. A su modo, Haya se plegaba, en el fondo, a la tesis de las dos etapas de la revolución y a la del carácter antifeudal y antiimperialista de su primera etapa, por lo cual ésta tenía que estar bajo la dirección de las clases medias y sostener el capital¹⁶³.

De su lado, la dirección de la III Internacional, equipada con las tesis sobre la Cuestión China, de Stalin, había puesto en práctica de modo consistente una política no muy distinta en la fundamental. Y antes de 1930, aun después del fracaso de esa experiencia china, estaba aún empeñada en la orientación antiimperialista y no socialista en América Latina, organizando las Ligas Antiimperialistas, aunque inmediatamente después, en plena crisis internacional del treinta, viraría intempestivamente hacia una política ultraizquierdista, cuyas primeras puntas estaban ya en el debate de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, de junio de 1929.

Mariátegui se enfrentaba, pues, a ambas direcciones, cuando en su texto presentado

162 Jorge de Prado, *op. cit.*; y José Martínez, *op. cit.*

163 Haya de la Torre 1976 “Sobre el papel de las clases medias” en *Obras completas* (Lima: Juan Mejía Baca) T. 1, pp. 171-175; *El antiimperialismo y el APRA*, *op. cit.*

a esa Conferencia y que no fue aprobado, declara: “El antiimperialismo, para nosotros, no constituye, ni puede constituir, por sí solo un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El antiimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y a la pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses”¹⁶⁴, reclamando una estrategia socialista.

En América Latina, insiste Mariátegui, esa línea es inconducente a la revolución de los explotados. América Latina no es Asia, y sólo los países centroamericanos pueden aquí ser escenario de una estrategia revolucionaria de “liberación nacional” sin, al mismo tiempo, liberación de clase. En el resto, “el factor clasista es más decisivo” por el carácter del desarrollo capitalista y de la dominación nacional imperialista.

Varias décadas después, en combate con su propia y específica realidad, Amílcar Cabral descubrirá exactamente lo mismo:

Una de las distinciones importantes entre la situación colonial y neocolonial reside en las perspectivas de la lucha. En el caso colonial (en el que la “Nación-Clase” combate contra las fuerzas de represión de la burguesía del país colonizador) puede conducir, al menos en apariencia, a una solución nacionalista (revolución nacional): la Nación conquista su independencia y adopta, en hipótesis, la estructura económica que más le conviene. El caso neocolonial (en que las clases trabajadoras y sus aliados, luchan simultáneamente contra la burguesía imperialista y la clase dirigente nativa) no se resuelve por una solución nacionalista; exige la destrucción de la estructura capitalista implantada por el imperialismo en el territorio nacional, y postula justamente una solución socialista. Esta distinción resulta principalmente, de la diferencia de nivel de las fuerzas productivas en los dos casos, y de la consiguiente agravación de la lucha de clases¹⁶⁵.

Empero, ¿de qué socialismo hablaba Mariátegui? Los apristas habían difundido contra él la acusación de europeísta, porque postulaba una solución socialista de los problemas peruanos y latinoamericanos, lo que, en opinión de Haya y sus seguidores, equivalía a tratar la

164 *Ideología y política*, p. 90.

165 Cabral, Amílcar 1966 “L’Arme de la Théorie” en *Partisans*, N° 6-7.

realidad latinoamericana como si fuera de la Europa, donde el capitalismo estaba ya plenamente establecido y el proletariado era una clase numerosa y madura, apta para dirigir el proceso de una revolución socialista, mientras que en América Latina, la nacionalidad estaba aún en formación, la feudalidad era dominante, el capitalismo estaba “en su primera fase”, y el proletariado era una clase en incipiente constitución. Por ello los apristas reclamaban un amplio frente social y político dirigido por las clases medias, para contender con esa realidad y resolver aquellos problemas, tal como la experiencia mexicana y china demostraban como la más viable alternativa. Una visión superficial y parcelaria de la realidad, daba a esa prédica aprista una persuasiva apariencia de realismo.

El propio Mariátegui, antes de 1927, había expresado con frecuencia su apoyo y su esperanza en los procesos de México y de China, donde las corrientes y organizaciones socialistas combatían bajo la dirección de la burguesía y pequeña burguesía nacionalistas y revolucionarias. Pero, de un lado, su propia investigación de la realidad latinoamericana bajo la dominación imperialista, con sus específicos rasgos, era ya una base teórica cuyo desarrollo y depuración sistemática condu-

cía a una opción diferente. Y, de otro lado, la orientación que comenzaba a tomar el proceso mexicano, y la desastrosa experiencia del Kuomintang chino y de la política allí seguida por la III Internacional, se constituían como lecciones que en convergencia con su propio enfoque de la situación latinoamericana, reforzaban su opción socialista revolucionaria.

Él no podía, sin embargo, desconocer que la visión aprista de la realidad latinoamericana no era descaminada en todas y cada una de sus partes, aunque las bases de esa visión fueran radicalmente equivocadas. En efecto, aunque moviéndose dentro una tendencia de creciente subordinación a la hegemonía del capital, los rezagos serviles y semiserviles aprisionaban aún a una inmensa mayoría de la población trabajadora, situando el problema agrario y campesino en una perspectiva totalmente diferente de la europea. Los terratenientes gamonales tenían una presencia muy grande en el orden político, no solamente en el caciquismo local, sino en el seno del propio Estado central. El proletariado era realmente una minoría, y aunque de extraordinaria combatividad y militancia, su educación socialista y su organización política no hacían más que comenzar, principalmente bajo la acción del propio Mariátegui. Y estaba también allí el

problema nacional, en su doble dimensión: la dominación imperialista y la desintegración social y política interna.

No obstante, su investigación demostraba que no había, ni podría haber más adelante, una clase burguesa nacionalista con interés y con capacidad de disputar revolucionariamente a la burguesía imperialista el dominio nacional. Y que, aun cuando bajo determinadas condiciones no existentes en el Perú y en la mayor parte de América Latina, eso pudiera ocurrir, México y China demostraban los límites cortos de una política puramente nacionalista y democrática, que no incluyera desde la partida la posibilidad de destrucción del capital como tal. Aunque la pequeña burguesía podía llegar más lejos en su verbalismo, en la práctica no iba tampoco más allá del capitalismo nacional. Y en esa medida, todos los problemas de fondo, nacionales y sociales, no quedaban resueltos, ni siquiera dentro de los límites de resolución que el propio capitalismo moderno permitía. En la era del imperialismo, la generalización y desarrollo del capitalismo en nuestros países, no podía implicar sino la modificación de los términos de la dominación, pero al mismo tiempo su ampliación y su profundización. Esas eran las conclusiones presentadas en *Punto de vista*

antiimperialista y en *El problema de las razas en América Latina*, a la Conferencia Comunista de Buenos Aires.

Por todo ello, Mariátegui levanta contra el nacionalismo aprista, el socialismo, pero, al mismo tiempo, la orientación oficial de la III Internacional, tras el fracaso de su política en China, iniciaba un viraje hacia una política de la cual las alianzas con los movimientos nacionalistas pequeñoburgueses serán excluidas, el lugar acordado a los problemas sociales del campesinado antes, será sustituido por los problemas nacionales supuestos de esas masas, como bases de una política que con el nombre de proletaria era, en el fondo, obrerista y burocrática. Las primeras puntas de ese viraje están ya activas en el debate de Buenos Aires, en 1929, y se harán predominantes luego, hasta mediados de los años treinta. Y, frente a esas opciones, Mariátegui levanta como la opción revolucionaria que nace de la realidad concreta, lo que él denomina el “socialismo indoamericano”.

“Profesamos abiertamente el concepto de que nos toca crear el socialismo indoamericano, de que nada es tan absurdo como copiar literalmente fórmulas europeas, de que nuestra praxis debe corresponder a la realidad que tenemos delante”, afirma Mariátegui ya en 1928,

en una carta escrita a los grupos del APRA en el exilio, definiendo posiciones con Haya¹⁶⁶. Y el mismo año, al presentar la nueva etapa de *Amauta* ya desprendida del APRA y definida como socialista, reitera: “No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América ni calco ni copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He ahí una misión digna de una generación nueva”¹⁶⁷.

¿Cómo concebía Mariátegui el “socialismo indoamericano”?

EL DEBATE DE BUENOS AIRES: CARÁCTER DEL PARTIDO Y DEL PROGRAMA

El Secretariado Latino de la III Internacional, ya desde 1927, había urgido al grupo de Mariátegui en Lima a organizar inmediatamente un Partido Comunista, integrante de la Internacional, para oponerse a la influencia aprista entre los obreros, una vez que se produjo la ruptura

entre la Internacional y el APRA en el Congreso Antiimperialista de Bruselas¹⁶⁸.

No obstante, Mariátegui y su grupo demostraron un año, antes de decidir la organización de un partido diferente del APRA, y, significativamente, al hacerlo, acordaron fundar no un partido comunista, sino el Partido Socialista del Perú, cuyo Comité Organizador quedó constituido el 7 de octubre de 1928, con Mariátegui como su secretario general. El año previo transcurrió entre la activa correspondencia del debate interno del APRA, y la maduración y depuración del pensamiento del propio Mariátegui.

La explicación de esa decisión, diferente de la que la III Internacional recomendaba con apremio, se encuentra en los textos preparatorios para el programa del Partido Socialista del Perú, y en los documentos enviados a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana (*El problema de las razas en América Latina y Punto de vista antiimperialista*) en junio de 1929, en Buenos Aires, y en el debate que sobre ellos y el carácter del partido y del programa se suscitó en esa reunión, entre la dirección latinoamericana de la Internacional y la dele-

166 Martínez de la Torre, *op. cit.*, T. II, p. 300.

167 *Ideología y política*, pp. 246-253.

168 Martínez de la Torre, *op. cit.*, pp. 392-396.

gación enviada por Mariátegui y su Partido Socialista del Perú.

En los documentos de la fundación del Partido Socialista y de la elaboración de su programa, el partido es definido con un doble carácter: de un lado, sus bases sociales son las masas obreras y el campesinado; de otro lado, su dirección es proletaria¹⁶⁹.

“La organización de los obreros y campesinos, con carácter netamente clasista, constituye el objeto de nuestro esfuerzo y nuestra propaganda y la base de la lucha contra el imperialismo extranjero y la burguesía nacional”, reza el artículo primero del documento de fundación. Y más adelante, en el artículo 3, se reitera y precisa: “La lucha política exige la creación de un partido de clase, en cuya formación y orientamiento se esforzará tenazmente por hacer prevalecer sus puntos de vista revolucionarios clasistas. De acuerdo con las condiciones concretas actuales del Perú, el Comité concurrirá a la constitución de un partido socialista, basado en las masas obreras y campesinas organizadas”.

Y, de su lado, el documento preparatorio del programa del partido, se abre con una declara-

ción doctrinal según la cual, reconociendo el carácter internacional de la economía y el del movimiento revolucionario del proletariado, “el Partido Socialista adapta su praxis a las circunstancias concretas del país; pero obedece a una amplia visión de clase y las mismas circunstancias nacionales están subordinadas al ritmo de la historia mundial”.

Reiterando su concepción del imperialismo, en una ajustada línea leninista, Mariátegui afirma que “La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo. El marxismo-leninismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista del Perú lo adopta como su método de lucha”.

Con ese método marxista-leninista en el análisis de la realidad peruana, Mariátegui descubre que “bajo el régimen burgués enfeudado a los intereses imperialistas, coludido con la feudalidad gamonalista y clerical, y las taras y rezagos de la feudalidad colonial”, no es posible la solución de los problemas sociales ni de los problemas nacionales del país. “La emancipación de la economía del país es posible únicamente por la acción de las masas proletarias, solidarias con la lucha antiimperialista mundial. Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas

169 *Op. cit.*, pp. 397-402.

de la revolución democrático-burguesa que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir”.

Casi medio siglo después, los jefes del actual Partido Comunista Peruano, han hecho el esfuerzo de encontrar en ese último párrafo la justificación de su propia tesis de las dos etapas separadas de un proceso revolucionario conducente al socialismo¹⁷⁰. Pero no advierten la contradicción que eso significa con la contraposición que Mariátegui establece entre la necesidad de resolver las “tareas democrático-burguesas”, y la incapacidad estructural del “régimen burgués”, para cumplirlas.

Pero el movimiento del razonamiento mariateguiano se precisa en seguida:

El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores ahí donde el yanaconazgo o la pequeña propiedad recomiendan dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece. Pero esto,

lo mismo que el estímulo que se preste al libre resurgimiento del pueblo indígena, a la manifestación creadora de sus fuerzas y espíritu nativos, no significa en lo absoluto una romántica y anti-histórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas y del cual sólo quedan como factor aprovechable, dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y de socialismo de los campesinos indígenas. El socialismo presupone la técnica, la ciencia, la etapa capitalista; y no puede importar el menor retroceso en la adquisición de las conquistas de la civilización moderna, sino por lo contrario la máxima y metódica aceleración de la incorporación de esas conquistas en la vida nacional.

Y más adelante: “Cumplida su etapa democrático-burguesa, la revolución deviene en sus objetivos y en su doctrina revolución proletaria. El partido del proletariado, capacitado por la lucha para el ejercicio del poder y el desarrollo de su propio programa, realiza en esa etapa las tareas de la organización y defensa del orden socialista”.

No hay información disponible acerca del conocimiento o no, que Mariátegui podía haber tenido de las *Tesis de Abril*, de Lenin, o del debate acerca de la revolución permanente. Por

170 Del Prado, *op. cit.*; José Martínez, *op. cit.*

eso mismo, lo que es notable en el despliegue del razonamiento mariateguiano, es la nitidez de su concepción acerca del proceso de la revolución socialista como una transición. Esto es, durante la cual se articulan de modo necesario las tareas y los problemas que corresponden a la revolución democrática que la burguesía ya es inapta para realizar bajo su dominio, y los que corresponden al socialismo, como socialización de los recursos de producción y de la apropiación de los productos, una vez que las masas logran levantar como Estado sus organizaciones de poder, en todo tipo de formación social donde el capital se presente aún articulado con el pre-capital, pero ya bajo su hegemónico dominio. Y, precisamente, el descubrimiento sustantivo de Mariátegui, al investigar las modalidades específicas de implantación del capital monopolista y sus implicaciones sobre los intereses y el movimiento de las clases sociales, en el Perú, era lo que conducía a considerar o interpretar la formación social peruana en ese específico sentido.

Y no se trata, como puede apreciarse de sus textos, de una idea simplista de proceso “ininterrumpido”, como hoy se estila decir, entre una etapa democrático-burguesa diferenciada y separada y previa a una etapa socialista. Cuando Mariátegui señala que “cumplida su etapa

democrático-burguesa, la revolución deviene en sus objetivos y en su doctrina revolución proletaria”, se cuida bien de precisar en seguida: “En esa etapa (el partido del proletariado) realiza las tareas de organización y defensa del orden socialista”.

En otros términos, al mismo tiempo en que están llevándose a cabo las “tareas” democrático-burguesas, están ya en curso las tareas específicamente socialistas, dentro de un mismo y único proceso, durante el cual ese proceso va depurándose en su contenido de clase, “deviene” proletaria conforme madura la transición. Así, las “tareas democrático-burguesas” asumen, desde la partida, en el proceso, un sentido tendencial no burgués, pues están enmarcadas y condicionadas por el carácter socialista del proceso global.

Por eso y para eso, la dirección proletaria de la revolución es la piedra de toque. Y ello sólo puede ser asegurado por un partido cuya dirección sea proletaria. Pero, en las condiciones concretas del Perú, señala Mariátegui, eso no supone un partido obrero, sino uno de base social más amplia, y en el caso peruano, obrera y campesina fundamentalmente. Es, por lo tanto, el carácter de clase de su línea política estratégica, de su dirección (no sólo de sus dirigentes), lo que define el carácter de clase del partido.

¿Qué tipo de poder político, cuál estructura de Estado, implica esa revolución, ese “socialismo indoamericano”? Mariátegui no tuvo tiempo de desarrollar su teoría hasta lograr una respuesta precisa. Pero el movimiento de su razonamiento, el carácter del partido y de la revolución, apuntan evidentemente a un poder de las masas explotadas todas, bajo la dirección del proletariado; es decir, de una línea proletaria de dirección. En las condiciones peruanas de la época, la gran mayoría de las masas explotadas eran aún campesinas, y la clase obrera una reducida minoría. En tales condiciones, la dictadura del proletariado es, al comienzo, la dirección proletaria de un poder estatal de base social más amplia, donde el campesinado tiene un lugar fundamental. Pero, en su “devenir” va depurándose, convirtiéndose en sus objetivos y en su programa, proletaria cada vez más. Es decir, el carácter de clase del Estado revolucionario va depurándose en un sentido de acentuación del carácter proletario del poder, conforme va depurándose la estructura social básica de la sociedad en la transición socialista.

Ese concepto de la dictadura del proletariado, ya había sido enfatizado por Lenin en el II Congreso de la III Internacional, en el debate con N. Roy, y en un sentido claro está impli-

cado ya en el proceso de la propia Revolución Rusa, como el mismo Lenin lo esclarece en su polémica con Kautsky, en *La Revolución proletaria y el renegado Kautsky*, que Mariátegui ciertamente conocía.

Era exactamente el mismo momento en el cual Mao recogía críticamente la experiencia de la Revolución China hasta 1927, a partir de su célebre *Informe sobre la encuesta en Hunan*. El desarrollo de la reflexión de Mao, lo lleva a caracterizar la Revolución China en esa etapa, como “antiimperialista y antifeudal”, es decir, nacional y democrática. Pero su realización ya no puede ser la obra de la burguesía, sino la de un amplio movimiento de masas, donde el campesinado, por su volumen y su lugar en la sociedad china, desempeñaría un rol fundamental, pero bajo la dirección del proletariado. Y también en Mao, dadas esas condiciones de la sociedad china, esa dirección proletaria no era concebida tanto como la dirección física de la clase obrera china, minoritaria y diezmada bajo la represión de Kuomintang, sino la de una línea política que asume los intereses del proletariado chino e internacional, en el partido comunista. Única garantía de que la revolución comenzada de ese modo, se desarrollara sin interrupción hacia el socialismo. Mao llamó a ese proceso como algo *sui generis*, una “nueva

democracia”¹⁷¹, fase de transición al socialismo. El paralelo con el razonamiento de Mariátegui señala las convergencias y las diferencias de fondo. Es Mariátegui que alcanza una precisión teórica más limpia e históricamente verificada. La propia Revolución China, tras la conquista del poder por el Partido Comunista bajo la dirección de Mao, es una demostración de ello: combinación, desde la partida, de las tareas democráticas y las socialistas, inclusive en el campo. Así, las tareas democráticas son “nuevas”, *sui generis*, esto es, no propiamente burguesas, porque hacen parte de un proceso global de contenido tendencialmente socialista en el largo plazo, y ya parcialmente socialista en el corto.

La delegación enviada por Mariátegui y el Partido Socialista del Perú, a la Primera Confe-

rencia de los Partidos Comunistas de América Latina, de Buenos Aires, llevaba esa perspectiva estratégica sobre la revolución peruana y latinoamericana. Los dos textos centrales que esa delegación llevaba, fueron escritos por Mariátegui: *El problema de las razas en América Latina* y *Punto de vista antiimperialista*, además de los documentos sobre el Partido Socialista del Perú.

La dirección oficial de la III Internacional en esa Conferencia, debatió y criticó con dureza esos planteamientos, y no fue aprobado el documento principal, *Punto de vista antiimperialista*¹⁷².

Frente a la posición mariateguiana de que el problema del campesinado indígena era de carácter económico-social y político (servidumbre y semiservidumbre, caciquismo gamonal, bajo dominio imperialista), Codovilla y otros respondieron con el planteamiento de la “autodeterminación nacional” de los campesinos quechuas y aymaras. Así, ofrecían al campesinado una salida “nacional”, y los problemas de su explotación de clase le eran escamoteados.

Frente al planteamiento mariateguiano sobre el carácter del partido, como organización

171 Tse-tung, Mao 1951 *La Nouvelle Démocratie* (París: Editions Sociales). Acerca del debate sobre los problemas de la Revolución China, véase también de Stalin, J. 1954 *Obras* (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras) Vol. 9, pp. 209 y ss. y Vol. 10, pp. 10-39; de Trotsky, L. 1976 *León Trotsky en China* (Nueva York: Monad Press); de Schram, Stuart 1964 *The Political Thought of Mao Tse-tung* (Londres: Pall Mall Press); Carrère d'Encausse, Hélène y Schram, Stuart 1965 *Le Marxisme et l'Asie* (París: Armand Colin Collection); y de Garaudy, *op. cit.*

172 Martínez de la Torre, *op. cit.*, pp. 402-485.

política de base social obrera y campesina, bajo dirección política proletaria, la dirección oficial de la III Internacional estaliniana insiste en el carácter obrero del partido, pues según ellos es en la composición social, ante todo, donde reside el carácter proletario del partido.

Frente al problema del carácter de clase de la revolución, esa dirección insiste en lo “anti-imperialista y antifeudal”. No obstante, contra Mariátegui, se opone a toda táctica de alianzas con los movimientos nacionalista-democráticos pequeñoburgueses, como el APRA, apelando a la experiencia china.

Sin embargo, el Partido Socialista del Perú logró mantenerse, aunque en una posición especial, dentro de la III Internacional. Pero, apenas muerto Mariátegui, la III Internacional envió al grupo dirigente de ese partido, un largo documento¹⁷³, en el cual se reiteran las tesis oficiales de esa dirección internacional, y se urge a cambiar el nombre del partido por el Partido Comunista Peruano y a someterse a la disciplina de la III Internacional.

Coincidiendo con ello, llega a Lima Eudocio Ravines, miembro importante de la dirección latinoamericana de la Internacional estalinis-

ta, y en el debate con la dirección del Partido Socialista del Perú, logra imponer las directivas de la Internacional. En la reunión del 20 de mayo de 1930, y tras la separación de algunos miembros de la dirección del Partido Socialista, y con la oposición de Martínez de la Torre, quien defendía las posiciones de Mariátegui, habiendo sido su más cercano colaborador antes de su muerte, el partido se convierte en el Partido Comunista Peruano, miembro de la III Internacional. Martínez de la Torre renunciaría después¹⁷⁴.

Eudocio Ravines, elegido secretario general del Partido Comunista peruano, asume inmediatamente la tarea de “liquidación del Amautismo”¹⁷⁵, esto es, la ideología mariate-

174 *Ibíd.*, pp. 508-519.

175 En la sesión del 20 de septiembre de 1962, en la Cámara de Diputados del Perú, Sandro Mariátegui, hijo mayor de José Carlos y en ese momento diputado del partido Acción Popular, de Belaúnde, tras declarar que “me molesta que el nombre de mi padre se mencione en un debate de carácter político” (!), afirmó que Eudocio Ravines “alentaba a sus huestes” con el *eslogan* de “Hay que liquidar el amautismo”. Citado en Sánchez, *op. cit.*, p. 190. También Romualdo Valle, en su “Prólogo” a figuras y aspectos de la vida mundial (*OC*, Vol. XVII), consigna que “Hay que acabar con el amautismo” era el *eslogan* de Ravines, *op. cit.*, p. 12.

173 *Ibíd.*, pp. 497-508.

guiana. No muchos años después, Ravines pasaría con armas y bagajes al servicio del imperialismo y de la fracción más reaccionaria de la burguesía peruana.

En la crisis política que estallaba en el Perú en ese preciso momento, gran parte de las capas medias y populares eran organizadas y lideradas por el APRA y por Haya de la Torre, orientándose hacia un nacionalismo democrático radical. De su lado, los sindicatos obreros urbanos y mineros, agrupados en la Confederación General de Trabajadores, fundada por Mariátegui, pasaron a ser dirigidos por el Partido Comunista. Dieron una heroica lucha, bajo la represión más severa, contra la dictadura oligárquico-militar. Pero la dirección de la III Internacional estaba ya, en ese momento, en pleno curso de su período ultraizquierdista, que duraría hasta mediados de esa década. Bajo su disciplina, el Partido Comunista peruano, condenaba al APRA como fascista, rechazando de ese modo toda convergencia táctica con el más importante movimiento de masas bajo orientación “antiimperialista y antifeudal”, de las capas medias. Llamaba a los campesinos a luchar por la “autodeterminación de las nacionalidades quechua y aymara”, más bien que por la tierra y la liquidación del latifundio y la servidumbre. Y por todo ello, el heroico movi-

miento obrero dirigido por el partido, fue quedando aislado políticamente, lo mismo que el movimiento popular democrático-nacionalista dirigido por el APRA, facilitándose así la represión y la derrota de ambos movimientos.

Tras esa derrota, el campo para el enraizamiento de la influencia aprista en el seno de las masas populares del Perú, incluidas las masas obreras hasta entonces dirigidas hacia el socialismo, quedaba pavimentado por un largo período. Por su parte, la dictadura militar oligárquica, logró la destrucción de la Confederación General de Trabajadores, ilegalizando todo el movimiento sindical y político de las masas.

Pasada esa etapa ultraizquierdista de la III Internacional estaliniana, ésta amparó en América Latina el predominio ideológico del “browderismo” (Earl Browder era el líder del Partido Comunista de los Estados Unidos), que significó la aplicación mecánica, y en el caso peruano reaccionaria, de una política destinada a la colaboración con las burguesías nacionales y progresistas (que eran, según Mariátegui, inexistentes e inviables en el Perú), en una línea “antiimperialista y antifeudal” y para una estrategia revolucionaria en dos etapas. La ya dudosa táctica de los “frentes populares” en Europa, encontraba así en América Latina una correspondencia política

que, en el caso peruano, tenía casi nada en común con el pensamiento de Mariátegui y con la realidad.

Inútil ejercitarse en el “ifismo”, preguntándose cuál habría sido la posición y la práctica políticas de Mariátegui frente a esos vaivenes de la línea general de esa Internacional. En China, Mao siguió, con éxito, una conducta pragmática: pertenencia y autonomía, en la III Internacional bajo Stalin.

ESCRITURA Y CRÍTICA LITERARIA EN MARIÁTEGUI

Yo no tengo competencia para discutir con profundidad y acaso ni siquiera con propiedad, este tema. Sólo quiero apuntar un par de ideas.

La primera, es que Mariátegui, con Vallejo y Eguren, es uno de los tres más importantes escritores del movimiento que se inicia bajo el estímulo y la obra de Valdelomar, en el Perú. A Vallejo y a Eguren, lo emparenta la tensión metafísica de su visión personal de la historia¹⁷⁶,

presente en la escritura mariateguiana, a través de esa particular intensidad emocional registrable en la nerviosa concisión de la frase. Y que, se me ocurre, no puede ser atribuida únicamente a su largo ejercicio de periodista, ni puede ser calibrada solamente como un atuendo técnico externo, en quien sostenía que era el espíritu y no la técnica meramente lo que expresa los cambios en la sensibilidad estética de un período. Y aunque hoy su lenguaje ha envejecido en parte, esa intensidad emocional de agonista, la concisión de la frase, la economía de palabras de su escritura, mantienen vigentes la modernidad actual de su prosa.

La segunda, es que la postura estética que se va elaborando en sus muy numerosos artículos y ensayos de crítica literaria, puede ser mirada en dos planos. Uno, referido a sus juicios sobre el proceso de la literatura peruana, contenidos en sus 7 *ensayos*. En ellos, Mariátegui aparece intentando menos un enfoque clasista del fenómeno literario, que empeñado en acelerar y ampliar la emancipación de la producción literaria peruana de su tiempo, del andamiaje mental oligárquico y colonialista. Inclusive su esbozo de periodización del

176 Mariátegui sostiene que: “mi concepción estética se unimisma, en la intimidad de mi conciencia, con mis convicciones morales, políticas y religiosas, y que, sin dejar de ser concepción estrictamente estética, no

puede operar independientemente o diversamente”, 7 *ensayos*, p. 182.

proceso literario peruano, en colonial, cosmopolita y nacional, y no en períodos marcados por regímenes de clase, así lo demuestran. En ese sentido, la posición de Mariátegui hace parte de un movimiento ideológico nacionalista-democrático, en cuyo seno surge la estética que ha dominado la crítica y la historia literarias del Perú, desde los años veinte de este siglo, como lo apunta Mirko Lauer¹⁷⁷, al iniciar el enjuiciamiento de la obra histórica y crítica de Luis Alberto Sánchez, la principal de todo este período.

El otro, concierne al parentesco de la obra crítico-literaria de Mariátegui, con las posiciones antiburguesas y antiburocráticas surgidas en el debate posterior al dominio danoviano del “realismo socialista”. En particular, con el “realismo crítico” lukacsiano¹⁷⁸, y la más reciente, anticipada en mucho por la obra de Mariátegui, discusión sobre lo “real maravilloso” o “realismo mágico”, tan actual en la crítica y la producción literaria narrativa de América Latina, y de la cual García Márquez, Carpen-

tier, Rulfo o Arguedas, suelen ser considerados como principales exponentes.

Contra lo colonial y lo oligárquico en el Perú, Mariátegui opuso el cosmopolitismo, el regionalismo y el indigenismo, en busca de la afirmación del carácter nacional de nuestra literatura. Contra lo burgués en Europa (lo burocrático estaba aún en brote no percibido), opuso el realismo como antídoto del encubrimiento; pero, al mismo tiempo, contra el realismo chato de la literatura burguesa y populista, sostuvo la libertad imaginativa. Lo “real maravilloso”, como camino al descubrimiento de la realidad global más profunda. El “realismo crítico”, como desocultamiento de la dominación dentro de esa realidad.

Antena universal y creadora, para él la información abierta, la crítica y la libertad estéticas son los alimentos de un arte de vanguardia. Sin perder de vista que en todo nacimiento magnético son numerosos los riesgos de impurezas y desorientaciones, defendió enfáticamente la libertad de experimentación artística y literaria, a condición de su autenticidad, de que no se encerrara en un formalismo tecnicista o en la pura negación. Y contra las fáciles tentaciones de encasillar la perspectiva de una clase revolucionaria en la cultura, dentro de los cortos moldes de un régimen político determinado o

177 Lauer, Mirko 1978 *Luis Alberto Sánchez. Notas sobre el pensamiento burgués en la crítica literaria peruana* (Lima: mimeo).

178 Véase de Lukács, Georg 1960 *La Signification Présente du Realisme Critique* (París: Gallimard).

en el dudoso gusto de una burocracia, se apoyó en una perspectiva histórica de largo plazo y en la fecundidad creadora de las masas en el movimiento de la historia.

Por todo ello, también en este terreno, Mariátegui es una fuente necesaria para el actual debate sobre estas cuestiones en América Latina¹⁷⁹.

179 No obstante que en la obra publicada de Mariátegui, cerca de un cuarenta por ciento está dedicado a la crítica literaria y a la reflexión sobre las relaciones entre sociedad y literatura, este aspecto de su labor es, en general, poco conocido y estudiado. La gran atención que prestó a esos problemas, muestra que no se trata sólo de un tributo a sus inclinaciones literarias, sino de su convicción sobre la importancia política de primer orden que esos problemas tienen, en la lucha ideológica por el surgimiento de una cultura nueva en el curso de la revolución socialista. En ese sentido, su obra se asemeja a la de Trotsky, crítico literario y teórico de la crítica literaria, cuya orientación siguió Mariátegui, y se emparenta con la visión gramsciana del lugar de estas cuestiones en la lucha revolucionaria. Aparte de las referencias que se encuentran en muchas de las historias literarias de América Hispana, como las de Bazin, Henríquez Ureña, Zum Felde, Anderson Imbert, el único estudio específico que conozco es el de Yerko Moretic, *José Carlos Mariátegui. Su vida e ideario. Su concepción del realismo* (Santiago de Chile: Universidad Técnica del Estado, 1970). Véase Partes III y IV. También hay indicaciones útiles en

A PARTIR DE MARIÁTEGUI

A casi ya cincuenta años de su muerte, Mariátegui sigue siendo la experiencia intelectual fundamental del Perú del siglo XX.

Hoy día, en el Perú y en América Latina toda, con la solitaria excepción de Cuba, el capitalismo y a través de éste la dominación imperialista se han generalizado y profundizado. El proletariado está pasando plenamente al primer plano del escenario político, conquistando la dirección de las masas explotadas. Bajo su influencia, una nueva inteligencia revolucionaria pugna por liberarse de las apariencias realistas de las quimeras desarrollistas burguesas y pequeñoburguesas, y de sus andaderas neopositivistas, así como del reformismo obrero-burocrático internacionalmente en crisis.

Lo que Mariátegui alcanzó a descubrir como tendencias profundas del movimiento histórico de nuestras formaciones sociales, es ahora una situación consolidada. Históricamente victorioso de su combate contra el ambiguo nacionalis-

Dessau, *op. cit.*, que lo considera “fundador de la ciencia literaria marxista en América Latina”. Puede verse también, de Augusto Tamayo Vargas, “El proceso de la literatura” en *Presencia y proyección de los 7 ensayos*, (Lima: Amauta, 1976).

mo democrático aprista y contra el dogmatismo oportunista de la dirección estalinista en la III Internacional, el tiempo de Mariátegui es hoy más presente que nunca y más fecunda su voz.

El proletariado peruano puede enorgullecerse legítimamente de haber nacido al socialismo

revolucionario y de poder madurar, todavía, bajo las enseñanzas de un Amauta de esa talla, rescatando su primera y más perdurable lección: conocer y transformar la realidad desde dentro de ella misma. En este camino, el reencuentro con Mariátegui es un punto de partida.